

# HISTORIAS DE UNA FERRETERÍA

ACEITE DE LINAZA, CINABRIO Y UN CERDO  
QUE COMÍA MARGARITAS



Para que lugares, situaciones, costumbres y  
personas que ya no existen no caigan en el olvido

LUIS IGNACIO GARCÍA



Círculo Rojo  
EDITORIAL

# Historias de una ferretería

Aceite de linaza, cinabrio y un cerdo  
que comía margaritas



LUIS IGNACIO GARCÍA



Círculo Rojo  
EDITORIAL

Primera edición: mayo 2023

Depósito legal: AL 893-2023

ISBN: 978-84-1175-505-4

Impresión y producción: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Luis Ignacio García

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

[www.editorialcirculorojo.com](http://www.editorialcirculorojo.com)

[info@editorialcirculorojo.com](mailto:info@editorialcirculorojo.com)

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, ecológico.

A María Jesús, mi mujer.  
Gracias a su estímulo y apoyo  
se hizo realidad este libro.

A mis hijas, Julia e Isabel,  
para que tengan memoria  
y aprecien lo que ya no existe.

A todos aquellos que ya no estáis  
pero que seguís aquí.

«Los personajes e historias que aquí se cuentan son reales. En algunos casos he considerado oportuno alterar los nombres de los protagonistas, en otros se han conservado como un pequeño homenaje. Espero haber acertado al elegir en qué categoría incluir a unos u otros».

*«Hay un dicho que es tan común como falso: El pasado, pasado está, creemos. Pero el pasado no pasa nunca, si hay algo que no pasa es el pasado, el pasado está siempre, somos memoria de nosotros mismos y de los demás, en este sentido somos de papel, somos papel donde se escribe todo lo que sucede antes de nosotros, somos la memoria que tenemos».*

JOSÉ SARAMAGO.

# Introducción

**E**ra un domingo de finales de agosto, muy temprano. El sol pintaba una franja naranja sobre la mar<sup>1</sup>, quieta como un cristal. El agua llegaba mansa y ribeteada de espuma a la playa, señalando con la última ondulación el final de su viaje. Al romper sobre la arena dibujaba un rastro irregular de burbujas que la ola siguiente borraba, venciendo con su mayor empuje y tras unos instantes de pelea, a la que retornaba.

De pie en la orilla, con el agua lamiéndome los pies, contemplaba la magnífica bahía de Luanco, limitada a mi izquierda por el muelle del Gayo y a la derecha por una costa agreste que apunta como un dedo curvo hacia la isla del Carmen, donde una capilla encalada situada en su centro resiste, indefensa, a los años y a las tormentas invernales.

En los días anteriores habíamos despedido a mi madre. Su muerte era la primera del núcleo familiar que me había criado y protegido. Mi familia empezaba a desvanecerse; el transcurso inexorable del tiempo se materializaba en la desaparición de personas, vivencias y paisajes que pasaban a habitar el universo, cada vez más lleno, de lo que nunca vuelve.

Cuando el agua me llegó a la cintura me ajusté las gafas y me impulsé hacia adelante. El azul se abrió y, atravesando la película líquida de la superficie, me sumergí dispuesto a disfrutar de un rato de natación. Poco a poco, y a medida que braceaba, el exterior empezaba a desaparecer resurgiendo a intervalos cortos y regulares coincidentes con el instante dedicado a tomar aire en cada brazada. Cuando nadas la mayor parte del tiempo estás en ese otro mundo líquido e ingrátido, silencioso y poblado de peces de movimientos lentos y ondulantes. Ahí los sonidos

---

1 En los pueblos con mar, como es Luanco, siempre se refieren a la mar en femenino: **la** mar.

desaparecen ocultos por el chapoteo que tus brazos provocan al entrar y salir del agua, mezclados con unos extraños «cric», «cric» que surgen del fondo y que pueden deberse a las algas que pueblan las peñas.

Me siento a gusto... La vida surgió y se desarrolló en la mar hasta que algunos de los seres que la habitaban fueron aventurándose en las playas y acumulando adaptaciones que los permitieron pasar más tiempo fuera del agua; luego, el tiempo y los azarosos mecanismos de la evolución los llevaron a dar el salto definitivo. Ahora, y por nuestros propios medios, solo podemos pasar escasos minutos inmersos en el ambiente que nos alumbró. Para conquistar la tierra hemos tenido que renunciar a nuestro pasado oceánico.

Sintiendo como el agua deslizaba a lo largo de mi cuerpo, me daba cuenta de que, brazada a brazada, iba dejando atrás la tristeza de los últimos días. Lentamente me iba serenando y volvía a conectar con mi mundo. No había opción, era un adulto y la vida te impulsa, hay que superar derrotas y seguir adelante para conquistar futuros.

Mi niñez, adolescencia y juventud habían transcurrido aquí, en Luanco, abrazado por la mar y por un pueblo, unas gentes y unas costumbres que también, lentamente, se van difuminando, diluyéndose sin remedio, empujadas por nuevas personas y arrumbadas por formas nuevas.

Pocas cosas resisten el paso del tiempo, los recuerdos no son una de ellas. ¿Cuánto tiempo pueden existir? Recordar implica volver a vivir, pero tus vivencias son únicas, solo tuyas y seguramente sesgadas por misteriosos mecanismos mentales que amplifican los momentos felices y dulcifican los más dolorosos, borrando algunos detalles o añadiendo otros que no puedes afirmar que hayan sido reales. Cuando comparas lo que tú piensas que ha sucedido con lo que otra persona te cuenta, llegas a la conclusión de que las descripciones no concuerdan. Aunque haya un sustrato común, también surgen ausencias y adherencias que son tan diferentes que hacen pensar que no habéis vivido lo mismo.

Los recuerdos no son exactos, ni completos, ni totalmente ciertos, pero es lo que nos queda del pasado, son el ancla que nos une a lo que fuimos, a esa gente con la que estuvimos y a esos tiempos que hemos dejado atrás irremediamente.



Plasmarlos por escrito puede ser un ejercicio necesario antes de que se vuelvan irrecuperables, se pierdan o queden terriblemente desdibujados en la densa niebla del olvido. Tenerlos fijados en palabras impresas tal vez sea una tarea imprescindible para comprender por qué vivimos, qué hemos vivido y por qué somos como somos; para que unos vuelvan a sentir lo antes sentido y otros conozcan viejos sentimientos.

Este libro se ha escrito dejando plena libertad a la mente para reconstruir un pasado fragmentado, por eso se puede pensar que el orden ni es cronológico ni obedece a norma alguna. Yo diría que no hay orden. Probablemente no mereciera ser escrito, pero se ha hecho, confiando que de esta manera demos a nuestros recuerdos la categoría de verdaderos tesoros inmateriales que permanecen ahí muchos años después soportando parte de nuestra existencia.

# Historias de una ferretería



# 1. La tienda

La ferretería de Luis de la Fabiana estaba situada en los bajos de la casa familiar, un edificio sólido, cuadrado y de dos alturas, situado en el número 49 de lo que entonces era la Avenida de Calvo Sotelo, hoy Avenida del Gayo. Probablemente nadie pensó en poner allí un comercio, pues el único hueco existente en la fachada del bajo, después destinado a tienda, fue concebido como una ventana, estrecha y alta, con lo que la posibilidad de servir de escaparate para los artículos era muy escasa.

Un discreto letrero metálico: «FERRETERÍA», pintado de rojo oscuro, y anclado en la fachada, era el único elemento identificativo del comercio.

En el montante de la entrada, y grabadas en el vidrio, dos palabras: «loza», «cristal». El escueto mensaje se completaba con: «pinturas», «vidrios», en el montante de la ventana del hueco que llamábamos «el escaparate», aunque poco tenía de ello.

La puerta, de dos hojas, se abría accionando una manilla de latón, bruñida por el pulido diario al que múltiples manos la sometían. Por el invierno las puertas permanecían cerradas y al abrirlas el mecanismo de la cerradura te devolvía un manajo de clics y sonidos metálicos que precedían a la salida del aire cálido del interior, saturado de una mezcla inconfundible de olores que aún hoy día muchas de las personas que conocieron el comercio pueden evocar de forma nítida.

Una vez en el interior te recibía un mostrador pintado de verde pálido en su parte frontal y con una gruesa encimera de madera pulida por el uso donde eran bien visibles el veteado y los nudos, los golpes y las rayaduras; pequeñas heridas que te hablaban de una intensa actividad

diaria y una historia de años. A la izquierda se podía apreciar el rastro de unos agujeros y una señal circular. Ahí había estado instalada años atrás una bomba destinada a dispensar aceite a granel, la «máquina del aceite» la llamábamos. Pintada de rojo era, en esencia, un cilindro de cristal en cuyo interior un émbolo accionado por una manivela subía, creando un vacío que absorbía el aceite de un barril situado debajo del mostrador. Girando la manivela en sentido contrario el émbolo bajaba expulsando el aceite a través de una salida en la que se acoplaba el recipiente que el cliente llevaba.

A la derecha una balanza blanca, de más o menos un metro de alta, mostraba en su parte superior el resultado de la pesada gracias a una escala recorrida por una aguja que permitía visualizar el resultado tanto al tendero como al cliente. Tras el mostrador, en una repisa, se situaban las pesas metálicas y oscuras, con una pátina de años, que tenían una anilla para facilitar su uso. La mayor, de cinco kilogramos, ya era difícil de manejar. Si había que pesar objetos con una masa superior a los diez kilogramos se usaba una báscula situada en la parte de atrás del establecimiento.

En la parte derecha del espacio destinado a los clientes se amontonaban rollos de cuerda de distintos materiales y calibres. Esto inutilizaba para la atención a la clientela la parte de mostrador dispuesto en ángulo recto con el principal y que terminaba en una pequeña puerta a través de la cual se accedía al interior. Delante del amasijo de cuerdas, y pegados al mostrador principal, se situaban algunos rollos de tela metálica con pequeñas etiquetas de cartón atadas con un trozo de cordel donde se mostraba el precio del metro. Con el paso del tiempo fueron sustituidos por enrejados de plástico verde.

A la izquierda se amontonaban encajados unos en otros barreños de plástico, palanganas y similares... y entre estos y la pared en la que se encontraba la puerta de acceso al comercio, unas estanterías bajas alojaban toda clase de cadenas de hierro, clasificadas por el tamaño de la malla, que cuando deslizaban obedeciendo el invisible tirón de la gravedad, adquirían un movimiento similar al de las serpientes, acompañado de un característico estrépito metálico. Para cortarlas, un perfil de hierro en forma de T servía de yunque a la hora de seccionar las mallas a golpe de cortafrío.

En las estanterías superiores de ese lado se exponían platos y demás objetos de loza: jarritas, teteras, ensaladeras, fuentes, tazones... platos llanos y hondos.

Cuando el Duralex se convirtió en tendencia ocupó, casi al completo, las dos estanterías inferiores, las más accesibles, porque, de repente, descubrimos con asombro platos similares al cristal, pero con una resistencia inaudita a los golpes que rápidamente se convirtieron en los más demandados, excepto por algunos irreductibles.

—¡No quiero platos de Duralex!, me parece que la comida está puesta directamente sobre la mesa. Prefiero la loza.

La pared situada entre la puerta de entrada y la única ventana de la fachada estaba ocupada por estanterías de madera, pintadas con el mismo color verde del frente del mostrador. La parte inferior era el universo de los tiestos y platos de barro, con su color uniforme de arcilla roja y clasificados por tamaños: desde los más pequeños, del tamaño aproximado de una taza de desayuno, hasta los más grandes, casi como un cubo.

Competían con ellos las pilas bien encajadas de tiestos de plástico de llamativos colores situadas delante de la estantería en su parte más baja. El plástico iba ocultando paulatinamente al barro, todo un símbolo de una predilección cada vez más acusada por los nuevos materiales, más baratos y resistentes.

Muy cerca de la puerta de salida, y a su derecha, un trozo de pared de poco más de un metro alojaba sostenidas verticalmente, gracias a un soporte atornillado en la pared, escobas de palma con un vistoso mango color rosado; de argaña, toscas, ásperas e irregulares o las de mijo, planas y con un primoroso cosido de hilas horizontales en azul y rojo.

Sobre el soporte de las escobas y un poco más arriba se podía contemplar un curioso mapa de la bahía de Luanco<sup>2</sup> que despertaba la curiosidad de algunos clientes por su detalle y antigüedad. A mí me parecía el perfil de una vieja enfadada, con una extraña nariz y prominente

---

2 Se trataba de una reproducción de la carta náutica de Luanco levantada en 1859 por el teniente de navío Pedro Ruidavets y publicada en 1878. Puede verse en la web del Instituto Geográfico: <https://bit.ly/3FjFcOn>.

barbilla, que parecía molesta por las numerosas anotaciones hechas con letra diminuta en la costa para señalar playas, entrantes, pequeños cabos o rocas perennemente rodeadas de agua, acompañadas de multitud de números que cubrían la mar aportando precisos datos de profundidad.

Tras el mostrador, la parte interior estaba a un nivel más alto que el recinto de entrada y la primera impresión que recibías era de un ordenado abigarramiento de mercancías que ocupaban hasta el último espacio disponible.

A la izquierda y próximos al mostrador, los comestibles: chocolate Plin leche y Herminia; café, achicoria, macarrones, latas de pimientos, guisantes y tomate, mermeladas y conservas de pescado de Pesquerías o de cabo de Peñas, las dos fábricas de pescado que había y que dividían las preferencias de los consumidores. En las estanterías de la izquierda cajas de tornillos, tirafondos, aldabillas, alcayatas, hembrillas, cerraduras y bisagras se extendían hasta el fondo donde empezaba el territorio de las arandelas planas, de hierro, cincadas, de latón o grower.

Latas de pintura Faro Verde o Titanlux; de patente Litoral, esmalte Bruguer y pinturas Juno llenaban los estantes de la derecha y un poco más allá, láminas de vidrio de distintos anchos y grosores colocadas verticalmente, listas para ser cortadas a medida y ordenadas en departamentos separados. Al fondo varias estanterías llenas de cacharros de cocina de chapa esmaltada con su característico color rojizo: cazos, cacerolas, ollas, hervidores, chocolateras... y sartenes de hierro en la parte baja.

Y como el espacio era escaso y la mercancía abundante el techo aparecía poblado de una constelación de artículos: lecheras grandes esmaltadas con porcelana, tarrafinés<sup>3</sup> para pescar, rollos de sedal grueso, llantas y cubiertas de bicicleta, bidones de plástico, guardacabos y grilletes de varios tipos y tamaños.

Para descolgar estos objetos se utilizaba un bichero con un mango de madera especialmente largo y pulido por el uso que había sido originalmente concebido para atracar o desatracar embarcaciones.

---

<sup>3</sup> Utensilio utilizado para pescar marisco. Consiste en una bolsa de malla rematada en su parte superior por un aro de alambre al que se amarran unos tirantes a los que se ata una larga cuerda para depositarlo en el fondo.

En el centro una columna servía para exponer muestras de papel pintado, un curioso cuadro de la Virgen y el Niño, bolsas para la compra hechas de plástico listado en vertical a dos colores y con asas metálicas de aluminio anodizado.

En la parte baja colgaba un curioso reloj de pared con una gruesa base de madera y la esfera inclinada hacia abajo. Situado en el mamparo de algún barco seguramente tan especial diseño facilitaría la lectura de la hora.

Pegado a esta columna y oculto por un panel de tres cuerpos de vidrio impreso, estaba lo que llamábamos «el escritorio», ya que se destinaba a realizar las labores de administración del comercio: redacción de cartas, facturas, pedidos... Era una mesa dotada de estanterías en uno de los laterales en las que se acumulaban archivadores llenos de facturas y algunos cajoncitos pequeños con materiales de escritorio o extraños mecanismos como aquella pieza cromada, prismática y brillante, con una barra atornillada en la parte superior, uno de cuyos extremos se aplanaba en un llamativo círculo rojo. Cuando la hacías girar siguiendo una flecha grabada en una de sus caras y la soltabas, zumbaba extrañamente recorriendo el camino inverso hasta quedar inmóvil en la posición inicial.

—Es un disparador automático para la cámara de fotos— nos explicó un día mi padre.

En el frente del escritorio y bajo la mesa, dos viejos cajones se sobreponían como podían a su edad y al uso diario. En uno de ellos se guardaba el cambio de las distintas monedas, clasificadas en pequeños departamentos de madera, y en una vieja cartera de cuero, al fondo, más escondidos, los billetes.

Para elaborar documentos de cierta importancia disponíamos de una fantástica máquina de escribir, una Underwood fabricada en los años veinte del siglo pasado, con cuatro filas de teclas circulares y blancas que contrastaban poderosamente con el color oscuro, casi negro, del conjunto.

Era hipnótico escuchar el tacataca de las teclas al ser pulsadas y el inmediato golpe del tipo metálico sobre la cinta impregnada en tinta que transfería la letra al papel. Los tambores laterales que alojaban la cinta

estaban perfectamente sincronizados, desenrollándola uno y enrollándola el otro. A la vez, el rodillo que sostenía el papel iba desplazándose hacia la izquierda a pequeños impulsos con cada letra haciendo posible la escritura de la línea. Cuando hacía tope se debía pulsar una palanca situada a la izquierda e impulsar el carro nuevamente hacia la derecha. El *raaasss* característico de la operación señalaba el final de una línea y el comienzo de la siguiente e iba inmediatamente seguido del impacto correspondiente a nuevas letras y espacios. Los mecanógrafos expertos eran capaces de hacer todo esto a una velocidad considerable y en las redacciones de los periódicos de entonces el traqueteo incesante de decenas de máquinas de escribir funcionando a la vez proporcionaba un ambiente característico que se ha perdido.

De uno de los cajones frontales del escritorio mi padre sacó un día una pequeña caja redonda y metálica, con la tapa blanca donde las palabras Vicks en azul y VapoRub<sup>4</sup> debajo, en rojo, destacaban del fondo y se complementaban con la inscripción «pomada medicinal».

Mi hermana y yo mirábamos intrigados la caja que reposaba en la palma de su mano.

—¿Qué tiene dentro? —preguntamos casi al unísono.

Sin contestar desenroscó la tapa y nos mostró el interior. Algo estaba envuelto en un delicado papel parafinado de color ocre. Lentamente deshizo los pliegues y nos mostró lo que había en el envoltorio. Era un objeto alargado y estrecho de apenas medio centímetro y de forma irregular, blanco y con zonas amarillentas.

—¿Qué es? ¿Una piedra?

—No —contestó—, es una esquirola de hueso, un trozo de mi tibia.

A continuación se levantó el pantalón y en su pierna derecha, un poco más arriba de la marca que la parte superior del calcetín había dibujado, pudimos ver una hendidura en la carne, similar a la huella que deja la yema del dedo al presionar sobre un material blando.

---

4 Vicks VapoRub era un ungüento (hoy día sigue comercializándose) cuyos componentes principales son las esencias de menta y eucalipto (mentol y eucaliptol). Era usado en los procesos catarrales con el propósito de despejar las vías respiratorias. Se aplicaba sobre la garganta, pecho y espalda.



Después nos contó la historia.

Bastantes años atrás, estando atracados en un muelle del Musel, en Gijón, una estacha que mantenía el barco amarrado se rompió y barrió como un gigantesco látigo la cubierta del buque, y en uno de sus imprevisibles serpenteos impactó contra la parte baja de su pierna fracturándole la tibia.

Tras curarse la fractura vino lo peor, empezaron a aparecer infecciones recurrentes en la zona que resistían todos los tratamientos, incluso a la penicilina, muy difícil de conseguir entonces, y que se tenía que importar desde Inglaterra.

Después de meses de tratamientos los médicos se decidieron a realizar una intervención quirúrgica. En ella se logró, por fin, localizar y extraer la esquirla de hueso que muchos años después mostraba a sus hijos. Ella había sido la responsable de las infecciones y de un periodo incierto y difícil.

El incidente, o mejor aquella pequeña esquirla, determinó que Luis —así se llamaba mi padre— abandonara para siempre la carrera de marino y se decidiera a abrir una ferretería. Es curioso como los acontecimientos inesperados pueden influir en nuestras vidas. Aquel trozo minúsculo de hueso fue el responsable de que el marino se convirtiera en ferretero; ahora nosotros, sus hijos, podíamos contemplarlo tras haber permanecido guardado en una caja de Vicks Vaporub durante años.

Luis García, más conocido en todo el pueblo como *Luis de la Fabiana*<sup>5</sup>, había estudiado en el instituto Cristo del Socorro fundado originalmente por Mariano Suárez Pola (1800-1884), un empresario y filántropo luanquín que fundó la institución para que los niños y las niñas<sup>6</sup> de la villa pudieran acceder a la educación primaria y seguir posteriormente estudios de náutica, teneduría de libros o aritmética mer-

---

5 La Fabiana es una casería situada cerca de la playa de Moniello, y de donde era originario mi abuelo paterno, Ramón (de la Fabiana). El nombre puede derivar del patronímico Fabio y tener un origen romano.

6 En sus escritos fundacionales se dice que en caso de necesidad, se suprimiera la contratación del maestro de los niños, pues se consideraba que el ayuntamiento pondría remedio a la situación. Probablemente, razonaba D. Mariano, esto no sucedería si quienes se quedaran sin profesor fueran las niñas.

cantil. D. Mariano, como cariñosamente se le llama en Luanco, dotó a la institución de un fondo de tres millones de reales. El instituto se terminó en 1875.

La posibilidad de acceso a estudios gratuitos hizo que un pequeño pueblo de poco más de dos mil habitantes, y en la primera mitad del s. XX, contara con un nivel de instrucción considerable y un importante número de capitanes de la marina mercante.

Tras terminar los estudios en el instituto Luis aprobó el examen en la Escuela Especial de Náutica Jovellanos de Gijón, en abril de 1920. Tres años más tarde —con quince años— haría su primer viaje —Burdeos-Cardiff-Bari-Gijón— en el vapor Delfina.

Hoy día nos resulta muy difícil imaginar a un muchacho de quince años haciendo semejante viaje, soportando las condiciones que podría haber en los mercantes de entonces, solo, y con el raquítrico contacto familiar que proporcionaban las esporádicas cartas recogidas en algún puerto de recalada si la suerte acompañaba.

Su carrera siguió durante varios años obteniendo el título de capitán de la marina mercante en la Escuela Náutica de Bilbao con solo 25 años —marzo de 1933—. Lo que podía haber sido una larga carrera como marino quedó truncada, como ya se ha visto, por un cabo roto y furioso.

Pero la mar deja sus huellas y su pasado de marino era muy evidente en la ferretería donde los objetos relacionados con la mar eran abundantes.

En un cajón guardaba algunas cartas náuticas y diarios de navegación encuadernados en tela rojo caldera de dónde nos leía, como si de una novela de aventuras se tratase, la descripción de uno de aquellos viajes en el mar Blanco cuando los hielos detuvieron el barco y un rompehielos ruso tuvo que ir a rescatarlos de su cárcel de agua helada... o la apasionada, idílica y literaria descripción de los fiordos noruegos rematada por la fantástica descripción de una aurora boreal.

También guardaba un sextante en una caja de madera primorosamente barnizada, cerrada con llave y con una llamativa asa de latón dorado.

—Con el sextante hay que tener mucho cuidado es un aparato muy delicado—, nos advertía.

Tras la advertencia bajaba dos enganches, también de latón, colocados a cada uno de los lados del frontal, giraba la llave, levantaba la tapa ... y el interior se nos mostraba tapizado con un fieltro verde que transmitía la impresión de protección y calidez. Clavado en la tapa un certificado del National Physical Laboratory, fechado en agosto de 1920, con una tabla para consultar las escasísimas correcciones que debían aplicarse al medir los ángulos: un máximo de 30" para una lectura de 120<sup>0</sup>.

En la parte superior, y escrito a lápiz, el lugar donde había sido comprado y su precio: «*Newcastle, Inglaterra, 1924. Costó: once libras = 375 ptas.*».

Pero lo más impresionante era aquel objeto metálico de color gris oscuro con un arco dorado en su parte inferior en el que destacaba un segundo arco plateado donde podían observarse, delicadamente talladas, las divisiones correspondientes a la medida de ángulos comprendidos entre 0<sup>0</sup> y 140°.

Recordaba a un extraño insecto de acero y latón, a un alienígena metálico de largo cuerpo y pequeña cabeza, en la que sobresalía un gigantesco ojo formado por un espejo con su azogue bastante deteriorado que variaba su posición cuando la alidada recorría el arco inferior. Varios filtros móviles situados frente al espejo principal parecían párpados superpuestos. Un ojo secundario, más pequeño, situado debajo y un poco más adelantado, también exhibía tres filtros de colores rojizos y superponibles para amortiguar el brillo del sol. Del centro del sextante salía un brazo móvil que terminaba en un pequeño visor con el que se efectuaba la lectura; un extraño apéndice dorado del que la imaginación de un niño era capaz de ver salir mortales rayos de naturaleza extraterrestre.

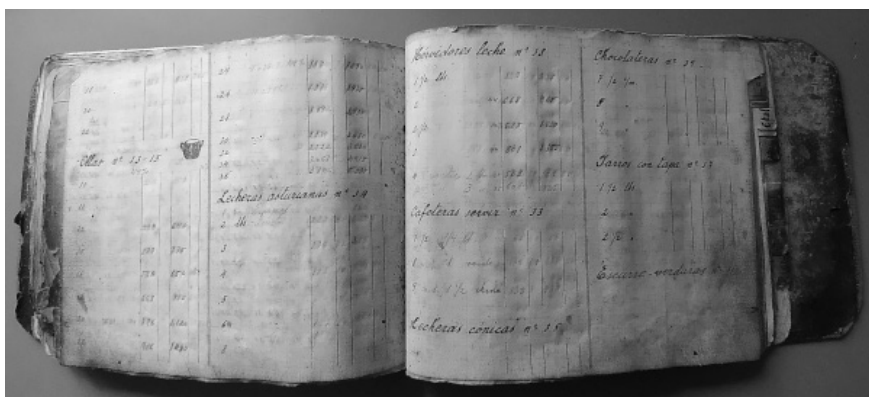


Varios pequeños telescopios de metal dorado, oscurecidos con una pátina de años, se mostraban colocados en posición vertical en unos soportes de madera situados en una de las esquinas de la caja. Su vista me evocaba, inmediatamente, aventuras de galeones y piratas. Era fantástico mirar por ellos y observar con sorpresa como las distancias se reducían y los detalles se percibían nítidos con solo acortar o alargar su tubo.

Además del sextante había otro objeto misterioso: el «*libro de precios*». Parece imposible que un objeto, aparentemente tan prosaico, despertara en un niño de pocos años sentimientos de curiosidad, pero aquel libro se parecía mucho a un extraño códice con sus páginas llenas de misteriosas fórmulas alquímicas o insondables misterios.

Viejo y ajado, con unas pastas de un color indefinido —que probablemente en algún tiempo habrían sido de un rojo oscuro—, tenía forma alargada y las hojas podían extraerse o introducir otras nuevas mediante un sistema de muelles y placas metálicas situadas en el margen izquierdo. En el lado derecho sobresalían superpuestas las letras del alfabeto, de la A a la Z, algunas ya prácticamente borradas por un manoseo de décadas. Al final a modo de apéndice y resumen se situa-

ban etiquetados los bloques de mercancías: batería —de cocina—, loza, cristal, pinturas, electricidad, comestibles, bicicletas.



El contenido podría parecer aburrido: en cada página, por orden alfabético, escritos a pluma, y con una preciosa caligrafía, se mostraban los distintos artículos: *horcas*, *hachas*, *hoces*... separados con una línea vertical de las especificaciones: tamaños, tipos, marcas... etc. Y en el margen derecho precios de coste y de venta.

No era un libro de literatura, pero poseía el atractivo de un incunable porque, además de la indudable estética de la caligrafía, de tanto en tanto, podías descubrir el cuidadoso dibujo de una olla, una hembrilla o un torno para carro.

Me gustaba especialmente el capítulo dedicado a las pinturas donde se detallaban los ingredientes y se nombraban uno a uno los pigmentos utilizados. Leer aquello mezclaba los olores del aguarrás o del aceite de linaza con los colores verdes, azules, amarillos o siena que parecían tener sus propias historias que contar



Tere Güilla, mi madre, era conocida por el apelativo de su madre, María Güilla, probablemente derivado del apellido Buylla pero, curiosamente, ni se apellidaba Buylla ni se llamaba Teresa. Su nombre de pila era Georgina. El porqué de tan extraño cambio de nombre se debe a una curiosa historia.

Cuando nació —en casa, como entonces se nacía—, su madre le encomendó a su marido que fuera a inscribirla en el registro civil y que le pusiera por nombre Teresa. Ramón, mi abuelo, asintió, Teresa era un nombre bastante extendido en la familia de su mujer y le pareció una petición razonable, pero antes de ir al registro, era una costumbre de los marineros dar una vuelta por el muelle y allí, amarrada, vio una bonita embarcación llamada Georgina y, por alguna extraña razón, le pareció que aquel era el nombre que debía de tener su hija así que, ni corto ni perezoso, a la hora de inscribir a la criatura, quien estaba pensada para ser nombrada como Teresa, se convirtió en Georgina una vez que el funcionario de turno rellenó con la caligrafía clara y angulosa de la época el apartado correspondiente del registro.

Podemos imaginarnos la escandalera que se montó cuando Ramón volvió a casa y comunicó a su mujer la brillante idea del cambio efectuado.

El resultado fue que Georgina se convirtió en Tere para todo el mundo, excepto para los papeles oficiales, en los que siguió conservando aquel nombre que Ramón vio pintado en el costado de una lancha que se balanceaba tranquilamente en el muelle en una soleada mañana de enero.

Tere —oficialmente Georgina— era la pequeña de una familia de ocho hermanos que se quedaron sin padre cuando era una niña. No lo tuvieron fácil, la vida de los marineros siempre fue dura, en aquellos tiempos aún más, pero lograron salir adelante incluso cuando los hermanos —hombres— fueron casándose y abandonando la casa familiar en la que se quedaron: Maruja, soltera; Otilia, su hermana, cuyo marido se exilió al final de la guerra civil y del que prácticamente nada volvieron a saber, y su hija también llamada Otilia, pero que todo el mundo conocía como Oti. Ambas hermanas se ganaban la vida haciendo bordados en los juegos de cama que les encargaban algunos exclusivos comercios de Gijón o atendiendo encargos de particulares. Mi recuerdo es ver a Otilia y Maruja, acompañadas de Oti, inclinadas sobre unos bastidores que tensaban la tela en la que entraba y salía una aguja con precisión y rapidez creando bodoques de colores, iniciales de nombres y otros dibujos materializados con hilos de diferentes colores.

Todos recordamos a nuestras madres con especial nostalgia. Probablemente su rostro sea una de las primeras visiones del mundo al que

nacemos y seguramente la mayor parte de nosotros hemos nacido y crecido amparados por su mirada. Recuerdo su risa desbordante enmarcada en una perfecta dentadura y un rostro agradable señalado por una pequeña mancha roja, de nacimiento, en su pómulo derecho.

Mi madre me parecía muy guapa y alegre. El complemento perfecto al carácter de mi padre más introvertido y serio, aunque siempre cariñoso.

Tere, como las mujeres de su época, tenía doble —en este caso, triple— tarea: ocuparse de las tareas de la casa, de los hijos y, además, ayudar en la tienda.

Toda la familia vivía en la trastienda, de modo que para entrar en casa debíamos de atravesar el comercio y acceder a la vivienda por una puerta que los comunicaba: dos habitaciones, una para los hijos y otra para mis padres, una cocina y un pequeño baño. La mayor parte de la casa estaba por debajo del nivel del terreno: pequeña, oscura y húmeda en invierno, pero un verdadero hogar.

No era raro tener que dejar las tareas domésticas a medio hacer si en el comercio había un momento de apuro, así que algunas veces el guiso no estaba en su punto o había quedado un poco seco. De todas maneras la comida de tu madre siempre es la mejor, la más exquisita y la más jugosa, aunque la elaboración se haya visto interrumpida para despachar unos tornillos rosca Whitworth, de 3/16" con tuerca.

Las tardes las dedicaba íntegramente a trabajar en la tienda aportando, además del puro trabajo, su eterna sonrisa, una presencia más que agradable y un notable don de gentes que en muchas ocasiones dulcificaba momentos complicados en los que el carácter técnico de las compras ponía a algunos clientes en situaciones difíciles:

—Necesito una bisagra, de unos diez centímetros, para una puerta.

—¿De izquierda o de derecha?

—¿Qué?... no sé.

—No te preocupes, ya verás. Sitúate frente a la puerta y por el lado en el que vas a atornillar las bisagras ¿Te quedan a tu izquierda o a la derecha?

—A la izquierda.

—Pues necesitas una bisagra de izquierdas.

Como se vendía de todo también había una numerosa clientela femenina, mujeres del barrio que aprovechaban la compra para hablar de mil cosas con mi madre: M.<sup>a</sup> Paz, Ángeles, Benigna, Menchu, Candelita... Yo me apoyaba en el mostrador y asistía embobado al intercambio de recetas de bacalao, al comentario de la última película de Sara Montiel que habían puesto en el «cine de abajo», los frecuentes dolores de cabeza para los cuales los optalidones<sup>7</sup> eran lo mejor y mil cosas más.

La ferretería de Luis era, además, mi casa, mi lugar de aprendizaje y mi sitio de juegos preferido. El lugar donde al volver de la escuela siempre me encontraba a Luis concentrado en sus facturas y la sonrisa acogedora de mi madre.

—¿Te preparo la merienda?

Aquel día ya había anochecido. En otoño las noches crecen lentamente extendiéndose sobre el día como tinta negra derramada sobre una cartulina blanca.

—Ven, voy a enseñarte una cosa. Abrígate que está fresco—, me dijo mi padre mientras me acompañaba a la calle.

Lo seguí unos metros hasta llegar a una parcela sin construir pegada al costado derecho de la casa. Desde allí se podía contemplar un amplio trozo de cielo orientado al norte, despejado y cuajado de estrellas.

—¿Ves aquel grupo de cuatro estrellas que forman un rectángulo grande, algo deformado?

—¿Y esas otras tres que salen de la que está arriba a la izquierda, casi alineadas?

—¿Qué figura te parece que forman?

---

<sup>7</sup> Optalidon fue el analgésico de moda durante los años sesenta y setenta. Contenía un barbitúrico, el butalvital, que provocaba un considerable estado de bienestar. El problema es que el butalvital creaba adicción y fue retirado en 1983. Los optalidones a partir de entonces se convirtieron en un analgésico más y dejaron de ser tan populares.



—A mí me parece que es... como un cazo... el recipiente donde se pone la leche para calentar—, respondí mientras iba siguiendo con el dedo el contorno que las estrellas dibujaban en el cielo.

—Es una constelación, un grupo de estrellas, la Osa Mayor— apostilló Luis.

—Pues una osa, sí que no la veo— respondí forzando la vista.

—Ya... hay que tener bastante imaginación para eso.

—¿Ves las dos estrellas de la derecha? se llaman Dubhe y Merak. Pues bien, voy a enseñarte una cosa para que nunca te pierdas.

—Únelas con una línea imaginaria... si ahora prolongas la línea en la dirección en la que está el «mango» del cazo una distancia entre cuatro y cinco veces a la que hay entre Dubhe y Merak, encontrarás una estrella que no brilla demasiado, ¿la puedes ver?

—Creo que sí.

—Esa estrella es la Polar y es muy importante porque siempre señala el Norte. Todas las demás estrellas cambian de posición durante la noche. La Polar, sin embargo, permanece fija en su posición, observando como las demás trazan círculos en torno a ella.

Observé con interés la Polar, una estrella más, de brillo mediano, pero especial. Lo que más brilla no tiene por qué ser lo más importante.

Desde aquel día comprendí que las estrellas tenían nombres y podían servir para orientarse. Los humanos que las observaban noche tras noche no tardaron en inventarse historias, figuras y personajes que escritos en el cielo esperan pacientemente ojos curiosos que sean capaces de leerlos.

## 2. El cuarto de la pintura

**A**l fondo de la tienda y en su lado derecho se encontraba una habitación que conocíamos como «el cuarto de la pintura», parte almacén, parte laboratorio y parte taller de carpintería. En el cuarto de la pintura había de todo: herramientas y materiales. La imaginación y el ingenio eran cosa tuya y ¡no había límites!

A la entrada, de una alcayata clavada en la pared, colgaba, solitario, un «carburo».

Las lámparas de carburo fueron ampliamente usadas cuando la electricidad aún no llegaba a los hogares. Son recipientes metálicos, cilíndricos y con dos cuerpos que se roscan uno sobre otro. La parte inferior se llena con «carburo»<sup>8</sup>, unas piedras color gris que se guardaban en una lata para preservarlas de la humedad.

El cuerpo superior se llena con agua. Una ruedecita situada en el exterior y en la parte alta, se puede girar con lo que un vástago soldado a la rueda deja de obturar un pequeño orificio que hay situado en la base permitiendo que el agua gotee sobre la piedra de carburo almacenada en el recipiente inferior. En la reacción química que se produce<sup>9</sup> se desprende acetileno, un gas inflamable que sale a través de un pitorro. Prendiéndole fuego arde con una llama muy luminosa.

Las lámparas de carburo fueron muy usadas por los mineros y por los espeleólogos para iluminar las oscuras galerías en las que debían de internarse.

---

8 Carburo de calcio:  $\text{CaC}_2$

9  $\text{C}_2\text{Ca (s)} + 2 \text{H}_2\text{O(l)} \rightarrow \text{C}_2\text{H}_2\text{(g)} + \text{Ca (OH)}_2\text{(ac)}$

Era sorprendente encender el carburo en una estancia oscura y comprobar cómo, de repente, una lanza luminosa, casi blanca, quedaba adherida al pitorro de salida devorando la oscuridad circundante.

En el interior del cuarto se almacenaban mercancías relacionadas con la elaboración artesanal de pinturas: sacos de plástico conteniendo piedras de cal viva cuidadosamente apilados; ventrudos barriles de madera conteniendo albayalde o blanco de España; otros más pequeños mediados de pigmentos ocres, marrones y rojizos: tierra cassel, siena natural, almazarrón o siena tostada, rojo ocre... o cajas de cartón apiladas que contenían pequeños sobres de papel con polvos de anilina o extracto de nogalina.

Un barril metálico con mil abollones contenía la masilla que se vendía a granel. Se sacaba a paletadas luchando contra una elasticidad pegajosa que la estiraba resistiéndose a perder el contacto con el grueso de la masa. De color ocre claro venía en pesados sacos de plástico y, a pesar de su intenso olor y de su tendencia a quedarse pegada en los dedos, era un pequeño placer alisarla con un trozo de vidrio cuando se utilizaba para fijar los cristales de las ventanas.

Más allá, en el suelo y en los primeros estantes, latas metálicas de diez litros de aguarrás o secante. Las que contenían aceite de linaza cocido se identificaban inmediatamente: estaban pegajosas y con churretones sólidos marrón oscuro...

—Al aguarrás también se le llama esencia de trementina—, me aclaró Luis.

—¿Trementina? No sé qué es— respondí intrigado.

— Es una sustancia que se obtiene a partir de la resina de los pinos. Ya ves que tiene un olor fuerte y bastante agradable— y desenroscando el tapón destapaba la lata y me invitaba a oler su interior. Comprobación innecesaria. El olor a aguarrás dominaba claramente sobre la mezcla de aromas característica de aquel sitio.

—Hace bastantes años, a principios de siglo<sup>10</sup> —continuaba— se pensaba que tenía propiedades medicinales y se usaba para tratar infecciones, también se daban friegas para combatir los dolores musculares.

---

<sup>10</sup> Se refiere al siglo XX.

Incluso se llegó a usar para tratar de calmar a los enfermos mentales. En los manicomios les inyectaban aguarrás, lo que les producía un absceso en la zona de la inyección que provocaba fiebre y postraba al enfermo en cama. Una terrible manera de calmar a los más agresivos. Una verdadera barbaridad a la que se recurría entonces cuando no había fármacos adecuados para tratar a este tipo de enfermos.

Con el eco de sus palabras aún en el aire dejó la lata de aguarrás en el suelo y roscó con cuidado el tapón metálico. A continuación levantó otra cuyo verdadero color había desaparecido cubierto por una pátina pegajosa y marrón. No tenía un tapón roscado sino un corcho renegrido por el tiempo y con el mismo tacto pegajoso. La inclinó y dejó que una pequeña porción de su contenido se derramara en el interior de un recipiente de hojalata usado para medir volúmenes.

Por la boca de la lata surgió un líquido de un marrón oscuro, casi negro, denso como el aceite y cuyo intenso olor contribuía al aroma que impregnaba el cuarto.

—Es aceite de linaza cocido—.

—Se extrae de la semilla del lino, llamada linaza; yo lo uso para hacer pinturas pero también se puede usar directamente para pintar la madera<sup>11</sup>. Es importante que sea nueva o esté bien limpia y lijada para que penetre en su interior. El único inconveniente es que al tacto aparece como pegajoso, por eso es conveniente añadir un poco de secante.

—Antes de que los plásticos existieran los marineros usaban el aceite de linaza para impermeabilizar lo que llamaban «ropa de aguas» que usaban para trabajar. Se confeccionaban con la lona usada para hacer las velas<sup>12</sup> y la pintaban con varias capas de aceite de linaza. Puedes imaginarte lo rígidos y pegajosos que quedaban aquellos impermeables primitivos.

---

11 El aceite de linaza contiene *lignanos* productos que las plantas, como el lino, sintetizan para protegerse de la acción de hongos, mohos o bacterias. De ahí que tengan efectos fungicidas y antimicrobianos y funcionen como un verdadero insecticida protegiendo a la madera. El aceite de linaza también es rico en ácidos grasos que ejercen un efecto impermeabilizante defendiendo a las maderas de la humedad.

12 Se conocía con el nombre de «purgastel»

—Lo primero que había que hacer al llegar a la bodega<sup>13</sup> era despegar las mangas y las perneras para poder ponértelo. Era muy frecuente que debido a la rigidez del tejido se produjeran heridas en el cuello y en las muñecas<sup>14</sup>. Para evitarlo los marineros usaban un pañuelo para el cuello con el fin de evitar rozaduras en esa zona.

—También era muy común usar el aceite de linaza como cataplasma para tratar pequeñas heridas. Seguramente las sustancias que protegen la madera del ataque de hongos y mohos tienen efectos desinfectantes y cicatrizantes que contribuyen a la curación.

Al fondo, bajo la única ventana de la estancia, se situaba un viejo banco de carpintero con mil hendiduras en su piel y recorrido por numerosas cicatrices de serrucho, cortaduras de las gubias y manchones de colores indeterminados. En el centro un tornillo de banco, que abría y cerraba sus mordazas metálicas girando una barra transversal situada en su frente, servía para fijar los trozos de madera o piezas metálicas que necesitaban ser aserradas, cepilladas o limadas.

Los útiles propios de la carpintería: cepillos planos y curvos, garlopas, escofinas, gubias, formones, serruchos, mazos de madera, una azuela, escuadras, un gramil... se almacenaban al fondo introducidos en una ranura que recorría el banco a lo largo y permitía mantenerlos en posición vertical, fácilmente accesibles y ordenados por tipos y tamaños, listos para ser usados.

Allí se encontraba todo lo necesario para fabricar mis espadas de madera. Usaba la escofina para desbastar lo que sería la empuñadura, después clavaba la cruz o guarda para proteger la mano y como toque final la adornaba con unos clavos con cabeza dorada que parecían semiesferas de oro rescatadas de algún cofre milenario.

En un rincón se apretaban unos contra otros mangos de madera de distintos grosores para palas, azadas, palas de dientes, azadillas... que había que desbastar y ajustar utilizando la azuela, de ahí que en el suelo, y a pesar del barrido regular, siempre hubiera restos de madera curvada formando insólitas espirales que habían adquirido esa forma debido al

---

13 Almacén donde se guardaban los enseres de los barcos pesqueros.

14 Eran conocidas como «negras» (dato aportado por Luis Servando Peláez)

arranque necesario para ajustar su parte baja a la herramienta que durante muchos años sería su inseparable compañera.

En un cajón de madera cuyo tono oscuro delataba una edad considerable se almacenaban unas madejas de fibras que a mí me parecían pelo humano, mechones rubios de extrañas cabelleras. Según el libro de precios era «estopa de calafate», un residuo de otros tiempos en los que esta fibra se empapaba con alquitrán caliente y mediante los hierros de calafatear y golpeando con un martillo, con paciencia y habilidad, se iban introduciendo entre las rendijas de las maderas del casco de las embarcaciones para garantizar la estanqueidad.

Paquetes de cartón de pintura al temple clasificados por colores llenaban casi por completo la última estantería de la estancia, siempre manchados de polvo coloreado debido a pequeñas grietas que dejaban escapar porciones de su contenido.

En un par de estantes se agolpaba una mezcla heterogénea de hierros de todas clases, planos y curvos, macizos y huecos; oxidados o los siempre brillantes de cinc y aluminio, pues su propio óxido no poroso los protegía de una oxidación más completa.

Sobresalía en el conjunto una desvencijada caja de madera que seguramente en otros tiempos hubiera estado pintada de un color verde y que contenía un compás, o rosa de los vientos, montada sobre una suspensión cardán que la mantenía siempre en horizontal a pesar de los giros en el espacio, algo fundamental para poder mantener el rumbo en un barco sacudido por cabezadas y balances. El círculo blanco en el que estaban señalados los rumbos principales, complementados por una escala circular en grados que ocupaba toda la periferia, flotaba sobre un líquido y, misteriosamente, giraba señalando tozudamente la dirección N—S con independencia de la posición en que fuera colocado.

—El compás se lleva en el puente del barco, cerca del timón y en el interior de la bitácora que lo protege. También se guarda un cuaderno<sup>15</sup> en el que se deben de anotar los datos principales de cada jornada o las incidencias que pudieran ocurrir.

---

15 Recibe el nombre de cuaderno de bitácora.

—Ya ves, un sextante para calcular la latitud, un cronómetro para determinar la longitud y un compás. Con esto se puede situar la posición de un barco y calcular el rumbo correcto. Así se navegaba.

Pegado al compás y apoyado en él estaba un ovillo de hilo de amianto usado para forrar el tubo de escape de las pequeñas lanchas evitando de esta manera accidentes y quemaduras de los tripulantes. Cerca se almacenaba la plancha de cinc, inalterable en un ambiente tan corrosivo como el marino y fácilmente moldeable, por lo que se empleaba para recubrir la zona en la que los remos rozan con el tolete y la regala<sup>16</sup>, protegiendo la madera y evitando un prematuro deterioro.

Del techo colgaban rollos de alambre galvanizado de distintos grosores y recocido, negro, que manchaba las manos al ser manipulado.

A la hora de despachar el alambre y tras preguntar cuántos metros necesitaba el cliente, Luis sacaba del bolsillo de su mandilón un metro de madera, color amarillo, con láminas de diez centímetros articuladas mediante remaches, lo desplegab e, incomprensiblemente, medía el diámetro del rollo. Una vez hecha la medida buscaba un papel y «multiplicando por pi» obtenía la longitud aproximada de cada vuelta, después contaba las vueltas necesarias para cubrir con holgura los metros solicitados, marcaba con su dedo el punto y cortaba con una sierra metálica.

—Va un poco abundante, por si acaso.

De la estantería situada sobre el banco de carpintero, y en su lado izquierdo, sobresalían unos pequeños cajones de madera etiquetados con un trozo de cartón con sus esquinas cuidadosamente recortadas y fijados a las cajas mediante una chincheta. En ellos se podían leer unos sonoros nombres: «verde esmeralda», «azul cobalto», «amarillo real» o «bermellón». Eran los pigmentos que se añadían a las pinturas para lograr el color final.

Sí, antes las pinturas en lata con los refinamientos que ahora conocemos no existían. Se hacían por encargo. Lógicamente no se podía

---

16 El remo se sujeta mediante una cuerda llamada «estrobo» a un cilindro de madera o «tolete» que se fija en posición vertical en la tabla situada en la parte superior del costado (regala).

elegir entre una amplia gama de colores. Existían los básicos: rojo, verde, amarillo y azul y solo dos tonos, «claro u oscuro». Se fabricaban del color aproximado que el cliente demandaba y se elaboraban preparando una base formada por una mezcla de aceite de linaza y blanco de España o albayalde que se removía hasta lograr una disolución homogénea, después se colaba con una tela metálica fina para eliminar los grumos que se podían formar y al final se agregaba el pigmento hasta lograr el color deseado y una porción de secante. La preparación resultante se vendía «al peso» y su precio oscilaba en función de los componentes utilizados.

Aquel cuarto también tenía algo de laboratorio, pues aunque no había alambiques o matraces, para preparar las pinturas debían de realizarse algunas de las operaciones básicas de los procesos químicos: seleccionar los productos adecuados, pesar las cantidades requeridas, mezclar, agitar, filtrar, trasvasar de un recipiente a otro...

Manejar ciertos productos tiene sus riesgos, por lo que se deben adoptar medidas de seguridad. Esto no se hacía, ni siquiera se planteaba, no por descuido o temeridad, seguramente por desconocimiento.

El albayalde que se guardaba en un gran barril de madera se cogía con una vieja paleta metálica, sin preocuparnos lo más mínimo de las pequeñas nubes de polvo que se formaban al manejarlo. La palabra albayalde viene del árabe y hace referencia a su color blanco. Es un polvo pesado que tras su manto de blanca inocencia esconde un metal altamente tóxico: el plomo<sup>17</sup>, por lo que también se le conoce con el nombre de blanco de plomo e históricamente es el pigmento más ampliamente utilizado, no solo en la elaboración de pinturas decorativas, también en las obras artísticas de innumerables pintores tales como Rubens o Goya. De este último se especula que su sordera podría deberse a un posible envenenamiento por plomo, elemento al que estaba expuesto a través del albayalde. Curiosamente el uso de este blanco pigmento también se extendía al mundo de la cosmética y era utilizado como maquillaje para el rostro con el fin de lograr que las damas de la época victoriana lucieran una tez blanca y ese aspecto melancólico tan estimado por los puritanos.

---

17 El albayalde es un carbonato básico de plomo:  $2\text{PbCO}_3 \cdot \text{Pb}(\text{OH})_2$



En los pigmentos, de intensos colores, podían ocultarse potenciales venenos: el arsénico o el cromo en los verdes, el cadmio en el amarillo, el cobalto o el cobre en los azules y el mercurio en el bermellón.

El bermellón se obtiene a partir del cinabrio<sup>18</sup>, nombre con el que se identifica frecuentemente. En la antigüedad era el pigmento rojo usado casi exclusivamente y se puede ver en pinturas rupestres, en la decoración de las villas romanas —donde se consideraba un signo de distinción debido a su elevado precio—, iluminando manuscritos medievales o como colorante del lacre de los sellos reales. Pero más allá de esa importancia histórica el bermellón tuvo para mí un significado muy especial.

Siendo yo un preadolescente —doce o trece años— mi profesora de Química en el instituto nos explicó cómo Lavoisier —en el s. XVIII— obtuvo el oxígeno calentando un óxido rojo de mercurio. Al oírlo, inmediatamente pensé en el pigmento bermellón que se guardaba en el cuarto de la pintura; me hice con un tubo de ensayo en el laboratorio escolar y provisto de un mechero de alcohol me dirigí una tarde al cuarto. Del cajón extraje una pequeña porción del pigmento rojo y lo introduje en el tubo de ensayo. Encendí el mechero y empecé a calentar el tubo siguiendo las instrucciones aprendidas: *«Ligeramente ladeado y agitando, nunca dirijas la boca del tubo hacia ti mismo u otros compañeros para evitar accidentes»*.

Tras un rato de calentamiento el sólido rojo se fue volviendo oscuro, casi negro, pero lo increíble fue que en la parte superior empezaron a condensarse unas pequeñas gotitas de una sustancia brillante, como plata líquida<sup>19</sup>, que rápidamente identifiqué como mercurio, pues entonces los termómetros se construían con este elemento y era muy común pasarse un rato jugando con aquellas esferas escurridizas y perfectas que se formaban cuando uno de ellos se rompía. Además, curiosamente, cuando se juntaban varias se unían formando otra esfera más grande, lo cual era en sí todo un espectáculo.

---

18 El cinabrio es un sulfuro de mercurio: HgS

19 El mercurio era conocido ya por los romanos que lo extraían en grandes cantidades de las minas de Almadén (Ciudad Real). Recibía en latín el descriptivo nombre de *«hidrargyrum»* o «plata líquida», debido a su aspecto.

El bermellón que calentaba no era un óxido de mercurio, sino un sulfuro, por lo tanto, no hubiera podido obtener oxígeno como Lavoisier, pero al descomponerse liberó mercurio en estado vapor<sup>20</sup> que al chocar con las paredes altas del tubo, más frías, recuperó para mi asombro su aspecto de metal líquido.

Aquello fue para mí todo un descubrimiento. En las entrañas del bermellón se encontraba agazapado el mercurio, invisible e indetectable al estar combinado con el azufre, y yo al calentarlo, actuando como un moderno alquimista, lo había liberado devolviéndole su esplendor natural. ¡Esto era la Química!

En aquel atardecer en el cuarto de la pintura, entusiasmado y contemplando las diminutas gotas que temblaban cerca de la boca del tubo, probablemente surgió una afición por la química que orientó mi vida.

Desde aquel día empecé a preguntarme si el aguarrás era solo un líquido transparente y de olor fuerte, los pigmentos, tierras de vistosos colores o el albayalde un polvo extrañamente pesado. Probablemente aquella habitación estaba llena de sustancias químicas a las que se podrían asignar las fórmulas y nombres que empezaba a estudiar en el instituto. Seguramente se podrían transformar u obtener otras distintas. Tal vez en los pigmentos azules, amarillos o verdes se encontraban, prisioneros, elementos que como el mercurio estaban esperando una mano que los liberara de sus ataduras químicas para volver a ser ellos mismos. ¿Cómo hacerlo?

A partir de entonces el texto de química pasó de ser algo que hablaba de mezclas, disoluciones, reacciones químicas, propiedades de las sustancias, destilaciones y filtraciones a convertirse en un libro que describía procedimientos que permitían obtener sustancias distintas, nombrarlas, distinguirlas y clasificarlas. También hablaba de mi querido mercurio y de los metales, por eso en el margen inferior de una de sus páginas donde se hablaba de las aleaciones, escribí con bolígrafo azul y con letra claramente inclinada hacia la izquierda: «*las aleaciones del Hg —mercurio— se llaman amalgamas*». Imperdonablemente los auto-

---

20 No se debe de intentar repetir el procedimiento descrito. Los vapores de mercurio que se desprenden son altamente tóxicos.

res se habían olvidado de las mezclas que el mercurio forma con otros metales.

Y cuando su lectura se mostró claramente insuficiente, cuando los dibujos en los que se mostraba como efectuar una destilación, recoger el gas desprendido en una reacción o descomponer el agua mediante la corriente eléctrica, pedían a gritos ser comprobados, empecé a acumular material para montar un laboratorio: frascos de cristal, plaquitas de cinc o cobre, tubos de plástico para conectar recipientes, tarros de varias formas, el viejo mechero de alcohol, un mortero...

Necesitaba un local donde almacenar todo ello y realizar mis experimentos.

En lo que llamábamos «el almacén de atrás», destartalado, con piso de tierra, había una vieja mesa de cocina y unas estanterías llenas de polvo y telarañas que una vez limpias y colocadas al lado de una de las ventanas me pareció que podían servir como amueblamiento básico. Procuré limpiar los alrededores creando un perímetro de seguridad y empecé a rellenar la estantería con los objetos acumulados. Lógicamente en un sitio preferente situé un frasco color topacio etiquetado como «*Cinabrio o bermellón*» que contenía una muestra de aquel pigmento maravilloso que me había abierto las puertas de un mundo nuevo.

Pronto comprobé que lo que en los libros aparecía como sencillo e infalible, en la práctica no lo era tanto, había detalles que se obvian pero que eran fundamentales. También entendí que la química, o la ciencia en general, necesita paciencia, perseverancia y estudio y que las matemáticas eran algo más que números, eran un lenguaje compacto, preciso e imprescindible para entender el mundo que nos rodea.

Tras reproducir algunos experimentos sencillos mencionados en mi libro de texto me embarqué en la difícil tarea de hacer pólvora. ¿Qué me llevó a ello? Lo ignoro. Seguramente la mezcla de aventura, peligro —que no apreciaba en toda su magnitud— e inconsciencia fueron determinantes.

Había mucho camino por recorrer, en principio desconocía los componentes y entonces el conocimiento no estaba a un clic de ratón, así que me fui a la biblioteca municipal y empecé a buscar

en libros, diccionarios y enciclopedias y con una frase de aquí, otra de allá, rellenando huecos, haciendo suposiciones e interpretando textos, llegué al conocimiento de los componentes básicos: salitre, carbón y azufre.

Para alguien criado a la orilla de la mar «salitre» tiene el significado de esa invisible emanación que tiene su origen en la mar y que corroee los hierros, agrieta las pinturas y destruye las maderas. Cualquiera que haya vivido al lado de la mar sabe que la lucha contra el salitre y su acción destructora es eterna e implacable.

¿Por tanto «salitre» significaba que había que utilizar sal común —cloruro de sodio—? No me pareció que un compuesto tan accesible pudiera usarse para sintetizar tan poderosa sustancia; debería de tener una composición más exótica, más acorde con el enorme poder que contenía, no sé: litósforo, vitriolo de Venus, sello de Hermes, agua celeste..., hasta que dándole vueltas descubrí que el salitre también era conocido como nitrato de Chile y que se extraía de minas situadas en Tarapacá o Antofagasta, lo cual ya estaba más en consonancia con sus terribles poderes.

El nitrato de Chile parecía inaccesible, pero otra conexión vino en mi auxilio.

Como divertimento era bastante común mezclar azufre en polvo con clorato de potasio —que se vendía en la farmacia para las afecciones de garganta—, ponerlo debajo de una piedra y empujarla rápidamente con el pie para que al rozar contra el suelo fuera capaz de soltar alguna chispa que prendiera la mezcla. Como consecuencia se producía una pequeña explosión que se celebraba en proporción directa al ruido producido.

Por tanto, el nitrato y el clorato debían de tener un papel parecido<sup>21</sup>. La mezcla bien podía ser clorato de potasio, carbón molido y azufre.

Para entonces uno de mis mejores amigos, Alfonso, se había incorporado al proyecto y juntos pasamos febriles jornadas en nuestro primitivo y escondido laboratorio —según los cánones de la alquimia más tradicional —moliendo carbón, mezclando los ingredientes, cons-

---

21 Efectivamente, los dos suministran el oxígeno necesario para la reacción

truyendo cilindros de cartón para contener la pólvora o improvisando mechas con cuerdas empapadas en alcohol.

Cuando tuvimos listos un par de cartuchos llegó el gran día, había que probarlos; salimos hacia «la calleja», un camino poco frecuentado que circundaba el almacén por la parte trasera y limitado a ambos lados por ortigas y malezas que trepaban por las tapias de las fincas colindantes. Una de esas tapias estaba formada por piedras apiladas casi sin argamasa dejando huecos entre ellas y nos servía a menudo como rocódromo natural. Aprovechando un par de huecos colocamos los cartuchos, prendimos fuego a las mechas y corrimos a refugiarnos en algún sitio a distancia prudencial. La mecha funcionó, y una vez consumida, el fuego desapareció en el interior del cartucho... por unos segundos nada ocurrió. Cuando empezábamos a saborear el amargo sabor del fracaso, de repente, una mezcla de fuego, gases y diminutas partículas sólidas de color negro, lanzadas a gran velocidad, aparecieron por la boca de uno de los cartuchos formando un magnífico cono de luz. A los pocos segundos con el otro cartucho sucedió lo mismo. Nos quedamos admirados. El ensayo no había salido como esperábamos —¡menos mal!— pero el espectáculo había sido extraordinario. Una vez que los fogonazos se extinguieron y los gases se serenaron, nos acercamos, inspeccionamos los cilindros de cartón ennegrecidos y prácticamente consumidos por el fuego, y regresamos a nuestro laboratorio comentando el suceso.

Poco después, un enfurecido vecino —el dueño de la finca a la que daba el paredón en el que habíamos efectuado la prueba— se presentó en la ferretería haciendo aspavientos e informando que habíamos intentado volar el muro con dinamita.

Tras un detenido examen del laboratorio y con el complemento de nuestra arrepentida confesión, el que se echaba las manos a la cabeza era mi padre, consciente de los riesgos que habíamos corrido y lo que nos pudo haber pasado, por eso nos hizo prometer que jamás volveríamos a hacer experimentos similares.

A partir de ahí el laboratorio empezó a languidecer y acumular polvo y olvido.

El frasco que contenía cinabrio, y que ahora presidía la estantería, comprendió lo que estaba pasando cuando se sucedieron las tardes sin actividad y la suciedad empezó a depositarse en su superficie. Resignado esbozó una extraña sonrisa, mezcla de pena, comprensión y alivio y admitió su destino.

Antepasados suyos, procedentes de las minas de Almadén y con el mercurio oculto bajo su manto bermellón, habían asistido a renunciaciones similares y a olvidos más profundos en los oscuros laboratorios de alquimistas obsesionados con el conocimiento hermético y las enseñanzas de Paracelso.

Otros usaron el cinabrio para preparar elixires que garantizaran a los poderosos la longevidad y la juventud perpetua. Reyes, condes y duques sancionaban su poder lacrando documentos con cera coloreada con bermellón...

Podrían pasar años, sucederse épocas, pero siempre habría gente dispuesta a indagar en las entrañas de la materia buscando el conocimiento que la naturaleza disfraza con bellas tonalidades. Quien fuera capaz de ver más allá de su hermoso color podría admirar el espectáculo de un metal líquido que brilla como la plata y se amalgama con el oro arrancándolo de las entrañas de la tierra<sup>22</sup>. Hasta entonces habría que armarse de paciencia, olvidado en un frasco, confiando en que el tiempo no borrara del todo la tinta de la etiqueta en la que un quinceañero escribió: «*Cinabrio o bermellón*».



*Frasco con cinabrio  
descrito en el texto*

---

22 Una manera de extraer el oro era tratando el mineral aurífero con mercurio. Este formaba una amalgama con el oro y a continuación se evaporaba el mercurio.

### 3. El barrio

La carretera del Gayo —entonces calle de Calvo Sotelo— representaba en los años sesenta del siglo pasado la frontera norte del pueblo. Más allá solo había caserías aisladas o pequeños grupos de viviendas en La Cuesta y Santana. Hacia el este en dirección a la mar las construcciones se iban espaciando cada vez más. La playa todavía era un lugar al que se iba ocasionalmente y en el que se disfrutaba el verano, pero que no contaba como territorio para vivir.

La ferretería de Luis de la Fabiana y la media docena de casas que se levantaban en las inmediaciones eran el último núcleo de población de cierta entidad, por eso la tienda representaba una parada obligada para «las de Santana»: Adelina, Lela o Josefina, que paraban allí a la ida y a la vuelta del mercado local donde vendían los productos que transportaban sobre sus cabezas en grandes cestas, anchas y de poca altura. Un trapo artísticamente enrollado hacía de almohadón para amortiguar el roce del fondo con el cuero cabelludo. Además, no era extraño que de cada mano pendiera una lechera de porcelana blanca con algún desconchado disimulado con Titanlux, en la que se llevaba la leche ordeñada el día anterior. Aquellas mujeres recorrían a diario varios kilómetros a través de caminos sin asfaltar y con pendientes considerables, teniendo en el comercio un punto de arribada en el que posar las lecheras, bajar la cesta de la cabeza y descansar las cervicales del peso que las había aplastado durante el camino. Se paraban y hablaban un rato entre ellas y con mi madre mientras compraban algún artículo que necesitaban con el propósito de recogerlo a la vuelta.

—Tere, dame un cuarto de quilo de café molido y una botella de aceite.

—De acuerdo, un cuarto de café... hoy parece que tenemos buen tiempo. No sé cómo podéis llevar tanto peso, Adelina. ¿Cómo os arregláis en la subida a Santana?

—Ya estamos acostumbradas, lo peor es cuando llueve, tenemos que andar con mucho cuidado para no resbalar. ¡A ver cuándo la asfaltan!

Era una vida dura, pero entonces se veía como algo natural, cosas que las mujeres debían de hacer, además de las tareas diarias de la casa.

Tras la compra había que ayudarlas a ponerse la cesta nuevamente en la cabeza. Era un momento delicado, cualquier movimiento mal ejecutado podía desencadenar una pequeña tragedia. Las tiras de madera entrelazadas crujían con un sonido característico al asentarse sobre la cabeza y una vez asegurado el equilibrio, con el cuello tenso y la espalda muy recta, reanudaban su camino hasta que eran engullidas por el desnivel que conduce al parque. Primero desaparecían las piernas, después el tronco y al final, durante unos segundos, parecía que la cesta flotaba en el aire hasta que la perspectiva la devoraba también.

Josefina fue la más emprendedora, pues ni corta ni perezosa se sacó el carné de conducir y se compró una furgoneta Citroën en la que podía cargar muchos más productos sin preocuparse de la lluvia o el mal tiempo, abandonando para siempre las penalidades de las cestas sobre la cabeza y convirtiéndose en un referente de modernidad y coraje para enfrentar los desafíos que estaban a la vuelta de la esquina.

Enfrente de la ferretería vivían Benigna, sus tres hijas y su hermana Adela, en una casita de planta baja con un pequeño patio delantero separado de la carretera por un murete a media altura, que en la parte superior se completaba con una valla de madera pintada de verde construida con tablas estrechas que se afilaban en su parte superior como puntas de flecha.





*Foto de grupo delante de la casa de Benigna*

Adela se había quedado ciega cuando yo nací. Desde entonces la negrura se hizo permanente y se relacionaba con el mundo exterior a través de sus manos que recorrían nuestras caras para detectar los cambios que el crecimiento iba tallando. Me impresionaba ver aquellas cuencas selladas a través de los laterales de las gafas oscuras que las ocultaban. Una cara que no mira es algo extraño, busca con los oídos y después orienta los ojos hacia lo que es mirado. Sin embargo, Adela no estaba triste, nos organizaba juegos en el patio y sin vernos sabía perfectamente donde estábamos y cómo nos movíamos, los sonidos la orientaban.

Foto de grupo delante de la casa de Benigna

—Te toca saltar a ti, Luisín...

—Terina, ahora «dais»<sup>23</sup> Angelina y tú.

Vivía en la oscuridad, pero su vida no era triste; llegó a llenar las muestras de cariño y terminó adueñándose de los espacios, por eso el patio de la casa lo conocíamos como «el patio de Adela».

---

23 En el juego de la comba, dos «daban» (movían la comba para poder saltar) y otro, saltaba.

A la izquierda de la casa de Benigna estaba lo que llamábamos «el prao<sup>24</sup> del Ferrerín», cerrado por un muro de piedra oscura y con su parte superior rematada como un tejado a dos aguas. Era todo un desafío recorrer sus cincuenta metros haciendo equilibrios sobre la arista superior. Sin asideros, lleno de irregularidades y zonas rotas, exigía una constante atención y hábiles estrategias para superar los obstáculos. A pocos metros del final había un poste que sostenía «los cables de la luz» al que habían puesto un largo tirante de alambre galvanizado, que al estar pegado al muro, constituía el único punto de apoyo en todo el recorrido. Llegar ahí era garantía de éxito. Los diez metros últimos, reconstruidos parcialmente con cemento, eran un feliz paseo al encuentro de la columna con tejadillo que marcaba el final del recorrido.

Al otro lado de la casa el «prao de Claudio» estaba cerrado por un muro de ladrillos encalados. No obstante era fácil de escalar pues a partir de su mitad había zonas abiertas que servían de agarre para las manos y apoyos para los pies.

Un buen día recostado indolente en el muro apareció un montón de arena amarilla, seguramente destinada a ser mezclada con cemento en aquellas pequeñas y rugientes hormigoneras que se alimentaban a paladas: una de cemento, cuatro de arena y un cubo de agua. Cuando se «hacía cemento» pasábamos largo tiempo mirando embobados como giraba la cuba hasta que el encargado determinaba que la mezcla estaba lista y, girando un volante situado en uno de los lados, la inclinaba lentamente hasta que la mezcla gris, densa y pastosa, caía sobre una carretilla.

Para nosotros la arena que esperaba a ser convertida en mortero u hormigón fue un verdadero regalo. Rápidamente nos dimos cuenta de las posibilidades que brindaba. Subiendo a lo alto del muro podías saltar sobre ella disfrutando del fugaz vuelo y del mullido aterrizaje, así que durante los próximos días aquel montón se convirtió en el polo de atención.

Era mi turno... subido en lo alto del muro, cogí impulso y me lancé. Una vez más, la arena me recogió suave y húmeda mientras

---

24 Prao: prado, campo

se colaba por la parte superior de mis zapatos, podía sentir su áspero contacto. Para amortiguar el impacto instintivamente doblé las rodillas e incliné el tronco hacia adelante, pero aquella vez algo no salió como esperaba, mi barbilla chocó con las rodillas y mis dientes se encontraron en medio la punta de la lengua cortándola sin piedad. Sin poder explicarme lo que había pasado mi boca se llenó de sangre que, mezclada con la saliva, empezaba a rebosar por las comisuras de los labios. Desconcertado y asustado me dirigí hacia mis compañeros en busca de ayuda.

—Abre... ¡Tienes la boca llena de sangre! ¡Te vas a morir!

Asustado corrí a casa en busca de refugio. Si había una solución allí la encontraría. Tuve suerte. Unos meses antes, jugando con mi hermana, me había roto por la mitad uno de los dientes delanteros inferiores. A mis padres les aconsejaron que dejaran pasar un tiempo antes de colocar una prótesis. Gracias a esto la punta de la lengua se mantuvo en su sitio unida por el negativo en carne de un diente que no estaba.

La curación no fue sencilla, el médico, D. Santiago, comentó que la única solución estaba en realizar enjuagues diarios con manzanilla, mantener la lengua en reposo absoluto el tiempo necesario y confiar en que la naturaleza compusiera lo roto y cicatrizara la herida. La prescripción de reposo llevaba implícita la prohibición de hablar durante, al menos, veinte días. Mi madre, socarrona, comentaba.

—Te va a engordar la lengua como a los cartujos.

Allí se inició, por tanto, el periodo más largo de mutismo de mi vida, pero el martirio de silencio impuesto confirmó lo acertado del remedio, permitiendo que mi lengua estuviera como nueva al cabo de los veinte días estipulados por D. Santiago.

—Menos mal que tenías el diente roto porque si no hablarías ceceando como los andaluces—, se burlaba mi madre.



*Fotografiado con mi hermana en el jardín de Aureliano*

La casa de Aureliano situada a la izquierda de la ferretería y separada de ella por la calleja de San Roque era, con mucho, la más elegante y grande del vecindario. Con un amplísimo jardín delantero y otro terreno de igual o más extensión a su espalda, ya entraba en la categoría, recién estrenada, de chalé.

De dos plantas, encalado y con líneas modernas para la época, sobresalía del resto, aunque sus ventanas con las persianas verdes bajadas de forma permanente y la nula actividad le daban un aspecto de casa misteriosa y abandonada. Lo cierto es que sus habitantes, Aureliano, de mediana edad, y su madre, Teresa, ya en la ancianidad, eran unos personajes únicos que poseían tierras propias en el concejo y una considerable fortuna personal.

Teresa mostraba un aspecto desaliñado con su pelo largo y entrecano recogido en una cola, su cara cubierta de arrugas y unos dientes irregulares.

—¿Veis a Teresa ahora? —nos interrogaba mi madre—, en su época fue una belleza, la más guapa del pueblo. ¡Hay qué ver lo que somos, lo qué fuimos y lo qué seremos!,

Era raro ver a aquella mujer durante el día. Su horario era un poco extraño.

—Duerme durante el día; la noche se la pasa en vela. Dice que tiene miedo a morirse —nos explicaban en el vecindario.

El morir se puede que no sea un tránsito fácil en ningún momento, pero Teresa, por lo visto, prefería enfrentarse a él en la claridad del día y no en la oscuridad de la noche. No estaba mal pensado, para transitar por territorios desconocidos mejor tener alerta todos los sentidos y luz suficiente por si acaso.

A su hijo único, Aureliano, lo recuerdo eternamente vestido con una gabardina clara, pelo engominado y gafas de sol Rayban con cristales tintados en verde que invisibilizaban sus ojos y ocultaban su mirada; caminaba de una forma singular y a pesar de que era una persona adinerada su aspecto era bastante descuidado.

Su gran religiosidad lo impulsaba a recoger imágenes de santos, vírgenes y cristos desahuciados de las peanas de las diversas iglesias del concejo y les daba asilo en su casa, dedicando a ello una habitación en la que se mezclaban sampedros de ojos saltones mirando alucinados a un punto indeterminado con vírgenes que, a pesar de los desconchones y del deterioro de la pintura, conservaban toda su celestial belleza.

En aquella mezcolanza llamaba la atención una talla colocada en una esquina que representaba a un hombre con atuendo y bastón de peregrino el cual levantando su hábito mostraba una pequeña herida en su muslo izquierdo. Un perro colocado a su derecha lo miraba con algo en la boca.

—El perro ¿también es santo? —pregunté en una ocasión que Aureliano nos quiso enseñar su colección.

Me miró y pensó que era necesario ilustrar mi infantil ignorancia:

—Es un San Roque. Cuenta la tradición que curaba a los enfermos de peste y que al final terminó contagiado. Con el fin de no extender la enfermedad se retiró a una cueva situada en un paraje solitario. Enfermo y sin alimentos no podría vivir mucho tiempo, pero un perro apareció y todos los días le llevaba en su boca un pan con el que lo ali-

mentaba. Además, el animal, compasivo, le lamía las llagas que con tan inusual remedio terminaron desapareciendo.

La historia de San Roque y su perro era más bien increíble, pero aún sin tener claro la santidad oficial del can es indudable que su dulce mirada y su abnegada entrega al santo merecía un puesto de privilegio en el cielo de los animales.

El padre de Aureliano, hombre adinerado con varias y vastas posesiones en el concejo<sup>25</sup>, había muerto bastantes años atrás y para conmemorar su aniversario su hijo ideó una original celebración: ese año por Semana Santa tendrían lugar algunos actos especiales en memoria de su padre que él sufragaría. Uno de ellos sería la celebración diaria, durante una semana, del rosario de la aurora. Esto es, el rezo del rosario al amanecer de forma comunitaria y procesional.

La cosa se organizó de forma tal que cada día con la aurora la procesión se iniciaba en un barrio y terminaba en la iglesia parroquial.

Cuando el rosario partió de la capilla de Santana, que Aureliano consideraba su barrio, y con el fin de resaltar la celebración, contrató el lanzamiento de docenas de voladores<sup>26</sup>. Las explosiones y el estruendo formado a tan tempranas horas sobresaltaron al pueblo entero provocando estupor, cuando no miedo, en las personas que se despertaban alarmadas sin poder explicarse lo que pasaba.

El resultado fue que el ayuntamiento sancionó al bueno de Aureliano por la alteración de la paz y el sueño de sus conciudadanos. La multa fue satisfecha religiosamente —nunca mejor dicho— y Aureliano orgulloso de su falta, apareció en la tienda una tarde mostrando el papel sancionador para que fuera enmarcado. Pensaba conservarlo y exhibirlo como símbolo y prueba de su pugna contra el poder civil y sus leyes sin sentido.



En el costado derecho de la casa se abría un espacio sin construir, un prado empinado que solo se segaba de vez en cuando y el resto del

---

25 Concejo = municipio

26 Volador = cohete

tiempo permanecía sin aprovechamiento alguno. Era el sitio perfecto para reunirse con los amigos, jugar al fútbol, construir endebles cabañas de cartones disimuladas entre la enmarañada vegetación que crecía en su parte superior o librar fieras batallas con espadas de madera, pero aquella tarde tocaba otra cosa, en el instituto nos habían enseñado a lanzar jabalina y había que entrenar la técnica.

La que utilizábamos en clase tenía un asta de bambú con una punta de latón encajada en un extremo. Con el propósito imitar el original no nos fue difícil encontrar el asta ya que entonces las cañas de pescar eran de bambú o cañavera y solo era cuestión de seleccionar la más adecuada. Dotarla de punta era más complicado, pero confiando en que su ausencia no afectara excesivamente al vuelo, decidimos comenzar los entrenamientos sin ella, con la caña abierta por el extremo más grueso.

Jugábamos con ventaja, lanzando desde la parte superior del prado, la inclinación del terreno favorecía el vuelo alargando el lanzamiento, pero eso no era importante. Mayor inconveniente era que a cada lanzamiento había que recoger la jabalina y remontar la pendiente para volver a lanzar, por eso uno de nosotros se situaba en la parte de abajo, la recogía, subía la cuesta e intercambiaba su posición con el lanzador que pasaba a esperar la caña en la parte inferior del prado.

Venancio uno de mis amigos del instituto participaba en los lanzamientos y, de repente, tuvo una idea luminosa:

—Si al final de la caña, en el agujero, ponemos un corcho atravesado por un clavo grande pesará más en la parte delantera y volará mejor. Además, ¡se clavará en la tierra al caer!, comentó excitado por la ocurrencia.

—¡Buena idea!... pero ahora no tengo ganas de volver a casa y ponerme a eso, ya es tarde y perderíamos demasiado tiempo. Mañana lo hacemos.

Le tocaba lanzar a Venancio, cogió carrerilla e impulsó con fuerza la jabalina que describió una parábola perfecta en el cielo. Yo esperaba su caída mientras la contemplaba volar directamente hacia mí. Pensé:

—En el último momento la esquivo para que aterrice justo a mi lado...

Pero...o no fui lo suficientemente hábil, o medí mal velocidad y distancia... Algo falló porque lejos de aterrizar la caña impactó contra mi cara con un golpe seco a la altura del ojo derecho, dejándome aturdido y dando paso, unos segundos después, a un intenso dolor. Instintivamente me llevé la mano derecha a la zona y la retiré llena de sangre. Venancio que se había dado cuenta del accidente, bajó la cuesta rápidamente y estaba frente a mí tratando de evaluar daños.

—Déjame ver... quita la mano de la cara...

—¡Dios!, te he sacado el ojo.

¡Madre mía! Instantáneamente me acordé de los ojos que se quitan a los peces y que terminan entre los desperdicios de la basura, mirándote fijamente, inservibles y muertos.

Preso del pánico corrí hacia la casa tapando con mi mano derecha lo que me imaginaba como una cuenca vacía y negra.

Mientras corría trataba de acostumbrarme a mi nuevo estado de persona tuerta, condenada a partir de ahora a apreciar el mundo con un solo ojo.

Entré en tromba en la tienda en la que no había nadie. Mi padre debía de estar en el cuarto de la pintura. Abrí la puerta de la vivienda y me dirigí a la cocina donde estaba mi madre, el mundo se había teñido de rojo y era más impreciso y borroso.

—Pero... ¿qué te pasa! —gritó al verme llegar lleno de sangre, aterrorizado y tembloroso.

—¡Qué Venancio me ha sacado un ojo!

—¡¡Qué!! ¡Déjame ver!

Siempre recordaré su mirada fija, preocupada, cercana al horror, pero enfrentándose con entereza a algo que no deseaba contemplar para poder auxiliar a su hijo.

Me limpió la sangre cuidadosamente con un paño húmedo e instantáneamente su mirada cambió y una sonrisa apareció en su cara; sus hombros y pecho se relajaron dejando salir el aire retenido con angustia.



—¡Gracias a Dios! El ojo está ahí, pero tienes una buena brecha en la ceja y en la parte superior del pómulo, justo debajo del ojo. ¡Hay que ir al médico inmediatamente!

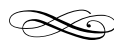
Milagrosamente mi ojo había quedado justo en el agujero de la caña...

Entonces se consideraba que cada niño tenía su ángel de la guarda<sup>27</sup> que lo protegía. El mío había estado atento, no cabía la menor duda.

La oración que había recitado durante años antes de quedarme dormido tal vez había surtido su efecto:

*«Ángel de la Guarda, dulce compañía,  
no me desampares ni de noche ni de día,  
no me dejes solo que me perdería».*

Mientras nuestro médico de cabecera arreglaba el desaguizado, y dando por ganado el ojo que hacía poco consideraba perdido, me di cuenta de lo que hubiera pasado si hubiera aceptado la proposición de Venancio de incorporar un clavo a modo de punta. Una decisión sin importancia aparente, tomada en pocos segundos, sin reflexión, puede condicionar nuestra vida futura. Vivimos sometidos al azar, gobernados por pensamientos inconscientes, emociones incontrolables, situaciones aleatorias y conexiones inesperadas. ¡Relájate y disfruta del viaje!



Al taller de Pepe el Nuevo se accedía por una pequeña puerta practicada en el centro de un portón de madera con restos de pintura cuarteada por la intemperie cuyo color se había perdido por completo. Por su estructura era evidente que en otro tiempo había sido un garaje y la puerta serviría de acceso a las personas.

Tenía a la entrada una zona amplia ocupada casi totalmente por una máquina aserradora y cepilladora, custodiada por tablas en posición de firmes gracias a soportes anclados en las paredes. Esa máquina, grande

---

<sup>27</sup> En el Concilio de Trento (1545-1563) se concluyó que cada persona tenía un ángel que lo acompañaba durante toda su vida. La fiesta de los Ángeles Custodios fue instaurada en 1608 y se celebra el 2 de octubre.

y oscura, era la única concesión a la tecnología. Casi inmediatamente el local se estrechaba hacia el fondo hasta terminar en un altillo oscuro donde se acumulaban cosas diversas a las que el tiempo había ido cubriendo de una película de polvo y serrín. Solo se libraban una caña y una cesta de pescar que eran usadas regularmente.

Pepe tenía su banco de trabajo en el centro del taller, ocupando la pared izquierda y debajo de dos ventanas situadas en la parte alta, y orientadas al oeste, que daban luz al local. Unos metros más allá una puerta sin pintar baja y estrecha y con las bisagras oxidadas daba acceso al exterior. Allí una piedra de afilar grande, redonda y áspera se hacía girar mediante un pedal situado en el lateral, humedeciéndose gracias al agua contenida en la parte inferior del recipiente que la cubría hasta la mitad de su diámetro. Cuando un formón se afilaba aparecían un ramillete divergente de trazos de fuego que se originaban en el punto de contacto entre el acero y la piedra, y que tras un breve recorrido en el aire, se deshacían en múltiples pétalos de chispas coloreadas. Era un magnífico espectáculo ver cómo Pepe deslizaba con maestría el filo del formón sobre la piedra que giraba rápidamente escupiendo pequeñas gotas de agua, al tiempo que la energía generada por el rozamiento se transformaba, misteriosamente, en luz que se extinguía al instante.

Su taller olía a madera de pino recién serrada, el suelo estaba tapizado de virutas de madera retorcidas y un eterno montón de serrín cubría la base de la máquina cepilladora dejando memoria de las maderas desbastadas.

El Nuevo —como se le conocía— siempre saludaba por las mañanas cuando iba hacia el taller a empezar la jornada y hacía una parada por la tarde, cuando volvía a su casa, para charlar un rato.

De corta estatura y ojos intensamente azules fumaba Celtas cortos, sin filtro, y siempre vestía con un mono en el que se podían apreciar residuos de serrín y pequeñas virutas de madera prendidas en los hilos que sobresalían en alguna zona más deshilachada.

Pegado al taller de Pepe, un local grande y destartalado servía de garaje y punto de almacenamiento a los autobuses de Rocés, empresa que cubría tanto la línea Luanco— Avilés, como el itinerario que recorría los pequeños pueblos del concejo situados al norte de esa carretera. En

su parte de atrás se abría un espacio sin utilidad aparente y situado bastante por debajo de la línea del suelo. La única posibilidad de acceso era usando una precaria escalera de madera apoyada en el muro; castigada por la intemperie y los años no ofrecía muchas garantías, pero nosotros pesábamos poco y las condiciones de seguridad no eran una preocupación, por eso nos encantaba subir y bajar desafiando al vacío y a los peldaños a punto de ceder.

Cubierto hasta su mitad por un tejado soportado por un armazón de vigas de madera negras, posiblemente embreadas, no tenía otro interés que el continuo bajar y subir por aquella escalera. Sin embargo una tarde, cuando ya empezaba a oscurecer, un búho se posó justo en el cruce de dos vigas y nos sorprendió con un ulular dulce y prolongado. Desde aquel día volvió todos los anocheceres y era un momento mágico asistir a su canto sentados en el muro desde donde podíamos distinguir sus grandes ojos, redondos como platos y separados por su pico ganchudo que sobresalía de un hermoso plumaje con tonos blancos, negros y grises. Nadie se explicaba cómo había llegado allí o por qué había elegido aquel lugar para ver morir la tarde.

Después de varios días no apareció, las vigas permanecieron vacías. Solo una novedad: había un par de plumones blancos pegados al suelo y rodeados de una mancha oscura justo en la vertical de la posición que ocupaba en los atardeceres.

Alguien había pensado que el canto de un búho era de mal agüero, que traería desgracias, y para conjurar tal presagio apoyó una escopeta de caza en el muro que nos servía de asiento y apuntó con calma a su pecho cubierto de plumas grises y negras sobre un suave plumón blanco. Tras el disparo una bola de plumas ensangrentada cayó a plomo con los ojos aún abiertos como esferas de cristal.

El cazador tuvo el detalle de recoger el cadáver, pero no pudo borrar todas las pistas. La sangre había ya manchado el suelo y poco después un par de plumones terminaron cayendo sobre ella para dejar claro su origen.



Un día apareció en el barrio mirando con sorpresa a su alrededor, tratando de entender aquel sitio extraño. Al principio no se atrevía a alejarse mucho más allá de la acera de su casa, pero no pasó desapercibido. Tenía los ojos azules y el pelo mucho más claro que cualquier rubio que hubiéramos visto antes, casi blanco. Era alto para su edad —unos diez años— y sus piernas eran largas y flacas. Lo más sorprendente eran sus pantalones cortos de cuero con un peto del mismo material, idénticos a los que usaban los hijos del capitán Trapp en *Sonrisas y Lágrimas*.

Pronto descubrimos que se llamaba Uwe y su padre era, al parecer, uno de los técnicos alemanes que llevaban a cabo alguna intervención de mantenimiento en la factoría de ENSIDESA<sup>28</sup> en Avilés.

No tenía mucha pinta de conocer nuestros juegos ya que día a día se entretenía en pegar pelotazos durante un buen rato contra la pared de su casa con una pelota un tanto ridícula, de varios colores, pero la curiosidad por ambas partes llevó a un acercamiento paulatino que chocó inicialmente con la barrera del idioma. Uwe hablaba alemán, y al principio se limitaba a correr tras nosotros siguiéndonos de un lado a otro e intentando entender las instrucciones que le dábamos a base de gestos.

Rápidamente empezó a entender las cosas básicas y cada vez se le veía más a gusto e integrado en el grupo. Ya no le asustaban los rasguños en las piernas ni hacía ascos a un caramelo o un pedazo de pan que se había caído al suelo, bastaba con recogerlo lo más rápidamente posible y soplar un poco para eliminar cualquier bacteria. Aprendió a beber directamente del grifo de las fuentes y a identificar y evitar las ortigas y con el tiempo empezó a hablar tan asturiano como nosotros, con solo un ligero acento.

A los usuarios de los autobuses que iban a Avilés les resultaba extraño aquel niño flaco, con su pelo albino y pantalón corto de cuero, con peto tirolés, que todas las mañanas temprano subía solo al bus con una mochila y viajaba varios kilómetros para asistir a una escuela probablemente bilingüe. Ver a un niño de aquella edad viajando solo en un autobús público y perdiéndose en las calles de Avilés no era corriente.

¿Cuánto tiempo estuvo Uwe en España? No podría decirlo, varios meses, pero un día desapareció con destino a su país, probablemente

---

28 Empresa Nacional Siderúrgica, S A. Empezó a funcionar en 1956. Actualmente Arcelor Mittal Asturias.

vestido con sus inseparables pantalones de cuero negro y oliendo a intemperie y tierra húmeda.



Romana era una anciana casi invisible que vivía en el primer piso de la casa de María Pesquerías. Solo recuerdo haberla visto una única vez, arrugada, cubierta por una capelina de lana y sentada en la galería de su casa que daba al sur, sonriente y encantada por la visita de aquellos niños.

Los vecinos, conscientes de su presencia y de la soledad en que vivía, la visitaban y atendían en sus necesidades básicas, sobre todo Benigna.

Aquella anciana protagonizó, sin quererlo, un sentimiento desconocido y hondo cuando por el barrio se extendió la noticia de que Romana había fallecido. Para muchos de nosotros fue el primer encuentro con la muerte.

Varias personas bajaron su féretro por las crujientes escaleras de madera mil veces fregadas con arena, era una situación nunca vivida y varios nos preguntamos si Romana estaría cómoda en aquel estrecho y oscuro recinto de madera barnizada después de tantas tardes de sol en su galería inundada de luz, orientada al sur, y protegida por su capelina de lana.



Manolo el Capacho, estaba casado con María Paz y con el tiempo montó, muy cerca del taller de Pepe el Nuevo, otro taller de carpintería. A pesar de ello la convivencia entre ambos fue armónica, pacífica e incluso simbiótica, porque Manolo se dedicaba a la construcción de muebles y a la ebanistería, mientras Pepe practicaba una carpintería más básica y artesanal.

María Paz era una mujer locuaz, admiradora de Sara Montiel, coqueta, simpática y extrovertida, con la que mi madre tenía larguísimas conversaciones. Es curioso que las recuerdo a ambas, no hablando, sino riéndose a carcajadas, apoyadas en el mostrador cada una en uno de los lados.

María Paz vivía en el bajo de una de las dos casas pegadas como siamesas y situadas enfrente de la de María Pesquerías. Tenía dos hijas,

Josefina, la mayor, y María Manuela, de nuestra edad. En la primera planta vivía Mamel, el más joven de la pandilla.

En la casa de al lado Benigno y Lucía, a los que recuerdo ancianos, entretenían sus días cuidando la huerta que tenían en la parte posterior de la vivienda.

Josefina, la mayor de las hijas de Manolo y M.<sup>a</sup> Paz, era muy guapa y rivalizaba en belleza con Pilarina, la hija mayor de Pepe el Nuevo, quien había heredado la profundidad azul de los ojos de su padre y el desparpajo de su madre, Pilar.

Josefina tenía un tío, que además era su padrino, al que todos conocíamos como «el mejicano», del que se contaba que era inmensamente rico. Algo debía de haber porque de cuando en cuando aparecía vestido con un traje amplio, oscuro, con la chaqueta cruzada y hablando con acento marcadamente mejicano. Llegaba en un coche que revolucionaba el barrio. El mejicano tenía un «haiga»<sup>29</sup>.

Era la época de Marisol a la cual imitaba a la perfección Florina, la hija pequeña de Pepe:

—Corre, corre caballito, trota por la carretera, no detengas tu carrera que lleguemos tempranito....

Y Flor, al tiempo que cantaba, giraba la cabeza y movía sus ojos como hacía Marisol, alargando las vocales o haciendo temblar los finales. Los demás la escuchábamos embobados porque habíamos visto la película en el cine y nos parecía que Marisol se había encarnado en nuestro barrio. Además, Florina, no solo cantaba bien, también era una atleta capaz de vencernos a todos en pruebas de velocidad o derrotarnos jugando al pañuelo.

Ángeles estaba casada con Alfonso el Regalo, de ahí que para todo el mundo fuera Ángeles la Regala, y vivía en una casa situada enfrente justo del taller de Pepe. Era también una buena cliente y pertenecía al pequeño grupo de mujeres que compartían conversaciones con mi ma-

---

29 Los coches grandes y ostentosos de los emigrantes cubanos que regresaba a España recibían el nombre de «haigas». Al parecer la denominación venía de que cuando iban al concesionario a comprarlos pedían «el coche más grande que haiga».

dre. Tenía una voz ronca y característica, y su hijo, Alfonso, un par de años más joven que yo, era mi mejor amigo.

Fueron tiempos felices, de comer moras recogidas directamente de los bardales, de saber en qué árboles había nidos, de aprovechar el barro para «jugar a Roma»<sup>30</sup>; de montar en bicicletas sin frenos y de lanzarte cuesta abajo en carros hechos con rodamientos de bolas. Todo un lujo haber vivido en una época en la que las zonas asfaltadas eran una excepción y las carreteras podían usarse como lugar de juegos, deteniendo la actividad solo de cuando en cuando para dejar circular algún coche que pitaba al pasar agradeciendo el gesto. Vivíamos sin relojes, untándonos de saliva cuando las ortigas rozaban nuestras piernas llenándolas de granitos que picaban lo suyo.

—¡No te rasques, que es peor! La próxima vez cuando pases por donde haya ortigas, contén la respiración, si lo haces, no te pican.

Un día de verano, a media mañana, Ángeles entró en la tienda sudorosa, con la mirada perdida y la angustia reflejada en su cara. Alfonsín, su hijo, había desaparecido. Al parecer lo había regañado por algo y él, enfadado, se había ido de casa.

Medio barrio se movilizó y sus amigos fuimos convenientemente interrogados:

—Tú ¿sabes algo?

—Claro que no, lo vi por última vez ayer por la tarde cuando se fue a casa.

Se registraron las zonas más próximas, los sitios donde podía estar, pero Alfonso no aparecía; el nerviosismo iba en aumento, la cosa pintaba mal. ¿Qué podría haber sucedido? ¿Adónde habría ido? Las preguntas resonaban en las cabezas de todos y las respuestas iban agotándose con cada búsqueda.

---

30 Juego que consistía en clavar palos afilados en un terreno embarrado. Si al clavar tu palo derribabas el de otro jugador lo «mandabas a Roma» golpeando su palo con el tuyo para lanzarlo lo más lejos posible. Mientras el otro corría a recuperarlo tú tenías que clavar el tuyo hasta tres veces. Si tu oponente llegaba y lograba clavar antes de que terminases la cuenta, quedabas eliminado.

Un corro de personas se concentró para proponer acciones. Lo importante era actuar rápido ya que el tiempo jugaba en contra. Tal vez lo más conveniente fuera telefonar a la Guardia Civil, aquello se estaba convirtiendo en una emergencia.

Preocupado, decidí alejarme del corro de adultos y sentarme en un poyal de piedra que estaba un poco más allá. Yo también estaba intrigado, sin respuestas, así que levanté la vista y... ¡allí estaba! Acababa de salir a la acera de su casa y parecía que quería cruzar la carretera para venir hacia nosotros.

—¡Está ahí, está ahí! —grité sin poder decir nada más, a la vez que señalaba con mi brazo muy estirado en la dirección en que Alfonso cruzaba la calle tranquilamente.

Todos se giraron y contemplaron con asombro al desaparecido dirigiéndose extrañado hacia el grupo que se había formado.

Ángeles corrió a abrazarlo sollozando. Su hijo no entendía lo que estaba pasando. Tras los besos, con los ánimos ya calmados, se pudo aclarar el suceso.

Con la regañina Alfonso se asustó y se escondió en la despensa de su casa, en unas baldas donde se almacenaban las patatas. Se subió a una de ellas y se quedó dormido. Dado lo oscuro del lugar, la pequeñez del cuerpo y el camuflaje que los tubérculos le proporcionaron, su presencia pasó desapercibida en el rápido registro efectuado por una madre ansiosa y preocupada. Lo que parecía ser un trágico episodio quedó reducido a un plácido sueño en una oscura estantería acunado por patatas.

—Mama ¿qué comemos?

—¡Ay, Alfonsín! ¡Con el disgusto que me diste y tú pensando en comer!



## 4. Tras el mostrador

Puede parecer una barrera, algo interpuesto entre tendero y cliente, una zona neutra en la que depositar los artículos solicitados. Un mostrador es capaz de transmitir confianza o duda, puede ser cálido o frío, invitar al diálogo o levantar un muro de suspicacias. No es igual comprar sobre un mostrador de madera que sobre uno de cristal, sobre uno bajo que te distancia de lo que te ofrecen que sobre otro alto que invite a acodarse, a examinar el artículo y pensarse la compra. Hay mostradores que respiran experiencia: hendidos, machacados, lustrosos sin necesidad de ceras, reflexivos y acogedores. Te apoyas en ellos y sientes que todo se va a solucionar... Los mostradores no engañan, nunca traicionan, están ahí, no se pueden mover ni un milímetro, solo pueden ofrecernos las intangibles huellas de miles de personas con las que tuvieron contacto. Ni siquiera tienen la posibilidad de seleccionar los episodios agradables, simplemente los acumulan y los amasan con otros más amargos obteniendo un resultado imprevisible y, al final, ofrecen el aspecto que resulta, el que tú puedes ver, el que inconscientemente te invita a hacer una caricia a la superficie y apoyar tu palma confiado o a cerrar la mano y colocarla justo en su borde como evitando el contacto.

Hay clientes que tienden a situarse en el lado derecho, otros en el izquierdo, buscando la protección de los límites; el centro es un territorio más expuesto, con mayor posibilidad de ser observado y juzgado por los que esperan a ser atendidos.

Cuando entras en un comercio siempre tienes dudas de si tu explicación va a ser suficiente, si lo que vas a decir se corresponde con lo que deseas comprar, por eso casi siempre se ensaya, aunque sea mentalmente, una breve explicación de lo que quieres: repasas las características básicas, realizas una descripción aproximada o comentas el uso que vas

a darle. Sueles confiar en que la experiencia del vendedor te ayude y complemente tus deseos ofreciéndote lo más adecuado. Cuando vas a una ferretería esto se amplifica porque tu deseo tiene una traducción técnica que debe de hacer el ferretero:

—Lo mejor para que no te gotee es que pongas una junta tórica en el racor.

Cuando momentos después te pone encima del mostrador la pequeña junta toroidal te sientes reconfortado y agradecido. Pones al lado el dinero y tras darte la vuelta, el delgado anillo de goma negro que permanecía en terreno neutral ya es tuyo, el mostrador ha mutado, ahora es tu terreno.

—Ten en cuenta que con los cambios de temperatura puede perder elasticidad. Si observas que pierde agua debes cambiarla.<sup>31</sup>

Hubo, no hace mucho, una época en la que la única comunicación era la interpersonal. Cuando no era posible había que escribir cartas y esperar la respuesta. Las noticias especiales se hacían vía telegrama o se llamaba a teléfonos locales a través de una operadora.

En esa época los mostradores también eran espacios de convivencia y de charla. Lo que se oía o comentaba en la pescadería, en la carnicería o en la frutería pasaba a formar parte de las conversaciones y en el boca a boca podía sufrir transformaciones tan profundas que la versión final poco tenía que ver con la original. En ocasiones la historia inicial y final eran, incluso, antagónicas.

Las compras, además de satisfacer necesidades, cumplían una labor social y de relación humana. Si para hacerlas tenías que tomar un autobús renqueante que culebrea por estrechas carreteras recogiendo a un usuario aquí y otro allá, entonces el tiempo se achica y había que planificar bien la mañana, o la tarde, y una vez solucionados los trámites había que llenar el tiempo hasta el próximo autobús.

Telvino era de Bañugues, tenía la cara arrugada y una nariz afilada con unos ojos pequeños y de mirada intensa. Siempre venía vestido con

---

31 El transbordador Challenger se desintegró en enero de 1986 poco después del lanzamiento debido al deterioro de una junta tórica en uno de sus cohetes impulsores.

chaqueta oscura y amplia, pantalón negro y una camisa blanca desabrochada en el cuello. Fumaba Ideales parsimoniosamente y a veces el cigarrillo se le olvidaba entre los dedos acumulando ceniza que iba aumentando de tamaño lentamente hasta que se desplomaba bajo su propio peso, entonces Telvino volvía a la realidad alertado por el acontecimiento y limpiaba la ceniza del mostrador arrastrándola con el canto de su mano.

Una de sus grandes preocupaciones era una eterna e invencible plaga de naturaleza desconocida que diezmaba su población de conejos, pero él era un hombre de recursos y de aguda inteligencia y nos contaba con la precisión y el método de un científico como iba aislando las variables implicadas, estudiándolas una a una y cercando la causa de la mortandad. Yo escuchaba con la boca abierta su relato y sentía una gran pena por los animales perdidos al tiempo que celebraba los avances de las investigaciones de Telvino, pues estaba seguro de que acabaría por derrotar a la terca epidemia.

Otras veces nos hablaba de un ingenioso dispositivo que había inventado para pescar marisco y que se cerraba por la parte superior mientras bajaba hacia el fondo y se abría cuando lo alcanzaba. Luego, al ser izado, volvía a cerrarse automáticamente impidiendo que lo que estaba en el interior se escapase durante el ascenso. De esta manera, argumentaba, el rendimiento era mayor y el esfuerzo más satisfactorio.

También había conocido los tiempos de pleno funcionamiento de la mina de Llumeres<sup>32</sup>, posiblemente la mayor mina de hierro de Asturias. Cuando hablaba de ella su voz cambiaba y los ojos se le apagaban; su entusiasmo investigador para salvar a sus conejos o para mejorar los dispositivos de pesca desaparecían sustituidos por cierta tristeza que hablaba de jornadas eternas, galerías oscuras y miedo a los cartuchos que, traicioneramente, no explotaban a su debido tiempo provocando terribles accidentes. Con el fondo pausado de su relato te podías imaginar las jaulas que subían y bajaban a los mineros, las galerías llenas de barro y el extenuante trabajo de las mujeres que en el exterior paleaban el mineral.

---

32 La mina de Llumeres estaba situada en la ensenada del mismo nombre, en Bañugues.

Cuando iba llegando la hora retiraba con calma el puño de su camisa con el índice de su mano derecha hasta dejar al descubierto un reloj con la esfera un poco amarillenta y punteada de manchas marrones en algunas zonas. Lo llevaba fijado a su muñeca con una correa de cuero muy usada, tan delgada en algunas zonas que parecía imposible que no se rompiera al menor movimiento. Consultada la hora daba la última calada al cigarro, se colocaba la boina y se despedía levantando la mano desde el dintel de la puerta.

—¡Adiós, Luis y compañía!, hasta la próxima.

Telvino emprendía el regreso a Bañugues pensando cómo mejorar su invento para pescar y en derrotar de una vez por todas el maldito mal que le robaba los conejos. En su mano izquierda un envoltorio de papel de periódico contenía medio kilo de puntas de tillar. Pensaba construir más jaulas para futuros conejos, felices y libres de una enfermedad que pronto sería derrotada por la razón y la perseverancia.

Los clientes que venían a comprar un cristal se identificaban rápido porque traían en la mano un papelito con las medidas.

—Quería un cristal de 50 x 25 cm.

Como la veteranía es un grado, tras la primera declaración siempre se establecía un interrogatorio previo para evitar males mayores.

—Con qué lo mediste ¿con un metro o con un centímetro de modista?

—Con un centímetro.

—Pues... no vale, los centímetros estiran y siempre miden de más. Yo te aconsejaría que volvieras y lo midieras con un metro, verás que hay diferencia. Además, debes medir un poco menos, para que quede holgado.

Irremediablemente quien admitía el consejo —incluso se les prestaba el metro para rehacer la medida— volvía reconociendo que había, al menos, medio centímetro de diferencia, suficiente para que el vidrio no encajara. Así se evitaba tener que cortar tiras muy finas, de menos de un centímetro, lo que era bastante difícil, no siempre se separaban con un corte limpio debiendo de eliminarse algunos restos con unos

alicates especiales de boca plana, lo que aumentaba considerablemente el peligro de rotura.

Descartado dentro de lo posible un error en las medidas, se buscaba un trozo de cristal que minimizara la pérdida, se colocaba sobre el mostrador —a veces había que manejar láminas de vidrio de casi dos metros de alto y de anchos diversos— y con un rotulador fino se hacían dos marcas sobre el vidrio que permitieran colocar una regla de madera para efectuar el corte.

El cristal es muy frágil —se rompe con facilidad— pero es muy duro, es muy difícil de rayar, para hacerlo se empleaba una herramienta especial — la llamábamos «ruleta»— que tiene en su punta un pequeño disco giratorio de acero especial. Apoyándola en la regla, manteniendo la verticalidad y considerando el espacio que ocupa, se deslizaba sobre el cristal pasando exactamente sobre las marcas. Si el corte —en realidad, raya— estaba bien hecho aparecía una señal nítida sin apenas restos de vidrio lo que garantizaba un buen resultado final.

Solo quedaba darle, con la misma ruleta, unos golpecitos por debajo para que el cristal dócilmente empezara a agrietarse siguiendo la línea marcada. Una ligera presión ejercida con la mano separaba la parte sobrante, lo cual se celebraba con cierto regocijo. La operación se completaba «quitando el canto» al cristal para lo que se utilizaba una piedra que tenía marcadas en sus caras profundas hendiduras tras haber pulido cientos, tal vez miles, de cantos de cristal para evitar las afiladas aristas. Los recortes se recogían en un viejo cajón que había que vaciar de cuando en cuando lo que producía un estremecedor sonido de vidrios rotos.

El cristal, una vez cortado, se llevaba bajo el brazo como una carpeta, interponiendo un trozo de periódico o cartón doblado entre el vidrio y la mano para evitar cortes. Si era de considerable tamaño y había de ser transportado en un coche o furgoneta, siempre se insistía en que lo esencial era que quedara asentado sobre varios puntos de apoyo para evitar que pudiera romperse con cualquier vibración.

No era raro que nos trajeran la ventana para que nosotros mismos colocáramos el cristal. Aprovechando los ratos en los que no había clientela se acometía el encargo que comenzaba acostando el marco sobre el mostrador para empezar quitando, pacientemente, la vieja masilla en-

durecida que muchas veces se resistía a separarse de la madera; después se hacía un blando lecho con masilla nueva sobre la cual se colocaba el vidrio ejerciendo una presión moderada para expulsar el sobrante que se retiraba a continuación. Un momento delicado era cuando había que clavar unas puntas sin cabeza que sujetaban el cristal al marco de madera. Solo con que el hierro con el que se golpeaba o el propio clavo lo rozaran podía romperse, era una operación que requería tino y experiencia.

Por fin llegaba la parte más artística, el colocar la capa final de masilla y conseguir un buen acabado. Tenía que quedar lisa y sin imperfecciones, pues era muy visible, y debía de descender formando un plano inclinado hasta la superficie del cristal. El aspecto se mejoraba hasta lograr un acabado liso y con las esquinas perfectamente marcadas en ángulos de cuarenta y cinco grados. Era muy satisfactorio contemplar el resultado cuando lograbas un aspecto uniforme. Ahora solo quedaba dejar endurecer y, si acaso, pintar, lo que ya quedaba a cargo del cliente.

Marcelino regentaba la funeraria local, llegaba casi siempre en una pequeña moto y, cuando hacía frío, se forraba el pecho con abundante papel de periódico. Encargaba cristales destinados a los ataúdes y las formas que habían de tener presentaban considerables desafíos a la hora de ser cortados. Las que más se repetían, como la de un rombo con los vértices opuestos truncados, habían sido ya reproducidas en plantillas de cartón para poder dibujarlas con cierta rapidez, no obstante, el riesgo al cortarlas era siempre alto, eran piezas grandes y cuando tras marcar hacías presión para que se rompiera, siempre había duda de cómo iba a progresar la fractura: si seguiría la finísima raya que hendía la superficie o se desharía en mil pedazos por una pequeña falla en cualquiera de los puntos, arruinando todo el trabajo.

De vez en cuando me enviaban a llevar algunas facturas a la funeraria. Para llegar al despacho había que pasar por un pasillo estrecho lleno de féretros ordenados en estanterías. La vista no tenía nada de desagradable, todo lo contrario, estaban perfectamente barnizados y brillantes y algunos mostraban tallas de columnas salomónicas verdaderamente notables. Sin embargo, el uso al que sabías que iban a ser destinados hacía que los percibieras con cierta inquietud, así que se trataba de atravesar el pasillo lo más rápidamente posible y sin mirar mucho a los

lados. Al final Marcelino te recibía amablemente, recogía el sobre que contenía las facturas y llamaba a su mujer para que te recompensara por el trabajo. Siempre era agradable volver mordisqueando una hermosa manzana de regalo.

Transportes Pesetina era una empresa familiar que se dedicaba a la distribución de las mercancías que recogían en Avilés o Gijón y transportaban hasta los comercios. Tenían un camión antiguo y destartado con el que recorrían, una y otra vez, las carreteras casi imposibles de entonces. Padre e hijo se llamaban Ramón.

Ramón, padre, era más bajo, pero con una complexión fuerte y unas manos que daban la impresión de poder partir un coco sometiéndolo, únicamente, a la tenaza de aquellos dedos formidables.

Ramón, hijo, era alto y delgado, de aspecto frágil, pero suplía la aparente falta de fuerza con una gran agilidad y una actividad desbordante, eran perfectamente complementarios.

Llegaban en su camión, sentados ambos en la cabina: el hijo conduciendo y el padre de copiloto, hablando lo justo, dando los consejos imprescindibles que su mayor experiencia le sugería para que la conducción y los viajes transcurrieran sin sobresaltos.

El camión llegaba al atardecer transportando alguna mercancía que se esperaba con impaciencia y aparcaba justo a la entrada de la tienda. Ramón, hijo, siempre se apeaba más rápido e inmediatamente se dirigía a la trasera, cerrada en su tercio inferior con una tapa de madera que se podía abatir actuando sobre dos pasadores laterales, y recorría uno de ellos. Los otros dos tercios estaban tapados con un toldo fijado con unas correas. Si la sujeción no era completa, o algunas de las correas no se abrochaban por olvido, la lona ondeaba como una bandera y las hebillas sueltas golpeaban contra los costados protestando por la negligencia.

Ramón, padre, aunque se apeaba lo más rápido que podía, llegaba con un ligero retraso a la parte posterior del camión, demostrando que entre los inconvenientes de cumplir años está, entre muchos otros, el volverte más lento.

Una vez que el pasador correspondiente al lado del padre era liberado, la tapa cedía, se abatía y colgaba oscilando lentamente. Ramón,

hijo, se subía entonces a la caja con agilidad y levantaba el toldo para empezar a rebuscar entre la multitud de bultos, cajas de cartón atadas con cuerdas o cajones de madera llenos de virutas que entonces se usaban para transportar las mercancías más frágiles.

El padre aguardaba abajo dando, si acaso, alguna indicación:

—Mira a ver, Ramón, tiene que estar con los bultos que recogimos en García Fernández... Ahí, en ese montón de ahí...

La tarde ya empezaba a morirse cuando el más viejo de los ramones entregaba la mercancía.

—Luis, un envío de García Fernández.

—¡Ah, sí! Deben de ser bisagras y herrajes que me encargaron para unos muebles. Déjalo ahí mismo, por favor.

Ganando tiempo el otro Ramón levantaba la tapa caída que ya había cesado de oscilar y fijaba y cerraba los cerrojos laterales con pocos segundos de diferencia:

—¡Crash! ¡Crash!

Mientras, en el interior, ya se habían firmado los albaranes de entrega y abonado el transporte, caso de que este corriera a cargo del receptor del envío.

Ramón, padre, descansaba entonces su humanidad sobre el viejo mostrador e iniciaba una conversación:

—Hoy me duele un poco la espalda, Luis, pero, la verdad, no me preocupa. Tengo en casa un cinturón que compré a un curandero brasileño, capaz de remediarlo casi todo. Sin pastillas, simplemente te lo pones mientras duermes y las corrientes magnéticas que produce y acumula te devuelven la salud. Al parecer en Brasil es un procedimiento muy popular. ¡Una maravilla!

Yo escuchaba detrás del mostrador y me imaginaba un prodigioso cinturón con la parte dorsal más ancha y llena de piedras rojas como rubíes y azules como zafiros deshaciendo la luz en reflejos de colores. Al final, en mi ensoñación, una gran hebilla situada en la parte frontal servía para ajustarlo a la quebrada cintura.



Ramón también hacía afirmaciones que parecían extravagantes para la época:

—Jehová es el verdadero Dios y así se menciona en el Antiguo Testamento.

La afirmación hecha una tarde—noche a la hora de cerrar y cuando Marcelino estaba presente, originó una viva polémica. Hombre profundamente religioso y muy pegado a la tradición católica, Marcelino mostró serias objeciones a algo que sonaba a pura heterodoxia en un mar de plácida aceptación de la doctrina oficial.

Pero Ramón no se rendía.

—En los textos hebreos antiguos no había vocales por lo que el nombre de Dios, que podía ser escrito, pero no pronunciado, era YHWH, que más tarde se combinó con el de Adonai —el Señor—, dando Ye-HoWaH, que se latinizó como Jehová.

La erudición de Ramón en cuestiones bíblicas no admitía mucha disputa y estaba fuera del alcance de los conocimientos de sus interlocutores, por eso las discusiones se enmarañaban desviándolas por otros derroteros: quién tenía autoridad para interpretar la Biblia, la exactitud de las traducciones, o la fiabilidad de las fuentes.

Para mí, un niño que asistía sorprendido a los debates, todo aquello me resultaba tan nuevo que la frase de Ramón, vestido con su clásico mono azul y levantando la mano derecha con el índice extendido, aún resuena en mis oídos décadas después:

—¡Jehová es el verdadero Dios!

Poco más tarde, mientras se cerraban puertas y contraventanas y las luces se extinguían, las imágenes del vivo debate entre Ramón y Marcelino permanecían vivas resistiéndose a desaparecer ¿Quién tenía razón? Jehová era un buen nombre para Dios, inicialmente áspero termina redondeándose para acabar en un pellizco de aire que acaricia los labios. Las palabras, muchas veces son algo más que sonidos, pueden permanecer ahí, agazapadas en lo profundo de tu cerebro y no morirse a pesar de los años transcurridos:

—Jehová es el verdadero Dios.

De Pepe el Nuevo ya se ha hablado, reaparece porque era una persona tan presente en mis recuerdos que por fuerza ha de tener un lugar de privilegio.

Todas las tardes al acabar la jornada recalaba en la tienda y repasaba a conciencia las noticias del día en La Nueva España<sup>33</sup> y las comentaba largamente. Siempre se situaba en el lado izquierdo del mostrador y fumaba pausadamente combinando letras con humo. Después, con la información actualizada, iniciaba una conversación hasta que, indefectiblemente, se le hacía tarde y seguía su camino a casa situada unos metros más allá, muy cerca del parque de Zapardel.

Un buen día Pepe no apareció y al siguiente tampoco. Mi padre me explicó que estaba enfermo y que seguramente necesitaría una temporada para ponerse bien, pero, desgraciadamente, ese deseo no se vio cumplido. Su salud lejos de mejorar siguió empeorando y una tarde llegó la tremenda noticia: Pepe se había muerto. Fue algo inesperado y nos golpeó con intensidad, era difícil hacerse a la idea de que ya no iba a estar repasando las noticias del periódico con su mono de trabajo desabrochado y un cigarro entre unos dedos donde aún se podían apreciar restos de cola de carpintero solidificada.

Ese mismo día después de cerrar fuimos a dar el pésame a la familia. Pepe vivía en el último piso del edificio y su mujer, Pilar, nos abrió la puerta.

—¡Ay!, Luis del alma, ... el pobre Pepe, ¡quién lo iba a pensar!

Pasamos a la habitación donde se encontraba el cadáver, ya metido en uno de aquellos ataúdes oscuros y olorosos a barniz como los que había en la funeraria de Marcelino. Dos velones a los lados con la llama imitada por una bombilla alargada iluminaban su rostro, pálido, pero reconocible. Se respiraba serenidad. Mi miedo inicial —nunca había visto una persona muerta— se disipó rápidamente, la muerte no era tan terrible, o al menos no lo era en este caso. Luis se paró a los pies del féretro y no dijo nada. Con la vista baja yo diría que estaba musitando una oración y cuando levantó la vista y la fijó en su amigo muerto, la luz amarillenta y tenue se rompió en un rápido reflejo en su mejilla que dibujó el camino de una pequeña lágrima.

---

33 Periódico de ámbito regional

Muy pocas veces he visto llorar a mi padre, pero recuerdo nítidamente que lloró ante el cadáver de Pepe. Habían sido muchos años de compartir charlas y anocheceres comentando las noticias de La Nueva España mientras el pitillo se transformaba en humo que ascendía casi perpendicular hasta deshilacharse en volutas. Compartieron mostrador durante muchas horas desde distinto lado, pero hay fronteras que no separan, te sitúan, pero no te alejan.

A partir de entonces los finales de jornada ya no tuvieron el mismo encanto, se limitaban a una repetición del mismo rito: cerrar puertas y contraventanas de un local vacío, al que los clientes, dada la hora, simplemente habían dejado de llegar, ninguna conversación resonaba en el aire. El silencio era distinto, nada lo envolvía.

Alfredo era otro de esos carpinteros legendarios, especializado en hacer carros, pero esto sería solo una mala simplificación. Era capaz de construir cualquier cosa de madera o metal; de componer cualquier mecanismo y devolverle su funcionamiento interrumpido. Además, era un experto cerrajero, conocía al dedillo las tripas de las cerraduras, la forma en la que los engranajes ocultos funcionan y a qué responde cada clic. ¿Qué hacer si habías salido de casa sin las llaves? Todo el mundo lo sabía: llamar a Alfredo.

—¿Tienes las llaves puestas por dentro?

—Me parece que sí, respondías atemorizado. Teóricamente, pensabas, con el mecanismo de la cerradura bloqueado por la llave debía de ser más difícil la apertura.

—¿En el llavero... tienes una llave sola o varias?

—Sí, es un llavero con varias llaves.

—Bien, entonces es más sencillo.

No entendías muy bien aquellas preguntas y su relación con la posibilidad de abrir una puerta, pero confiabas en su experiencia.

Acuclillado enfrente de la cerradura y con un pequeño martillo daba golpecitos en el bombín y aguzaba el oído como los expertos ladrones de cajas fuertes que el cine nos mostraba.

—Ya está...

Sacaba entonces una especie de ganzúa y tanteaba girando ligeramente a izquierda y derecha y de repente, como por ensalmo, la puerta cedía y se abría obedientemente.

—¡Listo! ... si tienes las llaves puestas por dentro y tratas de abrir con la ganzúa, no puedes, explicaba. Pueden estar ligeramente giradas e impiden acceder al mecanismo; al dar los golpes, y ayudada por el peso del llavero, la llave, poco a poco, va volviendo a la posición original y entonces ya es posible trabajar con la ganzúa.

Alfredo compraba de todo, fundamentalmente tornillos de cabeza gota de sebo negros, con tuerca, que tenían una sección cuadrada bajo su cabeza que penetraba en la madera aseguraba el tornillo impidiendo que girara. Cuando se los mostrabas los cogía en sus manos e, instantáneamente, se volvían más pequeños en comparación con aquellos pulgares poderosos, ligeramente curvados. Los examinaba con detenimiento y rápidamente sancionaba:

—Valen, dame media docena, con tuerca.

Llegaba en una Lambretta de aquellas que tenían un parabrisas de plástico que a la altura de los ojos se partía para dejar una pequeña ranura de aire y, un poco más arriba, terminaba coronado por una visera de color verde para amortiguar la luz del sol.

Una vez parado el motor, con el pie, se desplegaba un soporte metálico y empujando la moto hacia atrás con fuerza, quedaba apoyada en la rueda posterior con la delantera levantada. Cuando se alcanzaba la posición correcta se oía un ruido característico, mezcla de rozamiento del pie metálico con el asfalto y de conformidad de la moto con su nueva posición.

Cuando se iniciaba la marcha había que recorrer el camino inverso, empujar la moto hacia adelante para que el pie cediera y se recogiera con un clic característico. El peso de la moto, ahora con sus dos ruedas sobre el asfalto, hacía chirriar los amortiguadores.

Era una época en la que los automóviles eran escasos, abundaban las motos, sobre todo las de cilindrada escasa y tubos de escape sonoros; también había bicicletas con portabultos en los que se podían llevar

paquetes amarrándolos con gomas elásticas que terminaban en ganchos metálicos y tractores de enormes ruedas, pintados de verde y con un disco que indicaba la máxima velocidad a la que podían circular, de los que el conductor se bajaba saltando desde una respetable altura.

De vez en cuando alguien venía a caballo y entonces yo aprovechaba para observar al animal más de cerca. Siempre tuve la ilusión de tener uno y a menudo dejaba pasar el tiempo imaginándome cómo lo llamaría o dónde estaría situada su cuadra para la cual ya había seleccionado la anilla en la que debería atarse el ronzal.

En una ocasión los de una casería cercana, el Calvario, me subieron a la grupa de su caballo y la impresión que conservo es de estar situado muy alto, una sensación que nunca me hubiera imaginado, pero mi única experiencia con los caballos era la de galopar por las praderas del Oeste americano en las pantallas del cine de arriba.

Uno de los indicativos de que el verano estaba en su punto álgido era la llegada, a mediados de julio, de los representantes de la comisión de las fiestas de Santana<sup>34</sup>. Siempre compraban, entre otras cosas, cal viva para encalar los muros de la capilla donde se celebraría la misa el día de Santiago y al día siguiente, la de Santa Ana.

La cal viva venía en unos sacos de plástico de veinte kilos, en forma de piedras de tamaño regular, blancas y esponjosas que casi podían deshacerse con la mano.

Aunque era innecesario, debido a la experiencia de los compradores, mi padre, al colocar los sacos sobre el mostrador, siempre repetía como un mantra:

—Recordad que para «matar» la cal no podéis usar recipientes de plástico, pues la reacción con el agua produce mucho calor y podríais tener un accidente. Utilizad un recipiente metálico<sup>35</sup> para no tener problemas.

---

34 Santana es un núcleo de población situado en una loma al norte de Luanco.

35 La cal en piedra, también llamada «cal viva», es óxido de calcio. Cuando entra en contacto con el agua reacciona produciéndose hidróxido de calcio o «cal apagada». La reacción es muy exotérmica —desprende mucha energía— por lo que el agua llega a hervir. Para pin-tar debe dejarse enfriar. La cal apagada, además de su hermoso color blanco, tiene propiedades desinfectantes debido a su pH básico.

Durante muchos años al frente de la comisión estuvo Benigno quien estaba considerado como el mayor experto en el arte de trabar serruchos.

—Trabar bien un serrucho no es fácil, decía. Hay que ir doblando alternativamente los dientes: uno a un lado, el otro, al contrario. Así la herramienta no se atasca porque el serrín producido puede salir sin dificultad. Hay que hacerlo con mucho cuidado para que no se rompan y el ángulo de traba ha de ser el correcto.

Benigno era un hombre extraordinariamente afable, de mediana estatura, delgado y ligeramente encorvado hacia delante. Llevaba siempre la cabeza cubierta con una boina negra y de una funda muy usada sacaba unas gafas de pasta que utilizaba solo cuando era necesario apreciar los detalles. Tenía una voz profunda y agradable, ligeramente ronca, y pertenecía a esa clase de personas que sobresalen por su habilidad y la seriedad con la que realizan cualquier tarea.

Una vez jubilado se sentaba desde muy temprano a la puerta de su casa de Santana, saludando a los paseantes madrugadores a la vez que recordaba otros tiempos en los que la capilla de Santana se encalaba en julio, unos días antes de Santiago.

En la ferretería también se vendían todo tipo de mangos para las distintas herramientas, además de varas que se utilizaban para varear los colchones de lana, cestos de carretero hechos con tiras de castaño trenzadas o rastrillos de madera<sup>36</sup> usados para recoger la hierba seca.

Por S. Miguel<sup>37</sup>, en Gijón, tenía lugar todos los años una feria en la que artesanos de la madera vendían todas estas cosas, por eso muchos comerciantes viajaba hasta allí para aprovisionarse. El domingo que se celebraba la feria de S. Miguel tocaba madrugar y coger primero el ALSA<sup>38</sup> hasta Gijón y después algún autobús que nos dejaba cerca del prado donde puestos de todo tipo se juntaban, algunos con su toldo y mostrador, pero la mayor parte con los artículos colocados directamente sobre el suelo formando un semicírculo en cuyo centro se colocaba el vendedor.

---

36 En Asturias se llaman «praderas»

37 La festividad de S. Miguel se celebra el 29 de septiembre

38 Empresa de autobuses

Muchos artesanos ya eran conocidos y la confianza entre las partes contribuía a cerrar el trato. Solo quedaba ultimar los detalles para que la mercancía fuera recogida por Ramón para llevarla a su destino pocos días después.

Una vez finalizadas las compras llegaba la hora de recorrer los puestos que ofrecían dulces artesanos o pequeños juguetes. En uno de ellos encontramos un aparato que me dejó asombrado: un caleidoscopio. Poco llamativo: un simple tubo de cartón por el cual se mira como si de un telescopio se tratase, pero, sorprendentemente, aparecen unas hermosísimas formas simétricas, de varios colores que, asombrosamente, varían al rotar el aparato.

Mi padre me explicó que dentro solo había trozos de plástico o cristal de distintos colores y tres espejos colocados formando un triángulo. Las sucesivas reflexiones en ellos generaban aquellas extraordinarias figuras. Para demostrar lo que me había contado durante los días siguientes fabricamos uno que funcionaba extraordinariamente. Además, con una caja de limas, estrecha y larga, me hizo un periscopio colocando dos espejos inclinados en los extremos. Otra aplicación de la reflexión, pura magia que permitía observar situado detrás de una pared.

En la tienda también entraba gente que venía a vender cosas, eran «los viajantes», o representantes de casas comerciales. Gente extrovertida y habladora, algunos en exceso, pero los que pertenecían a este grupo rápidamente comprendían que esa estrategia no era la indicada y renunciaban a sus intenciones iniciales de vender apoyándose en su labia. Otros menos agresivos, más calmados, pero serios y fiables, llegaron a ser proveedores habituales. Llegaban con periodicidad fija conduciendo renqueantes Seat seiscientos de color crema o 2 CV de color gris claro, con el nombre de la empresa pintado con letras negras colocadas artísticamente en forma de arco en las puertas delanteras.

Germán, siempre con la sonrisa en la boca y con pelo entrecano y abundante, era representante de Droguería La Cantábrica de Gijón, y era muy bien recibido porque casi siempre tenía algún regalo para nosotros. Los muestrarios con uñas esmaltadas de distintos colores eran especialmente bien recibidos, sobre todo por mi hermana. Una carta de colores de Titanlux fue un regalo muy especial. Los distintos tonos de colores venían ordenados en grupos de rectángulos con las esquinas

redondeadas y graduados de más claro a más oscuro, entre ellos el precioso azul luminoso, color que ya había decidido sería el de un bote de remos con el que soñaba.

Herminio representaba a García Fernández y Cía., era delgado y fumaba incesantemente. De carácter serio, incluso taciturno, pero extraordinariamente afable y cariñoso, tenía una manera de hablar, en un tono bajo y pausado, que te transmitía seguridad y confianza.

De los viajantes me gustaban, sobre todo, los blocs en los que anotaban los pedidos; tenían un papel de carbón incorporado con el que se generaba una copia del original y cuando terminaban el pedido rasgaban y entregaban la hoja para que sirviera como comprobante de lo vendido.

En cuanto Germán o Herminio se iban, el mostrador, perezosamente, recuperaba su carácter original y Luis volvía a ser el tendero.



## 5. Les Utes

Dicen que para educar a un niño hace falta toda una tribu. Yo tuve la mía, pero el círculo más íntimo, las personas más próximas y, en consecuencia, las que más pueden influirte, fueron mayoritariamente mujeres.

Mi segunda casa era la de mis tías maternas Otilia y Maruja.

Con pocos años me resultaba difícil pronunciar el nombre de Otilia, así que lo abrevié como Uta y, rápidamente, por extensión, economía y lógica infantil, ella, su hija Oti y su hermana Maruja pasaron a llamarse «les Utes»<sup>39</sup>.

Su casa estaba situada en el primer piso de lo que hoy es el número uno de la calle Gijón, que nace en el lado izquierdo de la calle Conde del Real Agrado, justo en el centro del pueblo; la calle Marcelino Rodríguez comienza en ese mismo punto, y en su lado derecho, formando una encrucijada en cuyas esquinas se situaban el bazar de Agustín Guache, la zapatería de Mayoya, el banco de Gijón y la farmacia Mori, el único de los cuatro establecimientos que aún existe. Las esquinas de las aceras lucían entonces unas defensas metálicas, pintadas de blanco, que servían de protección para los peatones y que se aprovechaban para señalar algunas direcciones importantes: Gijón, Avilés, Playa, Ayuntamiento...

A la casa se accedía por unas escaleras estrechas y con un pasamanos de obra rematado en la parte superior con una hermosa madera bien pulida, mil veces encerada.

---

<sup>39</sup> En Asturias los plurales terminados en «as» se transforman en «es». Por eso «las Utas» se convierten en «les Utes»

Como en la mayor parte de las casas de entonces en el portal, y debajo de las escaleras, había una carbonera que a mí me inspiraba por su oscuridad y reducidas dimensiones, un sentimiento de miedo y claustrofobia.

La puerta de acceso a la vivienda, de chapa de madera y endeble aspecto, pintada en el mismo verde que las estanterías de la ferretería, tenía en su centro una aldaba metálica con la que se llamaba golpeando sobre una pequeña placa colocada sobre la puerta. Sobre ella una chapa con el Corazón de Jesús: «Dios bendiga cada rincón de esta casa».

Al entrar te recibía un pasillo con baldosas en un tono rojizo con motivos simétricos en blanco. En el centro, colgado del techo, un farol de hierro forjado y pintado de negro iluminaba el acceso. A la derecha, y a la altura de los ojos, un altar con filigranas doradas y anclado en la pared, exhibía la imagen de una Virgen ricamente vestida —podría ser La Macarena— que permanecía perpetuamente iluminada gracias a dos farolillos rojos situados a los lados y en la parte baja.

—Nos la trajo Manolo<sup>40</sup> cuando estuvo haciendo la mili en Cádiz—, aclaraba Uta.

La cocina estaba situada a la derecha, justo detrás de la puerta de entrada. Tenía una única ventana situada sobre la cocina de carbón —lo que dificultaba su acceso —que daba luz suficiente a la pieza y desde ella se podía contemplar el patio interior de Casa el Aldeano, un bar de comidas situado cerca de la Ribera.

En la cocina de carbón, casi siempre encendida, era todo un espectáculo dejar caer gotas de agua que al entrar en contacto con el metal caliente empezaban una desenfadada y errática carrera, perdiendo volumen rápidamente, hasta que se desvanecían en una nube de vapor<sup>41</sup> dejando una pequeña mancha.

—¡No hagas eso que se agrieta la chapa!

---

40 Manolo era el hermano pequeño de la familia.

41 La gota de agua al entrar en contacto con una superficie muy caliente se evapora formando un colchón de vapor entre la chapa metálica y la gota líquida, lo cual le permite moverse sobre la superficie sin apenas rozamiento. El fenómeno recibe el nombre de «*efecto Leidenfrost*» en honor al físico alemán que lo estudió en 1756.

De vez en cuando la plancha superior se limpiaba y desengrasaba cuidadosamente y a continuación se recubría con Foxter, un pulimento para cocinas que contenía pasta de aluminio y ceras que proporcionaban un espectacular brillo metálico, capaz de competir con el dorado de los llamativos herrajes de latón de la puerta del horno.

La estancia, cubierta con azulejos blancos hasta los dos tercios de su altura, estaba presidida por una estampa del Cristo del Socorro, patrón de los marineros, cuyo marco, deteriorado por los años, había sido cubierto con la misma pintura de la puerta de entrada. El cuadro era pequeño, pero muy visible en la desnuda pared blanca.

En cuanto en invierno las ventanas temblaban sacudidas por el nordeste y las olas retumbaban golpeando el muro de la Ribera, los ojos se dirigían a aquella estampa sin colores y con poca definición, y con las palmas de las manos juntas a la altura del pecho empezaban las oraciones murmuradas para invocar la protección a marineros y pescadores. Era una costumbre atávica pues, aunque entonces nadie de la familia vivía ya de la mar, en un pasado no muy lejano la mayor parte de sus miembros tenían que soportar el mal tiempo y los temporales. Entonces las oraciones eran la única manera de auxiliarlos y tenerlos presentes.

La pieza principal de la casa era lo que llamábamos «el mirador» y era donde Otilia, Maruja y Oti trabajaban en sus bordados sentadas alrededor de una mesa camilla situada en el centro de la estancia, enfrente de la ventana principal.

Esa ventana daba justamente al punto de cruce de las calles y era un mirador excepcional, pues el continuo trasiego de gentes que iban o venían, entrando y saliendo constantemente de la farmacia Mori, proporcionaba un buen entretenimiento cada vez que se apartaba la vista de las telas bordadas para efectuar un descanso.

Debajo de las gruesas faldas de la mesa camilla se ocultaba un brasero, situado a los pies en el centro de la mesa, y mantenido en su sitio gracias a un tablero con un círculo cortado en el que encajaba. Se alimentaba con un carbón especial, finamente dividido —probablemente obtenido moliendo huesos de aceituna—. Para encenderlo se llenaba con el mismo carbón una lata metálica de tamaño mediano y se introducía entre las brasas de la cocina. Al cabo de un tiempo adquiriría un

color rojo cereza y el carbón incandescente se volcaba en la pequeña oquedad que se había hecho previamente en el que contenía el brasero. Era como crear un diminuto volcán con su magma destacando sobre el entorno negro que lo rodeaba. Una vez «prendido»<sup>42</sup> había que revolver periódicamente con la badila, una cuchara metálica plana y con el mango largo, con el fin de reactivar las brasas.

La combustión lenta del carbón calentaba las piernas introducidas bajo los faldones de la mesa ayudando a sobrellevar el frío en unas casas en las que la calefacción era aún desconocida.

Los braseros fueron una de las principales formas de calentar los hogares españoles al tiempo que reunían alrededor de la mesa camilla a familiares y amigos en atardeceres llenos de conversaciones, pero también tenían un lado oscuro que terminó con ellos.

El excesivo calor que las extremidades inferiores recibían podía causar problemas circulatorios; también eran frecuentes los pequeños incendios producidos por la combustión de los faldones de la mesa y, lo más peligroso, la acumulación de cenizas sobre las brasas —de ahí la necesidad de «revolver» frecuentemente— podía dificultar la llegada del oxígeno necesario para la combustión completa del carbón, produciéndose entonces el peligrosísimo monóxido de carbono<sup>43</sup>, gas prácticamente imposible de detectar al ser incoloro e inodoro, y que produce adormecimiento primero, desvanecimiento después y más tarde, al seguir inhalándolo, una muerte dulce e inadvertida.

Cuando fuimos conscientes de los peligros y el carbón utilizado empezó a ser difícil de conseguir, el viejo brasero fue reemplazado por uno eléctrico, pero la innovación tuvo poco éxito:

—No me gusta nada, el calor no es el mismo. ¡Hasta me produce malestar en las piernas!

El paso siguiente, de acuerdo con las tendencias de la época, fue la puesta en marcha de una estufa «catalítica» que solo necesitaba arrimar una cerilla encendida a un hueco situado en la parte baja para que em-

---

42 Encendido

43 Si hay oxígeno suficiente en la combustión se forma dióxido de carbono. Si hay déficit de oxígeno se forma monóxido de carbono.

pezara a vomitar el calor producido por la combustión del butano, gas que empezó a penetrar también en las cocinas arrinconando definitivamente al carbón.

Las carboneras, a partir de entonces, pasaron a convertirse en trasteros o en un simple hueco negro y olvidado debajo de las escaleras que ahora subía penosamente «el butanero» doblado bajo el peso de una bombona naranja.

El uso del gas butano para cocinar o caldear las habitaciones nos descubrió un aspecto oculto de nuestras casas, sus paredes «sudaban», esto es, se llenaban de pequeñas gotitas de agua que la imaginación popular rápidamente asoció al sudor humano. La explicación, menos poética, pero más real, también estaba en los libros de Química: el butano, como cualquier hidrocarburo, al quemarse, produce vapor de agua que cuando alcanza las paredes más frías se condensa transformándose en agua líquida.

No todo el mundo estaba contento con el cambio:

—A mí el butano me da dolor de cabeza.



Otiliav —izquierda— y Maruja bordando en el «mirador»

Yo no tenía esos problemas, no permanecía mucho tiempo en el mirador. Allí la falta de espacio no te dejaba otra opción que permanecer sentado y con la única posibilidad de contemplar como mis tías bordaban concentradas en el entrar y salir de la aguja en la tela. Una perspectiva

poco emocionante, así que, desafiando las temperaturas más bajas del resto de la casa, me gustaba explorar otras habitaciones o jugar en el pasillo hasta conocer de memoria los desconchones de las baldosas, los puntos donde el ajuste entre ellas no era perfecto, o los pequeños huecos que se formaban en el punto de encuentro entre el rodapié y el suelo.

Lo que llamábamos «el comedor» era la estancia más «lujosa» de la casa, el sitio donde en un aparador se guardaba la mejor vajilla y los vasos y copas más finos. Las paredes estaban llenas de cuadros con escenas familiares: ancestros el día de su boda; sobrinos vestidos de primera comunión y eternizados por Parsán, fotógrafo profesional de Gijón, que te fotografiaba el día de la primera comunión con la cabeza ladeada mirando al infinito y embutido en tu immaculado traje de marinero; una foto del día de Ramos estrenando pantalones cortos u otra de mis tíos uniformados como recuerdo de la mili<sup>44</sup>.

En una pequeña peana fijada a una columna, una figura de escayola del Corazón de Jesús con su mano derecha levantada y los dedos índice y medio formando una V con el pulgar, te miraba con ojos inquietantemente fijos.

El «alumbrar» con velas la imagen era un gesto repetido e imprescindible cuando había que enfrentar acontecimientos especiales, como algunos exámenes importantes. Conocida la fecha y hora exacta «se alumbraba» porque, al parecer, esto «iluminaba» al examinando, aunque la advertencia era clara:

—No vas a saber nada que no hayas estudiado, pero puede hacer que recuerdes cosas o que razones mejor.

Con todo, el comedor no era un buen sitio para jugar, demasiados objetos de cristal o porcelana, muebles brillantes a base de manos de cera superpuestas. Demasiadas posibilidades de romper o rayar algo valioso.

Pegada, y con la única separación de una gruesa cortina, estaba una habitación interior sin ventanas que ofrecía más posibilidades: oscuridad y espacios estrechos de imposible acceso para los adultos entre el armario y la pared. Había también una vieja cama con su colchón de lana, que no importaba mucho si se deshacía.

---

44 Servicio militar —entonces— obligatorio

En el cajón de la mesita de noche había un extraño tesoro, algunos viejos libros encuadernados en negro, uno de los cuales revelaba claramente su contenido en letras doradas: «Historia Sagrada».

Una de mis historias preferidas era la de Sansón. El coloso aparecía retratado en un detallado dibujo con las cuencas de los ojos vaciadas por sus enemigos y el gesto crispado, revelando el enorme esfuerzo que estaba realizando sobre dos gruesas columnas en las que apoyaba sus manos y que empezaban a ceder provocando que los primeros cascotes cayeran del techo sobre los filisteos quienes, en segundo plano, huían despavoridos intentando protegerse.

Sansón era el superhéroe de la Biblia, el Obélix israelita, cuya fuerza sobrehumana residía en las siete gudejas de su cabellera que nunca habían tenido tratos con las tijeras. Era capaz de pelear solo contra decenas de filisteos, partir un león en dos solo con sus manos o sacar las pesadas puertas de la ciudad de sus goznes, echárselas al hombro y subirlas hasta el monte más próximo.

Por el contrario, David era la imagen de la fragilidad en su enfrentamiento con Goliat, un gigante filisteo de casi tres metros que necesitaba a un soldado para cargar con su inmenso escudo. Indefenso, hermoso, inteligente y muy joven era muy fácil ponerse en su lugar.

Armado con cinco guijarros y una honda, una sangre fría admirable y una enorme puntería, le bastó un solo disparo para colocar una piedra mortal en el entrecejo de Goliat que, fulminado, cae de bruces levantando una gran nube de polvo. Leyendo el texto y poniéndote en el lugar de David casi podías sentir temblar el suelo por el formidable impacto del gigante y sentir en tu cara la llegada de la fina arena transportada por la brisa caliente. Realmente los filisteos no tuvieron suerte en su lucha contra los israelitas.

Como es lógico rápidamente me informé de qué era una honda y como se manejaba.

No podía ser más sencillo, un trozo de cuero y dos trozos de cuerda. El único inconveniente estaba al inicio, no era sencillo comenzar a voltear hasta adquirir la suficiente velocidad de rotación para que la fuerza centrífuga fijara la piedra sobre la badana. Superado esto lo más complicado estaba en dar a un hipotético blanco, saber cuándo había que soltar la

cuerda para lograr que la piedra siguiera la trayectoria correcta. No era nada fácil, por tanto la conclusión era que David debía haber sido un consumado experto con el arma o que la suerte tuvo un papel importante.

Además de la Historia Sagrada un segundo libro, con idéntica encuadernación, pero sin título alguno que revelara su contenido, contenía espeluznantes historias de perversos pecadores que habían ardidido en el infierno entre horribles tormentos, las heréticas aventuras del monje Pelagio<sup>45</sup> o el inquietante relato de una persona que se acercó a comulgar en pecado y cuando el sacerdote depositó la hostia en su boca la forma se convirtió en un círculo incandescente que le abrasó la lengua.

Para completar estas pavorosas visiones en la habitación contigua al mirador había un gran cuadro en la cabecera de la cama, enmarcado con una gran moldura oscura, que representaba a la virgen del Carmen con su característico escapulario flotando sobre un grupo de atormentados pecadores. Los desgraciados trataban de librarse de las llamas que los cercaban tendiendo sus manos en desesperado gesto hacia la Virgen.

—Están en el Purgatorio—me aclaraban—. ¡Fíjate cómo será el Infierno!

Cuando la contemplación del cuadro empezaba a mezclarse con las historias del monje Pelagio, con lenguas laceradas por horrendas quemaduras o con rojos demonios con tridentes afilados, era un alivio pasar al mirador, apoyarse en la mesa camilla, y comprobar a través de la ventana que de la farmacia Mori seguían saliendo y entrando personas conocidas; que el quiosco de Ramonina permanecía en su sitio ofreciendo La Nueva España y El Comercio; que a su lado el estanco de Generosa seguía tapizado con las últimas revistas impidiendo ver su interior y que en la tienda de electricidad Anjo y en la bodega del Monxo, un poco más allá, continuaban con su actividad comercial. El mundo volvía a ser un lugar reconocible y amigable y el purgatorio se alejaba con solo mirar a través de una ventana.

La cocina, junto con el mirador, o «cuarto de bordar», constituían la columna vertebral de la actividad cotidiana. Ambas estancias estaban situadas en los extremos de la casa y conectadas por un largo pasillo.

---

45 Pelagio fue un monje británico del s. V cuya negación del dogma del Pecado Original fue condenada por herética.



En la cocina se comía en una mesa de formica amarilla adosada a la pared distribuyendo el espacio equitativamente: dos personas en las cabeceras y otra —solía ser quien servía la comida— en el lateral más largo. Allí se comentaban las últimas noticias, se descansaba del trabajo absorbente de los bordados o se rezaba a la imagen del Cristo del Socorro para aplacar los mares y serenar los vientos.

Uta solía prepararme para merendar un tazón de «flanín»<sup>46</sup> El Niño. Romper la capa superior de nata amarilla, acceder al interior blando, suave y ligeramente dulce, y comerlo a cucharadas era un placer sin igual.

Yo prefería el Niño a su mortal competidor, el flan Chino Mandarín<sup>47</sup>, más caro y preferido en mi casa. No entendía muy bien lo que pintaba un chino relamiéndose ante la vista de un flan que se servía bañado en una especie de líquido oscuro con sabor a caramelo intensamente dulce. Además, el flan del chino, si lo empujabas, temblaba<sup>48</sup> como los flanes de verdad.

El Niño, sin embargo, se limitaba a ser sospechosamente amarillo, no excesivamente dulce, y no necesitaba recurrir a sutiles temblores ni a cautivadores brillos.

Uta se encargaba de cocinar, lo hacía siempre en la cocina de carbón donde los guisos y potajes, lentamente elaborados, sabían mucho mejor. Aún no se había extendido el uso de la olla exprés, aunque las cocinas de butano empezaban a ganar adeptos arrinconando, poco a poco, a las de carbón y sus múltiples inconvenientes.

Los platos eran sencillos y sabrosos y la variedad de pescados —fritos y casi siempre para cenar —era considerable, alcanzando su apogeo en la primavera y el verano cuando la xarda<sup>49</sup>, acompañada de patatas cocidas y ensalada de lechuga y tomate, competía abiertamente con el

---

46 El flan El Niño era un preparado en polvo, muy popular, usado para elaborar flanes y natillas añadiéndole leche y azúcar

47 El Chino Mandarín era un flan de huevo que, contradiciendo a la propaganda, no tenía huevo ya que había sido sustituido por el agar—agar, una gelatina que, curiosamente, se extraía de las algas que se recogían, entre otros sitios, en las playas de Luanco.

48 Decía Ramón Gómez de la Serna que el flan es un postre con temblores.

49 Caballa

bocarte o la sardina, que terminaban cediendo el protagonismo a su majestad el bonito, una vez entrado el verano.

Sin embargo, ni Oti ni Maruja eran capaces de cocinar casi nada medianamente elaborado. Sus territorios eran otros.

En una ocasión Otilia cayó enferma y Oti, con toda su buena voluntad y siguiendo las recomendaciones contenidas en el libro «El ajo el limón y la cebolla», preparó un extravagante batido de cebolla que Otilia, con buen sentido, se negó a tomar en un principio, pero que después de mucha insistencia por parte de Oti, y ante la exposición pormenorizada de los beneficios sin cuento de la cebolla, terminó bebiéndose.

Como redivivo bálsamo de Fierabrás<sup>50</sup> el preparado hizo poco tiempo después su vomitivo efecto, provocando la expulsión de jugos buenos y malos del interior del cuerpo. Demonios hubiera echado Otilia de haberlos tenido dentro.

Como purgante el preparado puede que no tuviera competidor, pero como comentó mi madre que acudió para auxiliar a la enferma:

—¡Pero bueno!, Oti, no la mataste porque Dios no quiso.

La vida de Otilia no había sido sencilla. Su marido, dirigente local de la UGT durante la guerra civil, tuvo que exiliarse a Francia dejando a su mujer y a su hija de corta edad esperando un posterior reencuentro que nunca llegó a producirse.

Con el tiempo las cartas fueron distanciándose hasta llegar al silencio total.

En 1962, una notificación del consulado francés comunicaba que Manuel Fernández había fallecido en el hospital de Purpan, en Toulouse, dejando:

Un reloj de pulsera.

La cantidad de cincuenta y un nuevos francos.

---

50 El bálsamo de Fierabrás aparece citado en el Quijote como un preparado capaz de curar cualquier dolencia y que a D. Quijote le produce un vómito intenso, sudor y un gran cansancio que lo sume en un profundo sueño del cual despierta completamente recuperado.

Después de eso los únicos recuerdos que del marido o padre permanecieron en la casa fueron una fotografía de boda y el reloj de pulsera que se guardaba celosamente en el cajón de la cómoda.

A pesar de que la vida no fue con ella demasiado amable, Uta representaba la bondad de espíritu, la alegría y, para mí, el refugio donde cualquier inseguridad desaparecía.

Aquellas tardes de domingo sentado en su regazo, inclinado sobre la mesa camilla y sintiendo su mano cálida y áspera rascar mi espalda a la espera de la hora en que mis padres salían del cine, es uno de los recuerdos más nítidos de mi niñez.

Maruja la hermana mayor, soltera, tenía un carácter firme capaz de mantener su criterio contra viento y marea.

Consideraba que por la calle no se debía de ir con la cabeza inclinada con gesto melancólico, pero tampoco con la barbilla demasiado levantada y con gesto altanero. La posición justa se adquiriría, según su criterio, «mirando al segundo piso». No se le puede negar al consejo precisión y pertinencia.

Devota del Corazón de Jesús recurría a la imagen situada en el comedor cada vez que las cosas se torcían. En alguna ocasión tuvo sus más y sus menos con la imagen por no haberle concedido lo implorado. Cuando esto sucedía su malhumor era palpable y Uta me advertía:

—¡Déjala!, está enfadada con el Corazón de Jesús.

Fue también una precursora de las huelgas de hambre como método de presión o protesta. Si se producía alguna discusión en casa y la conversación subía de tono, se encerraba en el cuarto interior —por lo que lo conocíamos como «el cuarto de Maruja»— y allí se pasaba un par de días sin comer, saliendo solo para ir al baño, donde probablemente obtuviera el agua necesaria para su supervivencia.

Tras el encierro salía bastante más relajada y dispuesta a un entendimiento, dejando patente que el ayuno templaba el ánimo y ablanda la voluntad.

Con el tiempo su oído fue perdiendo agudeza hasta dejar de percibir sonido alguno. La sordera que la acompañó durante varios años termi-

nó tristemente complementada con una ceguera que acabó sumiéndola en una total oscuridad. Aun así, Maruja siguió siendo una mujer indomable que estaba al día de lo esencial que sucedía en su entorno a base de gritarle lo básico al oído y de explorar el mundo con sus manos. Solamente una persona con un mundo interior extraordinariamente rico y con una presencia de ánimo excepcional podría soportar un mundo a oscuras y sin sonidos.

Oti vivió la postguerra con la mancha de ser la hija de un rojo y por eso fue educada en el «oír, ver y callar», sobre todo en lo último.

Mujer prudente y aficionada a la lectura, destacaba por su trato amable y educado, lo que la llevó a abandonar los bordados para trabajar como dependienta en una boutique de Avilés, donde sus conocimientos de las diversas telas, la confección de vestidos y el buen trato personal formaban una combinación perfecta.

Combinaba la bondad y la permanente sonrisa de Otilia, su madre, con la firmeza de carácter de Maruja, todo filtrado por el tamiz de los perdedores de la contienda civil, lo que le dio un barniz resistente frente a la adversidad, una gran confianza en sus propias fuerzas y una resistencia rayana en la temeridad, a pedir ayuda ante las dificultades.

Nunca se casó y mantuvo su carácter y entereza hasta el final. Fue una mujer valiente.

Cuando bastantes años después, desaparecidas las tres, se tuvo que desmontar la casa —vivían de alquiler, no eran las propietarias— me encontré en un armario varios juegos de cama primorosamente bordados y cedí a la tentación de pasar mis dedos por ellos. Los abultados bodoques se agrupaban aquí y desaparecían más allá formando dibujos que sugerían formas y, como un extraño braille, hicieron aflorar remotos recuerdos de agujas entrando y saliendo en sábanas blancas, cabezas reclinadas, ojos muy abiertos y gestos de concentración; mesas camillas y braseros encendidos, inviernos con gotas de lluvia recorriendo trayectorias impredecibles en los cristales; tazones de flan el Niño amarillos y apetitosos; páginas de la Historia Sagrada leídas en el cuarto de Maruja o historias del monje Pelagio consumido por la herejía que habría de llevarlo a arder eternamente.

Años más tarde aquella casa, cargada de recuerdos se quedó sola... no hubo más remedio que recoger todo y, haciendo de tripas corazón, meterlo en cajas y precintarlo con cinta de empaquetar.

Allí, bordados, quedaron recuerdos, sabores, olores, lecturas y sentimientos de una niñez feliz. Las sábanas de algodón con el embozo bordado ya no se usan, pero, curiosamente, siguen contando historias.

Hay pocas cosas tan tristes como dismantelar una casa que respira nostalgia. Entonces te das cuenta de lo vulnerables que somos. Desaparecemos y nuestras cosas quedan atrás, sin nosotros ya no significan lo mismo, ahora ya son solo cosas. De muchas de ellas, viejas, pasadas de moda, ajadas o sin uso, te desprendes, ya no sirven para nada; otras las almacenas, no las tiras, pero ya han dejado de existir, probablemente lo único que se consigue es retrasar su destino.

Cuando cierras esa puerta por última vez no puedes evitar un estremecimiento, una sensación de vacío. Has sepultado un tiempo irrecuperable.

## 6. El Corral

Desde la ferretería, y mirando en dirección este, el asfalto de la carretera dibuja una larga recta que parece terminar a la altura de las casas de la Barata y Maruja Candela, situadas una enfrente de la otra; en ese punto un cambio de rasante la hace desaparecer súbitamente señalando el límite difuso del territorio que podíamos usar; si había que ir más allá era necesario pedir permiso a nuestros padres.

Pasada la playa, al final de la carretera, y en su lado izquierdo, se alza el bloque de viviendas de la fábrica de conservas Pesquerías que estaba situada unos metros más allá, en el lado derecho y haciendo equilibrios sobre la mar. Enfrente del edificio principal de la conservera había entonces un solar al que se accedía a través de un portón metálico y que servía de almacén al aire libre de barriles, maderas y mil cosas más, destinadas a ser usadas en el proceso de elaboración de las conservas. De cuando en cuando entre la escasa hierba surgían montones de hierros oxidados e inservibles, que esperaban pacientemente su retirada después de haber gastado su vida en la fábrica.

Para nosotros era un lugar de juegos en el que incluso había un gran depósito de cemento convertido en un inexpugnable castillo que unos defendían y otros trataban de tomar ensayando estrategias de asedio y asalto.

El muro del patio orientado al este servía de barrera a la mar que lo golpeaba con fuerza en las pleamares, dejando en la bajamar una pequeña cala de piedras grisáceas y redondeadas, limitada a los lados por peñas oscuras y afiladas como cuchillos; situada a un nivel más bajo que la carretera se accedía a ella descendiendo por unas resbaladizas escaleras de piedra pegadas por su lado izquierdo al muro de Pesquerías y abiertas a la derecha a un peligroso vacío sin protección alguna.

En la parte alta, donde las escaleras empezaban, unos maderos cruzados formando dos gigantescas equis sostenían un grueso poste horizontal sobre el cual se apoyaban largas tablas que aún conservaban parte de la corteza del árbol al que habían pertenecido. Ahí esperaban su destino final: ser utilizadas para forrar las cuadernas desnudas de una embarcación que ya podía adivinarse en el interior de un edificio, situado apenas unos metros más allá, y en el que sobre la puerta de entrada podía leerse en grandes letras negras, «*As-tilleros Vega*».

En esa época aún sobrevivían varios carpinteros de ribera, dedicados a construir y reparar pequeñas embarcaciones.

A través de las cristaleras situadas en la fachada que daba a la carretera podías seguir día a día, semana tras semana, mes a mes, cómo una embarcación, surgiendo de la nada, iba tomando forma en el centro del astillero.

Al principio solo podía verse un esqueleto mínimo formado por la quilla y las curvas piezas de madera, llamadas roda y codaste, que dibujaban la proa y la popa; poco después se colocaba la cuaderna central —cuaderna maestra— y a continuación las llamadas «tercios de proa y popa». Sobre este escueto armazón se clavaban unos listones provisionales que permitían hacerse una idea clara de la forma definitiva de la embarcación. Con el paso de los días se iban añadiendo más cuadernas hasta completar el costillar básico sobre el que se fijaban tablas cuidadosamente dobladas a base de calentarlas y que debían juntarse milimétricamente, sin dejar apenas ranuras entre ellas para garantizar la estanqueidad de la embarcación.

Era emocionante y curioso observar cómo la estructura, apenas esbozada al principio, iba creciendo hasta el día en que se comenzaba a dar la mano de pintura final. Se elegían colores vivos y la parte del casco que permanecería sobre la superficie se separaba por una franja blanca de la obra viva, pintada con patente rojiza<sup>51</sup> y destinada a estar siempre sumergida.

---

51 La parte que permanecía sumergida se pintaba con una pintura que contenía cobre —llamada «patente»— para evitar que las algas se adhirieran al casco.

Una vez terminados todos los detalles solo quedaba la prueba definitiva, el bautismo de mar. La botadura se hacía en una rampa próxima, la Ramblona, ayudándose de cuerdas y troncos cilíndricos que actuaban como rodillos.

Poco a poco la lancha iba aproximándose al agua hasta que se dejaba libre, se deslizaba a velocidad creciente sobre los últimos troncos y entraba en la mar con violencia, hendiendo el agua con la proa y levantando olas de espuma blanca que flanqueaban los costados.

Después de unos bruscos balances iniciales, que amenazaban con tumbarla, el movimiento iba perdiendo amplitud hasta lograr el equilibrio, demostrando que los saberes ancestrales de los carpinteros de ribera, transmitidos de padres a hijos, seguían siendo fiables.

Frente a los astilleros, al otro lado de la carretera, se alzaba un extraño esqueleto de columnas y vigas horizontales de hormigón en las que se habían incrustado multitud de ganchos metálicos. Eran «los secaderos».

Cuando las redes y aparejos de pesca eran de cáñamo, antes de ser utilizados, se cocían con cortezas de árboles: pino, sauce, roble, humero —aliso—... con el fin de darles más resistencia y duración. El proceso se conocía con el nombre de «*encascado*» y como resultado adquirirían un tono rojizo característico<sup>52</sup> y una rigidez considerable. Una vez encascados se colgaban durante varios días para que se secaran antes de ser utilizados.

---

52 En todas estas cortezas pueden encontrarse taninos, sustancias usadas desde muy antiguo en el curtido de las pieles, a las que protegen frente a la putrefacción por el agua y el ataque por hongos y bacterias. Esa protección es la que se buscaba para el cáñamo. Expuestos al aire adquieren un color rojo oscuro.





*El Corral limitado a la derecha por el muell del Gayo en construcción (1916).*

*Fotografía: Alberto Muñiz.*

*Fuente: Manuel García Rodríguez (Capybuy)*

El Corral —que así se llamaba la pequeña cala situada al lado de los astilleros— era un lugar salvaje, poco considerado, y en el que incluso se vertían aguas procedentes de la fábrica. Sin embargo allí hervía la vida en las piedras llenas de llámparas<sup>53</sup>, mejillones o bígaros y también bajo la superficie, donde un sinfín de peces de vistosos colores mordisqueaban las diferentes especies de algas que colonizaban las peñas.

Cerrado de forma natural a su izquierda por un saliente de la costa, su lado derecho estaba protegido por la espalda del muelle del Gayo, formándose una pequeña bahía que justo en su centro y a pocos metros de la orilla mostraba la parte superior de una peña que nos servía de refugio, descanso o asidero, cuando provistos de gafas de buceo, tubo para respirar y aletas, nos dedicábamos a la exploración submarina. Era precisamente en esa peña central donde la densidad de peces, crustáceos y demás criaturas era mayor. Numerosas hendiduras y grietas les servían de refugio y el alimento no debía faltar a juzgar por la abundancia de algas de distintos colores que aga-

---

53 Lapas

rradas a la roca se movían, ondulantes, impulsadas por corrientes invisibles. Algún pulpo con su inquietante aspecto de ser extraterrestre iniciaba una rápida carrera hacia atrás hasta perderse rápidamente en la oscuridad de una profunda cueva cuando detectaba la presencia de humanos.

En la bajamar gran parte del paisaje submarino emergía, aunque la parte central se negaba a mostrarse, ocultando celosamente sus fondos. Entonces era muy frecuente ver a gente recorriendo la zona, saltando de peña en peña, manteniendo tras el salto un precario equilibrio y evitando las zonas en las que las algas hacían más deslizante el terreno. De vez en cuando se agachaban y rebuscaban en las grietas en busca de andaricas, moranatas, piañas o ñoclas<sup>54</sup>, sumergían el truel<sup>55</sup> en los pozos que retenían el agua de mar o usaban un cuchillo para despegar de la piedra las lámparas y bígamos que iban recogiendo en una cesta de mimbre. Pequeños cangrejos no comestibles: costaraños y patexos, abandonaban precipitadamente su baño de sol, marcha atrás y mostrando amenazadores sus pinzas delanteras, en cuanto invadías las rocas que los cobijaban.

«Ir al pedreo»<sup>56</sup> era una actividad muy común que permitía hacerse con pequeñas cantidades de marisco que después se compartía con familiares o amigos.

Aquel domingo soleado, de primavera, íbamos a ir al Corral de pesca. Equipado con una pequeña cesta en bandolera, gorra para el sol y mi caña de bambú, convenientemente aparejada con sedal, boya, plomo y anzuelo, me entretenía en el solar que había al lado de casa simulando los movimientos que debería de hacer para pescar dentro de poco tiempo. Esperaba a mi padre al cual retenía algún asunto de última hora.

Para entretener la espera practicaba una y otra vez: caña hacia atrás, un tirón rápido hacia adelante... el plomo silbaba sobre mi cabeza arrastrando el anzuelo para caer unos metros más allá... Nuevo lanzamiento. Con cada intento ganaba en precisión y alcance, pero, inesperadamente, algo sucedió.

---

54 Nombres locales de diferentes crustáceos.

55 Arte de pesca que consiste en un aro circular de alambre al que se ata una red y se dota de un mango largo. Se usa para pescar quisquilla o pequeños peces en los pozos poco profundos.

56 Se conoce con el nombre de «pedreo» la zona rocosa que queda al descubierto en la bajamar.

Tras efectuar el gesto de lanzar, el sedal se tensó inesperadamente y sentí un dolor punzante en la parte inferior de mi nalga derecha. ¿Qué había pasado? Todo era muy extraño. Desconcertado, tardé unos segundos en darme cuenta de lo que había sucedido: el anzuelo, tras el lanzamiento, se me había clavado en la piel. El pescador, al parecer, había sido pescado.

La única solución era volver a casa a pedir auxilio, humillado por las circunstancias y avergonzado por lo sucedido.

—¿Qué te has clavado el anzuelo en el culo? —preguntó mi padre asombrado.

—Sí, estaba jugando, y al lanzar se me clavó.

—A ver.

El pantalón corto que llevaba permitió una inspección rápida de los daños.

—Pues sí. No está muy clavado, apenas en la piel, pero la forma de arpón de la punta no permite sacarlo. Con un pequeño corte se resolvería todo.

Aquello se ponía feo, sonaba a ir al médico. Y, por tanto, con toda seguridad, decir adiós a la mañana de pesca.

Mi madre y mi hermana llegaron alarmadas. Mi padre les hizo una rápida descripción de los hechos y de las posibles soluciones.

—¡Ay, pobre!, pues habrá que llevarlo al médico o al practicante. ¡Fíjate si se le infecta! —. Comentó mi madre.

—Es que no es casi nada. Con un corte sin importancia se solucionaría—, sentenció Luis.

Cogiendo a mi madre del brazo la apartó unos metros y empezó a hablarle calmadamente. A ella la propuesta no le debió de gustar mucho, agitaba las manos y movía la cabeza de lado a lado, negando, pero poco a poco las palabras de su marido la iban calmando y convenciendo. Las manos dejaron de agitarse y la cabeza ya no negaba.

—Yo no quiero verlo—, y cogiendo a mi hermana se dirigió apresuradamente en dirección a la puerta que comunicaba el comercio con la vivienda, cerrándola tras ellas.

—Bueno, Luisín, vamos a intentar algo. ¿Te duele mucho? —Mi padre me miraba fijamente intentando averiguar mi estado de ánimo.

—Casi nada. ¿Hay que ir al médico?

—Creo que no, ya veremos...

Con una pequeña navaja cortó el sedal que aún me mantenía ligado a la caña y empezó los preparativos: cuchilla de afeitar nueva, mechero, algodones y alcohol. Primero pasó varias veces la cuchilla por la llama del mechero y después la frotó a conciencia con el algodón empapado en alcohol.

—Así nos aseguramos de que está bien desinfectada.

Me subió al mostrador y me acostó con la espalda hacia arriba, con la vista buscaba algo en los alrededores. Cerca vio un volumen del catecismo de segundo grado que en su portada mostraba a Jesús en la barca dirigiéndose a una multitud en las orillas del lago Tiberiades. Lo cogió y me miró confiadamente.

—No tengas miedo. Si te duele, muerde esto.

Y me ofreció el lomo del catecismo. Yo comprendí lo que pretendía, lo había visto en las películas del oeste. Se hacía cuando había que sacar una bala. Los vaqueros bebían un largo trago de whisky y les daban algo para morder. Se supone que ambas cosas ayudaban a soportar el dolor de la intervención, realizada con un cuchillo de monte previamente pasado por las llamas.

La idea me pareció fantástica, mordí con fuerza el catecismo y me abandoné, confiado, al cirujano. ¡Ojalá el whisky no fuera imprescindible!

Apenas sentí el corte y unos segundos después la ligera presión de un dedo sobre un algodón humedecido en alcohol. Con gesto de satisfacción mi padre me mostró el anzuelo del que había sido, ¡por fin!, liberado.

Toda la familia celebró el feliz final del incidente, sobre todo mi madre a la que debió de hacersele eterna la rapidísima operación.

El corte dejó muy pronto de sangrar tapado por una simple tiritita.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Luis.

—¿No vamos a ir a pescar? Yo estoy bien.

—Habrá que reparar el aparejo. Te has quedado sin anzuelo, pero eso tiene fácil solución, tenemos repuesto.

Pocas cosas había como ir a pescar al Corral en la mañana de un domingo de primavera, así que nos recompusimos, nos echamos las cañas al hombro y nos dirigimos a buen paso buscando la mar que se intuía más allá de la casa de Maruja Candela. La herida me resquemaba ligeramente.

A partir de entonces pensé que lo de sacar una bala con un puñal desinfectado en el fuego no debería de doler tanto, además yo lo había hecho sin whisky. Me sentía como un tipo duro capaz de soportar una cruenta operación mordiendo un palo y, después, convivir con una terrible herida sin inmutarse.

Además, a la vuelta, seguro que habría ensaladilla rusa para comer.

A mediados de septiembre, cuando el verano terminaba, era cuando el Corral adquiría un total protagonismo. Entonces la mar dejaba de presentar el aspecto azul y apacible que había mostrado durante los meses anteriores para empezar a tomar un amenazante tono gris, acompañado de persistentes episodios de mar de fondo<sup>57</sup> y un fuerte oleaje que al romper en la orilla iba depositando cantidades considerables de algas.

El Corral cambiaba de aspecto. Comenzaba «el arribazón».

En pocos días, empujadas por la mar, montones de algas de un color pardo—rojizo<sup>58</sup> se depositaban en la orilla llegando a formar un auténtico muro vegetal que iba aumentando en altura con el aporte de cada nueva ola. Aquel aparente desecho que la mar vomitaba sin cesar tenía un valor considerable para la industria química, de ahí que su recogida y venta era una importante actividad económica.

---

57 Caracterizada por fuertes corrientes que remueven la arena del fondo enturbando el agua. Se considera presagio de mal tiempo.

58 Algas del género *Gelidium* de las cuales se extrae el agar—agar, sustancia ampliamente usada como agente gelificante en alimentación o como medio de cultivo en la industria biotecnológica. En Luanco se conocen como «ocle».

Comenzaba la temporada del «ocle».

La pequeña y pedregosa playa, cubierta ahora con un generoso manto de algas brillantes, se llenaba de decenas de personas que recogían lo que la mar había depositado, hundiéndose hasta la pantorrilla en la capa oscura y blanda. Gente de todas las edades bajaban y subían las peligrosas escaleras cargadas con cestos de mimbre sobre sus hombros, llenos de ocle húmedo que empapaba su espalda de agua salada.

Sin necesidad de que nadie interviniera, espontáneamente, se guardaba un turno riguroso con el fin de no cruzarse en las escaleras, estrechas, resbaladizas y sin barandilla.

Una vez sacado del Corral el ocle se depositaba en montones a un lado de la carretera y rápidamente se «escogía», separando los tipos de algas sin valor y dejando solo las relucientes matas oscuras que se sacudían repetidamente con el propósito de liberarlas de la arena que podían haber acumulado en su reposo sobre la playa.



*Arribazón en el Corral (1972).  
Imagen: Juan Galé. Cedida por Igancio Pando .*

Más tarde el ritual continuaba: se transportaban al lugar de secado donde a diario se extendían para que les diera el sol, vigilando que no las cogiera el agua de lluvia que las decoloraba volviéndolas inservibles. Cada cierto tiempo se volteaban para que se secaran uniformemente y con las manos se repasaban nuevamente en busca de restos que se pudieran haber escapado en el proceso de selección inicial.

Al final del día se recogían o amontonaban para evitar la humedad de la noche y... vuelta a empezar al día siguiente.

Como secadero se utilizaba cualquier superficie libre, incluyendo las propias calles del pueblo o las aceras, en las que se dejaba un estrecho sendero para poder circular. En septiembre, Luanco, era un verdadero tapiz de ocle oloroso a mar.

Una vez secas, las algas se volvían más oscuras, casi negras, y sus fibras vegetales, ya sin agua, se tornaban ligeras, rígidas y quebradizas.

Concluido el secado solo restaba introducirlas en sacos y tomar el camino del almacén de Valiente para vender el cargamento.

Para muchas familias los arribazones de ocle significaban un trabajo extra, realmente duro, en el que se involucraban todos los miembros de la familia. Su venta constituía una importante ayuda para apuntalar la economía familiar.

Para los más jóvenes era un juego más. Solíamos coger unos pocos quilos que tratábamos con mimo vigilándolos por turnos hasta el día de la venta.

El almacén de Valiente estaba situado en la propia carretera del Gayo, pero en sentido opuesto al de la playa.

Desde la tienda había que descender una suave cuesta hasta el Parque y después remontar un tramo considerablemente empinado y largo empujando la carretilla cargada con los sacos. Al final, en un tramo llano, se encontraba el taller mecánico de Luis de la Peña identificable por algunos coches viejos y asmáticos varados fuera y, un poco más allá, el almacén de ocle, fácilmente reconocible porque durante esos días hervía de gente y actividad.

Cuando llegabas con tu cargamento de ocle seco te tocaba esperar turno para acceder al interior de una nave sin pintar, destartalada y con gigantescas pilas de ocle que llegaban hasta el techo.

Valiente te recibía e inspeccionaba la calidad del material y comprobaba que el grado de secado fuera el correcto, lo pesaba en una báscula deslizado las pesas con maestría hasta conseguir el equilibrio y, al final, descontaba el peso estimado del saco.

—Veinte kilos, menos uno del saco, diecinueve... a dos pesetas: treinta y ocho pesetas. Venís a cobrar el martes de la semana que viene.

Para terminar, rellenaba una hoja del talonario que llevaba siempre consigo en la que se hacían constar los kilos vendidos y el precio acordado, era «el vale» que había que presentar el día de cobro.

—Descargad los sacos en esa pila —nos decía, apuntando con su índice al montón que estaba a su derecha.

—¡Siguiente!

Bueno, se había trabajado... y al final ¡treinta y ocho pesetas!, lo que significaba diecinueve pesetas para mí y otro tanto para mi hermana. ¡No estaba mal! Ahora se abría un periodo en el que había que pensar en qué se podía gastar todo aquel dinero, antes de que tus padres te convencieran de que lo mejor era meterlo en la hucha y aumentar tus ahorros. La mayor parte de las veces una parte importante de las ganancias, si no la totalidad, terminaba desapareciendo por aquella misteriosa hendidura que tenía en su lomo aquel cerdito de barro. Como respuesta aquel desagradecido te devolvía un lacónico ¡cloc!, ¡cloc! que confirmaba que las monedas habían llegado a su destino y que solo podrían ser recuperadas cuando llegara el importantísimo, pero lejano momento, en el que la hucha se rompiera.

A la salida, Manolito, sentado con su mujer a la puerta de su casa, situada entre el garaje de Luis y el almacén de Valiente, saludaba y se interesaba por la venta:

—¿Qué tal, Luisín, hubo buena venta?

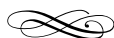
—Cerca de veinte quilos, no está mal, casi cuarenta pesetas.



Manolito tenía una chalana<sup>59</sup> pintada a franjas rojas y blancas con la que se dedicaba a la pesca y también a «arrancar» ocle. Para ello usaba unos rastrillos metálicos con el mango muy largo<sup>60</sup> con los que peinaba las peñas arrancando las matas que iba acumulando en la embarcación. Tras el extenuante trabajo y con la chalana llena hasta los topes, descargaba el ocle en la Ramblona y por el verano, tras dejar lo arrancado en tierra, nos dejaba saltar abordo a mi hermana y a mí. Con un remo cada uno y casi en zigzag por nuestra impericia, llevábamos la embarcación hasta el punto de amarre. Manolito, con paciencia infinita, trataba de corregir la errática trayectoria dando órdenes desde el banco situado a popa:

—Boga, Luisín,

—Cía<sup>61</sup>, Teresina.



Al cabo de los años y después de muchos arribazones, una apacible mañana de primavera aparecieron ruidosas máquinas con el tubo de escape en posición vertical que derribaron las escaleras de acceso al Corral, lo que quedaba del edificio de Astilleros Vega y la ruina en la que el tiempo había convertido el secadero de redes. Construyeron accesos donde no había y aplanaron las zonas más irregulares. Cubrieron primero la pequeña playa y siguieron con las peñas más bajas mientras los costaraños y pequeños crustáceos huían despavoridos en busca de alguna grieta. Los sarrianos<sup>62</sup> trataban de ocultarse entre las matas de algas oscuras que se movían a impulsos de las corrientes. Su hábitat era más profundo, menos accesible, pero el hormigón que se extendía implacable donde antes solo había mar, empezaba a endurecerse después de unas horas, asfixiando cualquier rastro de vida animal o vegetal.

Algo extraño estaba sucediendo, la salida a mar abierto, hacia el este, estaba siendo cerrada por inmensos bloques de cemento que pronto empezaron a dibujar un espigón situado a unos metros del antiguo

---

59 Pequeña embarcación a remos y de fondo plano

60 Se llamaban «garabatos»

61 Ciar es remar hacia atrás, lo contrario de bogar.

62 Pequeños peces de roca de vivos colores (*Symphodus melops*)

muelle del Gayo y que, como un hermano mayor, parecía abrazarlo protegiéndolo de la mar del nordeste.

Meses después, del Corral no quedaba casi nada. La mayor parte de la ensenada había sido rellenada y asfaltada convirtiéndola en un amplio aparcamiento. El nuevo muelle construido cobija ahora flamantes embarcaciones de casco sintético con altos mástiles de aluminio contra los cuales chocan en cada balance los accesorios metálicos, inoxidable, que cuelgan de cabos hechos con materiales plásticos, inalterables a la humedad. Los cascos de madera han desaparecido, también su colorida variedad de verdes, azules, amarillos y rojos: todos son blancos. Tampoco necesitan patente.

Los carpinteros de ribera han desaparecido.

Luanco ya no huele a ocle en septiembre.

## 7. Circos y comedias

**E**ra una magnífica mañana del mes de junio, las clases ya se habían acabado y el verano estaba a punto de empezar. Lo malo era que el baño estaba, técnicamente, prohibido:

—Hasta S. Juan no se puede bañar uno. Aún no está bendita la mar. ¿Quieres bañarte con la mar sin bendecir? Era la respuesta que recibías ante la insistente solicitud de permiso.

Ante este razonamiento poco se podía hacer, solo armarse de paciencia y esperar a que llegara el 24 de junio —festividad de S. Juan— para que el cura párroco, hisopo en mano y a imitación del Bautista, bendijera las aguas abriendo la temporada de baños.

A media mañana de aquel día soleado, luminoso y agradablemente templado, una música y el eco de palabras amplificadas por un altavoz empezaron a percibirse cada vez más cercanas.

—Por primera vez en España... ¡El Gran Circo Internacional! ¡El espectáculo de las multitudes!

—¡El más fastuoso y grandioso espectáculo! ¡Circo y fieras! ¡Elefantes africanos!

—¡Fichelo, el príncipe de los magos! ¡Los grandes payasos Pepy y Popy!

—Y procedente de los Estados Unidos... ¡la gran trapecista Miss Mery! ¡La mejor trapecista del mundo!

Lentamente, superando la cuesta que asciende desde el parque de Zapardel, se hizo visible un llamativo turismo con altavoces abocina-

dos, sujetos al techo, de los que salía una música incesante salpicada con eslóganes de propaganda.

Tras el turismo un elefante vigilado de cerca por varias personas con varas similares a bicheros transportaba a horcajadas sobre su cuello a una gentil señorita que sonreía constantemente exhibiendo una hermosa dentadura; al mismo tiempo balanceaba los brazos por encima de su cabeza para llamar la atención de los espectadores.

El animal caminaba moviendo pesadamente sus enormes patas y bamboleando ligeramente su trompa. Avanzaba lentamente, ajeno a la música y sordo a los aplausos de los viandantes. Parecía fijar su mirada triste y acuosa en un punto indeterminado de la carretera, situado unos metros delante suyo. Su gran preocupación parecía reducirse a cómo dar el paso siguiente. Por un instante la música dejó de interesarme y pasó a un segundo plano hasta confundirse con el silencio. Solamente era capaz de percibir la inmensa tristeza del elefante, forzado a pasear por un pueblo desconocido, llevando sobre sus hombros a una joven sonriente con un traje morado y repleto de lentejuelas que reflejaban el sol de un día de junio.

Detrás, payasos, malabaristas y varias personas con trajes llamativos y estrafalarios manoteaban al aire, abrían mucho la boca emitiendo artificiales gritos de sorpresa o admiración y hacían aspavientos dirigiéndose al público congregado en las aceras invitándolo a participar en la algarabía y a compartir un mundo de brillos, colores y alegría, previo paso por taquilla. Nadie parecía darse cuenta de una mirada melancólica perdida entre los colores y el ruido.

El circo había llegado y a pesar de que el agua aún no estaba bendita, todo olía ya distinto. El verano estaba a punto de descender la sutil cortina de una estación en la cual la vida promete ser más cálida y las emociones más nítidas. Los veranos siempre traen una brisa de esperanza y felicidad a nuestras vidas.

El elefante, ajeno a todo, seguía arrastrando su eterna tristeza; otro verano más en otro pueblo distinto, pero igual a otros, rumiando su infinita nostalgia de libertad en medio de risas y gritos.

La llegada y montaje de un circo en el prado situado enfrente del Parque era algo extraordinario para todo el mundo, pero especialmente

para los más pequeños que nos congregábamos desde primeras horas de la mañana para contemplar el colorido conjunto de camiones, remolques y vehículos de todo tipo que transportaban a piezas, de un lugar a otro, aquel mundo itinerante, misterioso y extraordinario.

Una vez llegada la columna de vehículos, en un campo hasta entonces vacío, prácticamente de la nada, comenzaba a surgir una frágil construcción que se iniciaba clavando y asegurando un grueso poste gracias al cual se iba izando, lentamente, la lona que haría de tejado.

Con cada metro de ascenso se iba perfilando una zona circular que se aislaría del exterior mediante otro círculo de lonas que pendían verticalmente. Después, en el interior, crecían ordenadamente gradas de madera destinadas a alojar al público. Montadas sobre unos esqueletos metálicos y situadas en semicírculo, delimitaban la pista central donde tendrían lugar las atracciones. El montaje era un caos de decenas de personas trabajando incesantemente, de materiales acarreados y de órdenes dadas en voz alta; de tornillos que roscaban en sus tuercas uniendo sólidamente las tablas a las estructuras metálicas; de mazos que golpeaban para lograr el ajuste perfecto.

Era admirable observar como aquel aparente batiburrillo de lonas, gradas, postes, cuerdas y cortinajes, amontonados sin orden aparente, iban ensamblándose en una obra perfectamente diseñada y mil veces desmontada y reconstruida. En poco tiempo la carpa alojaría todo lo necesario para sumergirse en el mundo de magia y asombro que el espectáculo prometía.

Tras poco más de veinticuatro horas de intenso trabajo, el techo cónico con franjas blancas y rojas se extendía tenso por la fuerza ejercida por decenas de vientos de cuerda amarrados firmemente a barras de hierro clavadas en tierra.

A un lado, construida a base de camiones y remolques, había surgido una pequeña ciudad habitada por las gentes más diversas. Una simple mirada permitía distinguir las zonas más humildes, seguramente destinadas a los obreros ocupados en el montaje y desmontaje de la estructura, de otras dotadas con remolques más confortables, orientados al sol y con una porción de terreno delimitada a su alrededor, donde vivían los propietarios o los artistas mejor pagados.

Tras la carpa y en un recinto vallado, se alineaban remolques enrejados que servían para alojar y exhibir a las fieras: tigres tumbados perezosamente sobre la paja que recubría el suelo mirando a lo lejos con una expresión en los ojos que recordaba a la del elefante que encabezaba la comitiva de propaganda; los leones macho, inmensos y con su espectacular cabellera, recorrían su prisión describiendo círculos sin fin, malhumorados y resignados ante la expectación que despertaban cuando circulaban ante las rejas más próximas al público.

Los más ruidosos eran media docena de chimpancés que se movían constantemente de un lado a otro y que en ocasiones se agarraban a las rejas y encaraban a los espectadores chillando entre los barrotes, reclamándoles, tal vez, la felicidad arrebatada.

Los elefantes tenían su propio cercado. Firmemente atados con cadenas a gruesas barras metálicas clavadas profundamente en el suelo, cogían compulsivamente haces de paja rodeándolos con su trompa para llevárselos a la boca. Indiferentes a la expectación de decenas de niños y mayores, que se apoyaban sobre las precarias vallas, deglutían la comida y absorbían con su trompa el agua recogida en grandes cubos provocando la sorpresa y la admiración del respetable.

El zoo era un lugar triste, de animales prisioneros y de monos protestones que los humanos visitábamos con sorpresa y curiosidad. Probablemente no nos damos cuenta de que al mirar desde el interior de las jaulas los que aparecíamos detrás de los barrotes éramos nosotros, con lo que lo de estar presos puede ser cuestión de punto de vista. Es lo que tiene poner rejas, el mundo se divide instantáneamente entre los que están delante y detrás de ellas, pero muchas veces es difícil distinguir quien es verdaderamente libre. Las rejas siempre hacen prisioneros.

Al otro día, a media mañana, entró en la ferretería un hombre de mediana estatura y tez morena. Su aspecto sudoroso y descuidado indicaba que estaba ocupado en algún trabajo manual pesado que había interrumpido hacía poco tiempo.

Cuando le llegó su turno, se presentó. Pertenecía al circo e iba buscando unas escuadras que necesitaba para fijar las tablas de las gradas y concluir el montaje de la carpa. El hombre casi no podía articular media docena de palabras seguidas, un hipo persistente entrecortaba su con-

versación continuamente. Comentó que estaba bastante preocupado, llevaba casi veinticuatro horas hipando de continuo y de seguir así no iba a poder realizar su trabajo en los próximos días. Era el presentador, la persona que introducía a los artistas a la pista y animaba al público desde el interior de un círculo de luz que lo seguía allá donde iba.

—Pues... vamos a probar un remedio que me enseñaron en un barco en el que navegué hace años. El primer oficial tuvo ese mismo problema y el capitán se lo curó fácilmente—, comentó mi padre.

—Baje los brazos y péguelos a los costados... ¡Eso es! —... y puesto en frente suyo ejecutaba físicamente lo que transmitía de palabra.

El presentador empezó a imitarlo inmediatamente. Nada tenía que perder y estaba a muy poco de la extenuación física y del derrumbe moral. Su pecho y abdomen seguían contrayéndose violentamente de forma involuntaria. El hipo seguía invencible.

—Ahora, mientras sube lentamente los brazos, hasta dejarlos en cruz, inspire aire por la nariz hasta llenar los pulmones completamente.

—Aguante un par de segundos... Baje los brazos muy lentamente al tiempo que expulsa el aire por la boca... ¡Más lento!, ¡todo lo lento que pueda!

El hipo seguía, tenaz, entrecortando el ejercicio y martirizando al cómico.

—¡Otra vez! ¡Arriba!... ¡Abajo!... ¡Lento!... Expulse el aire muy lento.

—¡Una vez más!

Después de algunas repeticiones las contracciones empezaron a ser más débiles y cada vez más espaciadas, en la mirada del cómico se percibía un destello de asombrada esperanza.

—Dos veces más, por si acaso.

Cuando los brazos llegaron a los costados en la última repetición el hipo había desaparecido y una gran sonrisa apareció en los labios de Ricardo —así se llamaba el hombre— al tiempo que se deshacía en alabanzas hacia el método y en agradecimientos hacia aquel ferretero que había restaurado la quietud a su diafragma.

—No sé cómo voy a pagarle esto.

Poco después abandonó la tienda con media docena de escuadras, envueltas cuidadosamente, con el ánimo recobrado y sin la agobiante presencia de un hipo que lo había torturado durante casi un día.

Por fin había llegado el día, viernes por la tarde. La sesión empezaba a las ocho y la prudencia aconsejaba presentarse una media hora antes, pues se preveía un auténtico llenazo. El circo no era un espectáculo frecuente y gozaba de gran aceptación en una época en la que la televisión estaba en pañales.

La entrada a la carpa, adornada con un baldaquino, era toda una promesa de intriga y espectáculo custodiada por un portero con una librea amarilla ribeteada en negro.

Pocos minutos después estábamos sentados en las gradas tratando de defendernos del calor que el interior de aquel recinto, construido a base de lonas, había acumulado, mientras esperábamos con ansiedad a que Ricardo Orellana presentador del espectáculo, hiciera su aparición, libre de un hipo que le había dejado doloridas las costillas.

Cuando las luces se apagaron un círculo de luz iluminó las cortinas rojas situadas al fondo del albero circular que dibujaba la pista; se hizo lentamente el silencio y, de repente, un desconocido Ricardo Orellana, limpio, afeitado y con el pelo brillante de fijador, apareció exultante ataviado con un magnífico frac negro y una impoluta camisa blanca:

—¡Estimado público! El gran Circo Internacional tiene el placer de ofrecerles el mayor espectáculo del mundo: fieras, trapecistas, contortionistas, equilibristas, magos, payasos y funambulistas de primer nivel reunidos por primera vez en la pista...

—Esperamos que disfruten de un espectáculo único.

—Gracias por su presencia y por la excelente acogida dada a nuestro espectáculo. Muchos de nosotros conservaremos siempre un excelente recuerdo de este bonito pueblo.



E inclinándose levemente, realizó una pequeña reverencia mirando hacia donde nosotros estábamos mientras esbozaba una sonrisa cómplice.

—Y ahora con todos ustedes, la familia Durand y sus inteligentes caballos. ¡Recibámosles con un fuerte aplauso!

La pista se llenó de caballos que trotaban en formaciones perfectas, mientras los miembros de la familia Durand galopaban de pie sobre sus ancas, se apeaban y volvían a montar con facilidad pasmosa o lograban que a un gesto suyo los caballos caracolearan, saludaran al público o descubrieran, golpeando con sus patas, en qué recipiente estaban ocultos los terrones de azúcar que un voluntario del público había escondido.

A mitad de la sesión, cuando pensábamos que ya nada podría asombrarnos, empezaron su actuación Las Águilas Voladoras, un grupo de trapeceistas capaces de arrancar gritos de admiración y de inquietud con sus arriesgadísimos vuelos desde los frágiles trapecios colgados en lo más alto. Era sobrecogedor verlos cruzarse en el aire para intercambiarse el trapecio o balancearse en posición invertida realizando acrobacias que te cortaban el resuello como si el aire se hubiera esfumado repentinamente.

En un momento dado el foco se dirigió a las cortinas de entrada a la pista y allí apareció, deslumbrante, Miss Mery. D. Ricardo la presentó como la sucesora de la mítica Pinito del Oro, mientras Miss Mery avanzaba con paso seguro hacia el centro de la pista. Allí, antes de sentarse en el trapecio que se había descolgado desde lo alto, saludó cortésmente al público, se liberó de la vistosa capa roja que portaba y sentada en el trapecio fue ascendiendo lentamente hacia lo más alto de la carpa, se puso de pie sobre la barra y empezó a mover el trapecio ganando velocidad con cada impulso. Cuando consiguió unas oscilaciones amplias y estables volvió a la posición de sentada e, inesperadamente, algo salió mal. Miss Mery se caía de espaldas hacia un vacío sin red. Un grito de angustia salió del público con la fuerza que le daban cientos de gargantas...pero evitó el desastre. Sus tobillos se trabaron hábilmente en las cuerdas que sujetaban el trapecio deteniendo su caída, mientras, boca abajo, saludaba con sus brazos a un público que aplaudía entusiasmado.

El clímax de la actuación llegó cuando D. Ricardo explicó que la trapecista se disponía a hacer un ejercicio arriesgadísimo:

—¡Solo Pinito del Oro es capaz de hacerlo!

—Sentada en una silla, apoyada en la fina barra del trapecio, se balanceará ante ustedes en un prodigio de técnica y riesgo.

Y eso es lo que hizo Miss Mary exactamente: con la silla apoyada únicamente en las patas traseras fue capaz, no solo de mantener un precario equilibrio, sino de hacerlo con el trapecio oscilando al tiempo que con pequeños movimientos de su cuerpo adelante y atrás corregía los posibles desequilibrios que amenazaban con hacerla caer.

Cuando salimos ya era de noche y agradecemos la ligera brisa fresca que nos alivió del denso calor concentrado en la carpa. En mi cabeza aún hervían nítidas las imágenes de acróbatas que tras dar un giro completo en el aire eran capaces de aterrizar en los hombros de su compañero; de funambulistas que caminaban sobre un cable que atravesaba la pista o de fieros leones apareciendo por un túnel enrejado obedeciendo sin rechistar al intrépido domador que manejaba su látigo con maestría.

Una tarde de espectáculo circense daba para mucho y ahora empezaban los días en los que intentar imitar las acrobacias: amarrar una cuerda firmemente entre dos árboles y conseguir cruzarla sin perder el equilibrio; imaginarse leones que obedecían al chasquido de un látigo construido con una cuerda de cáñamo o imitar a Miss Mery con elementales equilibrios sobre un trapecio construido con el mango de una escoba.

Si el circo era un espectáculo que implicaba decenas de operarios, artistas, camiones y remolques, las comedias eran el hermano pobre de los espectáculos veraniegos.

Apenas media docena de vehículos, el escaso material necesario para construir un elemental escenario y poco más. Todo ello se montaba rápidamente en cualquier plaza o explanada. Los propios asistentes traían las sillas —o se sentaban en el suelo— formando un amplio semicírculo. No se pagaba entrada. Los comediantes «*pasaban el sombrero*» y los asistentes depositaban «*la voluntad*». La aportación era escrutada con ojos anhelantes. De tu voluntad dependía su comida.



*Comedia en la Plaza de la Ribera.*

*Imagen: Eduardo Busquets.*

*Fuente: Manuel García Rodríguez (Capybuy).*

Probablemente los últimos comediantes llegados a Luanco montaron su espectáculo en el parque de Zapardel y durante varias noches exhibieron sus habilidades modificando el espectáculo para ofrecer los números más exitosos y apreciados.

«*El Gran Atilano y su rulo magnético*» fue desde el principio el número preferido por el público. Tenía riesgo, desafío y desde el primer día surgió una corriente de simpatía mezclada con una curiosidad por las invisibles emanaciones del rulo.

Atilano —suponemos que ese fuera su nombre— tendría unos treinta y pocos años, de mediana estatura, rizada cabellera, nariz chata y ojos pequeños y chispeantes, aparecía en el escenario con unos pantalones oscuros y ajustados y una amplia camisa blanca abierta hasta la barriga con mangas ablusadas. Salía al trote y traía en una mano una tabla como de un metro de larga y bajo el brazo sostenía con habilidad

el «rulo», un cilindro macizo probablemente de madera y decorado con dibujos geométricos de vivos colores. Tras saludar al público colocaba el rulo en el suelo cuidadosamente y a continuación, sobre él, y buscando su punto medio, colocaba la tabla. Sin noticias de la componente magnética del número.

A continuación, pisaba uno de los extremos y después, con gran cuidado, el otro, regulando la presión hasta controlar la tendencia del cilindro a rodar y de la tabla a oscilar sobre él, logrando de esta forma mantener un difícil equilibrio. Pronto el juego de balances de la tabla y el rodar del rulo se estabilizaban y el Gran Atilano se dirigía orgulloso al público mostrando su dominio del aparato.

A partir de ahí los equilibrios se iban tornando progresivamente más difíciles hasta llegar al desafío de mantenerse con las manos sobre la tabla y el cuerpo en posición vertical e invertida, manteniendo las piernas muy juntas y las puntillas perfectamente estiradas.

Sabía cómo transportar emocionalmente al respetable a su número para que apreciara la dificultad de lo que hacía y el esfuerzo que implicaba. El público aplaudía entusiasmado.

—Y ahora, querido público, tratará de batir el récord del mundo de equilibrio sobre rulo.

—Tratará de ir colocando sucesivos pisos haciendo que cada vez sea más difícil mantener el equilibrio. Nadie ha conseguido levantar cuatro pisos.

—Rogamos guarden el máximo silencio para facilitar la concentración necesaria para ejecutar tan difícil número.

El equilibrista, retirado por un momento al fondo del escenario para dar protagonismo al presentador del espectáculo, volvía sonriente a primer plano y empezaba la colocación de la forma más elemental del aparato: la tabla sobre el cilindro rodante.

A continuación un ayudante le daba otro cilindro que Atilano colocaba verticalmente sobre la tabla en su lado derecho y repetía la operación en su lado izquierdo. Sobre los cilindros colocaba una segunda tabla. Un nuevo piso estaba listo, quedaba ahora el difícil movimiento

de pasar de la tabla inferior a la superior sin perder el equilibrio. La técnica consistía en aplicar una fuerza con la mano en el lado del que se levanta el pie para ascender de piso y después hacer algo parecido en el otro lado. No es fácil, pero lo logra. ¡Ya está de pie sobre el segundo piso! Las oscilaciones del conjunto se vuelven mucho más rápidas e inestables. El rostro del artista se tensa. Por un momento parecía que se iba a caer, pero logra mantener el equilibrio y devolver la tranquilidad a un público que casi no respira. Aplausos y vítores de aliento. Atilano elevado sobre el escenario como un dios oscilante, abre los brazos en señal de victoria sin abandonar una concentración extrema que se refleja en sus gestos y en su mirada perdida.

Ese día no hubo suerte, no pudo construir ni el tercer piso. Un fallo en la colocación desbarató la inestable construcción y derribó al héroe agotado por la tensión. Sobre el suelo del escenario rodaron los cilindros sin rumbo y aterrizaron de plano las tablas produciendo un ruido sordo que dejó entre el público una sensación de inmerecida humillación.

A partir de ese día y durante sucesivas sesiones, el público, volcado y comprometido con el reto, fue en aumento y medio pueblo se congregaba al anochecer en la explanada del parque para seguir con expectación los intentos de Atilano por dobligar el récord del mundo de equilibrio sobre rulo.

El circo y las comedias constituían los extremos de los espectáculos veraniegos.

En un terreno intermedio podíamos situar el teatro ambulante o de «repertorio», también un espectáculo nómada, pero más «selecto». No se exhibían acróbatas, payasos o magos, solo se representaban obras de teatro. Eso sí, convenientemente seleccionadas y adaptadas de forma que pudieran ser saboreadas por todos los paladares, especialmente los de personas no habituadas al arte dramático ni con pretensiones literarias.

Llegaron a mediados de agosto con el verano ya declinando y montaron una carpa mucho más modesta que la del circo, rectangular y totalmente blanca, en un terreno desocupado situado cerca del muelle, a poca distancia de la iglesia.

En el interior levantaron con gran rapidez un escenario con acceso y salida laterales y convirtieron el espacio restante en un patio de butacas acumulando sillas plegables dispuestas en filas paralelas con un pasillo central de acceso.

Culminado el montaje colgaron en el frente un llamativo letrero luminoso en el que la luz procedente de decenas de bombillas escribía: «*Teatro Cómico de España*».

A partir de ese día todas las mañanas un turismo recorría las calles del pueblo anunciando la obra que se representaría, siempre a las ocho de la tarde:

—Y esta noche, el Teatro Cómico, presentará la simpática comedia: *Anacleto se divorcia*, de Pedro Muñoz Seca. Pase una velada inolvidable disfrutando de esta maravillosa obra espléndidamente interpretada por el escogido elenco de actores de nuestro teatro.

Inicialmente la propuesta despertó recelo. La perspectiva de pasarse más de una hora en el interior de una carpa recalentada viendo una obra de teatro no era muy atractiva, pero los primeros espectadores disfrutaron un buen rato con las andanzas de Anacleto, las desavenencias con su esposa Baldomera y las retorcidas intervenciones de su amigo Juncosa, incitándole al divorcio al tiempo que cortejaba a Baldomera. Rápidamente el éxito de la primera sesión pasó de boca en boca y a los pocos días los taquilleros no daban abasto y las sillas pasaron a ser insuficientes por lo que la obra siguió en cartel durante un tiempo. Los problemas de Anacleto y Baldomera pasaron a formar parte de las conversaciones cotidianas.

A partir de ahí todas las representaciones se hicieron con aforo completo y el éxito se exprimía durante los días que fuera necesario mientras los espectadores lo demandaran. *Dos paletos en Madrid* y *Las mujeres mandan* siguieron calentando el ambiente y preparando al público para la representación de la comedia en tres actos que iba a poner a prueba la capacidad interpretativa de la compañía: *Dueña y señora*, melodrama que implicaba a prácticamente la totalidad de sus actores. Algunos, incluso doblaban personaje haciendo lo imposible por no ser reconocidos.

Los amores entre un joven adinerado y la bella ama de llaves, pasiones inconfesables, hijos ilegítimos, casamientos de conveniencia, sen-

timientos reprimidos o venganzas agazapadas, iban transmitiéndose al público provocando olas de sollozos y alegrías, simpatías y odios que hacían corta la hora larga que duraba la representación.

*Dueña y señora* fue el gran éxito del Teatro Cómico, varios días se representó y el público permaneció fiel a la obra, pero todo tiene un tiempo, Dueña y Señora, también.

Aunque el sol ya había perdido brillo y los días ya eran más cortos, septiembre transcurría dignamente. Como todos los días el Seat 1500 de color verde esmeralda apareció, una vez más, anunciando la próxima obra de teatro.

—Y esta noche... despedida del Teatro Cómico con la puesta en escena de la divertidísima comedia: Enchúfame la goma butanero, Enchúfame la goma butanero, Enchúfame la goma... butanero.

Todos sabíamos que aquello tenía que llegar, pero nadie esperaba que fuera tan pronto. El Teatro Cómico parecía que hacía mucho tiempo que se había asentado en aquel descampado que ahora era uno de los lugares más visitados. Era difícil volver a imaginarse la desolación y la orfandad en que nos dejarían sin las historias representadas sobre las tablas del viejo escenario cobijado bajo blancas lonas.

Se fueron temprano, su vida nómada debía continuar y el tiempo era oro. El verano estaba a punto de terminar. En el amplio solar donde plantaron la carpa, ahora barrido por el nordeste, dejaron un gran vacío. Como único recuerdo aleteaban sobre el suelo algunos papeles sucios y rotos, entre ellos algunas octavillas en las que se anunciaba la representación de Dueña y Señora.

## 8. Luanco religioso

La mayor parte de las fiestas de los pueblos se concentran en los meses de verano, en Luanco su fiesta principal se celebra en pleno invierno, el cinco de febrero. En esa época la mar se vuelve muy peligrosa. Es época de temporales y galernas.

Cuando se navegaba con la única ayuda del viento en las velas o a fuerza de remos era muy difícil hacerse a la mar en esas condiciones y las embarcaciones debían permanecer amarradas al precario abrigo del puerto. El problema era que si no se pescaba no había ingresos y los ahorros prácticamente no existían... los días pasaban y la necesidad aumentaba. Espoleados por esa necesidad la práctica totalidad de las lanchas, un total de quince, salieron al amanecer aprovechando el buen tiempo y los templados vientos del SE. Era un cinco de febrero, de hace más de doscientos años<sup>63</sup>, pero el viento cambió de repente y las pinazas<sup>64</sup> se vieron sorprendidas por una mar arbolada mientras pescaban en mar abierto. La única defensa ante la galerna, la única posibilidad de supervivencia era intentar llegar a puerto cuanto antes.

Remando se consiguió llegar a la costa, pero aún quedaba lo peor. La barra<sup>65</sup> del puerto estaba cerrada por grandes olas que rompían impidiendo cruzarla. El fragor al romper era tal que se hacía muy difícil descifrar las órdenes del patrón situado a popa, en el timón. Solo quedaba ponerse al paio y esperar una improbable encalmada que permitiera

---

63 5 de febrero de 1776

64 Término con el que se conocían las embarcaciones de madera de pino sin cubierta, propulsadas a remo y que llevaban una vela para aprovechar el viento. Se calcula que cada una podría llevar quince tripulantes.

65 La barra de un puerto es una zona de poca profundidad, razón por la cual las olas rompen ahí con violencia. Si la barra «se cierra» debido al intenso oleaje es imposible entrar del puerto.



superar aquel muro de agua oscura. Las posibilidades eran bajas, pero dos centenares de vidas dependían de que el azar los favoreciera.

Para los familiares de los marineros la situación no había pasado desapercibida. Cuando vives de la mar permaneces alerta al viento, a la dirección en la que corren las nubes y escrutas cualquier señal que pueda indicar un potencial peligro, por eso cada vez más gente se había ido concentrando en la explanada situada en la parte de atrás de la iglesia desde donde era posible asistir al cruel espectáculo de una lucha desigual entre la fuerza desatada de las olas y las endebles embarcaciones. No podrían resistir mucho más. Era cuestión de tiempo que un golpe de mar cruzado sorprendiera de costado a las embarcaciones haciéndolas naufragar.

Sumidos en la impotencia, desesperados, con la angustia atenazándoles la garganta, extenuados de gritar, optaron, como último recurso, por dirigirse a la iglesia, bajar el Cristo de su hornacina y sacarlo para encararlo a la mar implorando una salvación imposible. Necesitaban un milagro.

Y el milagro se hizo... por la intercesión del Cristo, para unos, o gracias a la pericia de los patronos que supieron leer la mar, para otros... una franja se calmó durante unos minutos, los suficientes para lograr que todas las lanchas entraran a puerto y se salvaran.

A partir de esa fecha el Gremio de Pescadores institucionalizó una fiesta de agradecimiento al Cristo, conocido a partir de entonces como el Cristo del Socorro, patrón de los marineros.

El Socorro, como fiesta de invierno que es, se vive fundamentalmente en las casas y en los bares, por eso en la tienda los días anteriores se notaba un incremento de la venta de vasos, platos y cubiertos para completar la vajilla con la que poder atender a los comensales extra: besugueras, ollas y potas esmaltadas donde preparar la calderada<sup>66</sup> y ensaladeras, cazuelas de barro o fuentes para presentar adecuadamente los platos.

El punto culminante de la fiesta —aún hoy— es la misa que se celebra tras la procesión. Para un pueblo que hasta no hace mucho vivía

---

66 Guiso de pescado con patatas.

de y para la mar es especialmente emocionante, porque es el momento de recordar comunitariamente, hombro con hombro, a los que ya no están, a los que se han quedado para siempre en la mar profunda y gris que ruge muy cerca.

Ese día la iglesia está abarrotada y en los días de mi niñez existía una clara separación entre las mujeres, que ocupaban la nave principal, y los hombres que se agrupaban en la tribuna desde donde era apasionante contemplar el mar de cabezas que llenaban los bancos y observar una perspectiva cenital del templo, que con todas sus luces encendidas brillaba por el reflejo de la luz en los panes de oro de los retablos.

La tribuna situada en la parte trasera de la nave rectangular de la iglesia es una plataforma elevada en forma de U. En los dos salientes laterales hay varios bancos para alojar a los fieles y en la parte central, enfrentando el altar mayor, se sitúa un magnífico órgano con la tubería a ambos lados de la consola. El organista, verdadero sacerdote de una música vibrante, maneja de forma magistral los teclados superpuestos, manteniéndose alerta para manipular un sinfín de registros.

Alrededor, formando un semicírculo vuelto hacia el órgano, se organiza el coro que añade a la solemnidad de la misa canciones con continuas alusiones a la mar, a los pescadores y a la gratitud de los luanquinos hacia su Cristo.

Después de la misa y con un tiempo generalmente de invierno, la fiesta sigue en el interior de los bares entre vasos de vino tinto, conversaciones y habaneras que de tiempo en tiempo logran vencer el ruido ambiental e ir prendiendo en el corazón y las gargantas hasta convertirse en un himno colectivo.

El ritmo de las habaneras, cadencioso y lento, dicen que es perfecto para marcar el tiempo de palada, por eso eran las canciones preferidas cuando había que remar hacia las zonas de pesca. Un verso por palada, breve descanso entre versos, nueva palada, verso nuevo; verso a verso, palada a palada, el canto usado para diluir el esfuerzo, música y trabajo pegados al remo. Una buena forma de olvidarse del cansancio y del largo día que aguarda.

Misa y habaneras. Religiosidad y diversión... esos son los ingredientes fundamentales de la fiesta. Puede que no parezca mucho, pero lo

es. Respirar ese espíritu de hermandad, ese empuje colectivo que aún perdura, es algo muy especial y sucede en Luanco todos los cinco de febrero a pesar del mal tiempo, del frío y de la mar agitada, o... quizá por eso. El reflejo de remar todos a una siguiendo un canto común aflora cada año a principios de febrero, como una necesidad ancestral, sobre todo si hay mal tiempo, el viento sopla y la lluvia traza sus caminos líquidos en los cristales.

La fiesta del Socorro es una cabeza de puente situada entre las grandes festividades de Navidad, donde impera la alegría y la hermandad, y Semana Santa, cuando todo se volvía triste y agobiante: no se podía ni siquiera cantar, incluso reírse estaba mal visto. El amargor del luto era el gran protagonista.

Durante Jueves Santo y Viernes Santo los bares, restaurantes, cines o cualquier otro lugar de esparcimiento, permanecían cerrados. Era tiempo de recogimiento forzado y de ejercicios espirituales a los que los adolescentes asistíamos puntualmente conducidos desde las aulas del instituto. Sacerdotes traídos exprofeso trataban de despertar sentimientos de piedad religiosa en quinceañeros que veían como única ventaja de las sesiones los breves minutos de paseo entre el instituto y la iglesia. Las jornadas acababan, indefectiblemente, con las confesiones masivas, convenientemente separadas en sesiones de «solo para hombres» o «para mujeres». Era la hora de clasificar en mortales y veniales las faltas cometidas haciendo un exhaustivo examen de conciencia y un sincero acto de contrición por los pecados cometidos, dos de las cinco cosas necesarias para una buena confesión según habíamos aprendido en el catecismo.

Si había duda en la consideración de la falta sentenciaba el cura, por eso la primera pelea era por situarse frente al confesionario de D..., quien, al parecer, era más benévolo en sus juicios y las penitencias — consistentes en avemarías y padrenuestros — más cortas, y más llevaderas las condiciones impuestas para el perdón.

—¿Qué tal? ¿Mucha penitencia?

—Dos avemarías y un padrenuestro.

—¡Bah!... A mí cinco avemarías y dos padrenuestros.

Y es que la gravedad de la falta se medía por el número de oraciones que debían ser recitadas, aunque no se tenía clara la equivalencia entre avemarías y padrenuestros ni por qué se imponía el rezo de unas u otros.

Pero la Semana Santa, aunque parecía eterna, también tenía fin y la primera luz aparecía, paradójicamente, envuelta en oscuridad.

En la llamada «procesión de los *callandinos*» se acompañaba en la noche del Viernes Santo la enlutada imagen de la Virgen hasta una pequeña ermita en la que aguardaría la resurrección que tendría lugar el domingo de Pascua. Los niños eran los protagonistas y procesionaban con faroles de papel que tenían en su interior velas encendidas. Una mano asiendo la de tu padre o madre y la otra sujetando con preocupación el colorido farol de papel, siempre amenazado por la llama de la vela que tenía en su interior.

La idea era acompañar en gran silencio a la imagen, pero eso no siempre se lograba. Había que conseguir que los faroles no ardieran — lo cual se consideraba un fracaso— por eso el recorrido estaba lleno de tensión, de consejos de los padres para evitar las potenciales situaciones de peligro de incendio y de perentorias peticiones de ayuda de los más pequeños, mezcladas con las recomendaciones de silencio de los organizadores.

Las amenazas para los frágiles faroles eran variadas: la acumulación de personas que chocaban continuamente con ellos acercando peligrosamente el papel a la llama, el empuje del viento que los hacía oscilar o, simplemente, las distracciones de sus portadores sometidos a mil estímulos que terminaban relajando su atención. El temido peligro cristalizaba a veces en una cruel realidad y los faroles ardían con el disgusto inconsolable de su portador y el barullo que a continuación se formaba entre los asistentes tratando de apagar el fuego a pisotones.

La procesión de los callandinos marcaba el final del sombrío tiempo de pasión para abrir la esperanza del tiempo de resurrección.

El domingo de Pascua era día de estreno. Todo el mundo lucía ropa nueva, bien por Ramos o por Pascua, y como la primavera ya estaba cerca, llegaba la hora de desprenderse de los pantalones largos y ponerse los cortos complementados con sandalias nuevas, mejor sin calcetines. Lo malo es que el frío viento del nordeste se apunta a casi todas las celebra-

ciones. Todo un desafío que debía encararse con las piernas desnudas y los pies sin calcetines.

—¿Tienes frío, Luisín? —preguntaba cada cinco minutos mi madre.

—No, no —respondía, aunque estaba a muy poca distancia de la congelación severa, pero era Pascua y tocaba vestirse de verano.

Las sandalias nuevas tampoco ayudaban, el no usar calcetines no era una buena idea. Menos mal que mi madre, siempre previsora, llevaba un cargamento de tiritas para aliviar las rozaduras que no tardarían en aparecer hiriendo los talones y los indefensos meñiques, aunque todo se soportaba ante la promesa de días mejores:

—Esto es hasta que las uses un poco, es solo al principio—, me consolaba Tere mientras arrodillada, cubría con una nueva tirita la enésima rozadura.

Las prisas del día de Pascua eran consustanciales a la fecha. Por la mañana, al mediodía, había que llegar lo suficientemente temprano a la Ribera para «coger sitio» y poder ver la Venia, pero llegaras cuando llegaras, el muro que bordeaba la playa estaba ya atestado y al final siempre se optaba por la solución conservadora:

—Nos quedamos aquí, porque si vamos más adelante ya no tendremos sitio.

Y empezaba una espera, siempre larga, a que llegara la imagen triunfante de la Resurrección.

La Venia, tiene una larga tradición —al menos, desde finales del s. XVIII— y escenifica el encuentro entre la Virgen y su Hijo resucitado. La novedad es que el encuentro se realiza en la playa y con un curioso ritual que constituye un gran espectáculo.

De un lado la Virgen, aún enlutada, del otro la de Jesús resucitado que camina a su encuentro, acceden a la playa por puntos opuestos.

Delante de la imagen de María puede verse un llamativo pendón rojo. Abanderado y portadores de las andas caminan pausadamente hasta que se sitúan enfrente del Resucitado y a una distancia estudia-

da. Empieza el rito... al unísono abanderado e imagen dan tres pasos, rodilla en tierra; otros tres, nueva genuflexión.

La Resurrección y sus portadores se mantienen en su sitio, quietos, esperando. El público contiene la respiración, algunos murmuran:

—¡Ahora!

Se inician los tres últimos pasos y por tercera vez la rodilla toca la arena húmeda. Simultáneamente el pendón abandona el hombro y sostenida con fuerza la bandera saluda, dando tres pasadas, rasantes a la arena y a muy pocos centímetros, sin tocarla en ningún momento.

Al final todo el mundo mira las puntas del pendón para comprobar que no están mojadas. Si es así se considera augurio de buena pesca.

En ese momento el manto negro de la Virgen cae y bajo los tristes ropajes negros, aparece un precioso vestido blanco bordado en oro. La banda de música empieza a tocar, el público aplaude y las sirenas de los barcos amarrados en el muelle suenan sin cesar.

El encuentro entre Madre e Hijo ha tenido lugar, la Semana Santa queda atrás y con ella el invierno, los pantalones largos y los días cortos y lluviosos.

La primavera asoma la nariz y la mar se vuelve cada día más azul, más amable, menos gris. Los vientos pierden fuerza y el ambiente es más cálido. Las primeras margaritas aparecen rompiendo el verde uniforme de los campos.

Entre estas dos celebraciones, el Socorro y la Pascua, la vida religiosa del pueblo transcurre plácidamente teniendo su punto álgido semanal en la misa de doce de los domingos.

Aquella parecía una misa cualquiera, todavía celebrada por el rito tridentino, en el que el sacerdote mira en la dirección en la que se orienta el templo, hacia el Este, situándose de espaldas a los fieles.

Albertín, aún no había hecho la primera comunión, pero seguía con unción el oficio. Su abuela, Josefina, devota hasta la extenuación y eternamente vestida de negro, solía llevarlo con ella cada domingo para acostumbrarlo a la misa dominical y a la observancia de los preceptos.

Llegada la hora de la comunión, como siempre, Josefina se levantó para unirse a la fila de fieles que por los laterales se acercaban a comulgar.

—Voy a comulgar. Espérame, vuelvo enseguida —murmuró acercándose a la oreja de su nieto.

Albertín abandonó la posición de arrodillado y se sentó en el banco. Le gustaba el ruido que la parte desnuda del muslo hacía cuando rozaba con la madera pulida. Incluso podías modular el ruido torciendo ligeramente la pierna a izquierda o derecha para producir un sonido u otro. Una vez sentado y finalizado el brevísimo concierto, observaba concentrado la fila de comulgantes que por ambos lados de la nave principal progresaba perezosamente. Cuando llegaban donde estaba el sacerdote este les introducía algo en la boca al tiempo que el monaguillo colocaba una bandeja metálica debajo de la barbilla del comulgante y a continuación, piadosamente, volvían a sus sitios recorriendo el pasillo central. ¿Qué daban?, pensó.

A Albertín le pudo la curiosidad, se levantó y se hizo un sitio entre la larga cola que se dirigía al altar mayor. Cuando llegó, el sacerdote, D. Plácido, se sorprendió un poco.

—Este niño parece muy pequeño ¿habrá hecho la primera comunión? —preguntó a su monaguillo.

—Ni idea —le contestó.

—Bueno... Corpus Christi.

Albertín, imitando a los que le habían precedido, abrió su boca y D. Plácido depositó la hostia en su lengua, el niño cruzó los brazos y enfiló el pasillo central hacia su banco. A medida que caminaba empezaban a oírse algunos rumores.

—¿No es Albertín el de Carmina? ¿Cuántos años tiene?

En el banco Josefina, su abuela, en total recogimiento, ni se había dado cuenta de la ausencia de su nieto ni de su silenciosa llegada.

Terminada la misa, en el pórtico, Josefina se vio rodeada de multitud de personas que le preguntaban insistentemente si su nieto había hecho ya la primera comunión. Formando un corro alrededor suyo varias de

sus conocidas y amigas la informaban de la aventura de Albertín. Josefina estaba al punto de la lipotimia. ¡El sacrilegio estaba servido y ella había contribuido de alguna manera! Casi podía sentir las dolorosas llamas del infierno eterno ascendiendo por sus pantorrillas y lamiéndole la carne como repugnantes babosas incandescentes.

Providencialmente cuando los ánimos estaban más exaltados, Josefina bordeaba el límite de sus fuerzas y Albertín chapoteaba en una confusión cada vez más densa, D. Plácido, el párroco, hizo su aparición.

Las beatas implorantes, con las manos levantadas y las caras desencajadas, solicitaron de inmediato su consejo ante tan grave suceso. ¡Albertín había comulgado sin haber hecho la primera comunión!

D. Plácido rápidamente, recordó sus dudas sobre la edad de aquel niño de cara redonda y ojos muy abiertos que apareció en la fila. No pudo evitar un sobresalto en su interior. Fue solo un instante, un súbito temor a una transgresión sacrílega y a su posible responsabilidad en ella, pero algo en su conciencia se abrió paso y se sobrepuso, casi instantáneamente, a todas las dudas. Se dio cuenta de que el rito y las normas están ahí, pero la intención de las personas y la finalidad de sus actos es mucho más importante.

Aunque las tenía delante, hablando atropelladamente, casi gritando y asaeteándolo a preguntas, aquellas mujeres vestidas de negro habían desaparecido de su vista durante los minutos que había durado su debate interior...

D. Plácido levantó su mano derecha en un gesto inequívoco de solicitud de silencio. Las palabras superpuestas fueron apagándose y los gestos crispados relajándose. La expectación era ahora la protagonista, los ojos estaban fijos en el párroco y los oídos prestos a escuchar sus palabras.

—¡Señoras, mantengamos la calma! Josefina, dijo, puede usted estar tranquila, la comunión de su nieto seguramente ha sido la más santa de todas las que se han hecho hoy en esta iglesia. No tenga miedo, váyase tranquila. Su nieto no ha hecho nada malo.

—Pero... D. Plácido ¿no sería conveniente decir alguna misa como desagravio?



—¡En absoluto! No ha habido ningún pecado. No existe pecado sino hay intencionalidad de hacer daño. No se olvide que Jesús siempre mostró su predilección por los niños, por su corazón puro y por su ausencia de maldad.

Se dirigió a continuación a Albertín que permanecía confundido y extenuado por el coro de beatas que le preguntaban, recriminaban y condenaban sin remedio.

—Albertín, dime... ¿por qué has comulgado hoy?

—Es que yo no iba a comulgar. Solamente quería saber qué es lo que daban para que tanta gente se acerque todos los domingos formando colas tan largas.

D. Plácido esbozó una sonrisa, le alborotó el pelo con su mano y le dio un beso en la mejilla.

—Venga señoras, ¡cada mochuelo a su olivo! Seguro que tienen mucho que hacer. Josefina, tranquila... Albertín, ahora que ya sabes «lo que damos» no vuelvas a ponerte en la cola hasta que hagas la primera comunión ¿vale?

— Si, señor cura.



Recién llegados a la adolescencia el hambre de experiencias relacionadas con la nueva vida que se abre delante de ti es insaciable, pero las oportunidades de vivir ese nuevo mundo estaban entonces, muy limitadas. Paradójicamente las actividades parroquiales eran una oportunidad, sobre todo para poder salir de casa un viernes después de cenar, ya de noche.

El grupo de Adoración Nocturna de la parroquia tenía una sección juvenil: el grupo de Tarsicios<sup>67</sup>, integrado por adolescentes. Esa era la

---

67 En honor de S. Tarsicio, mártir cristiano del s. III de quien se cuenta que era un adolescente que llevaba la comunión a los cristianos encarcelados en Roma. Sorprendido en la Vía Apia se negó a entregar las formas que portaba por lo que fue apaleado hasta la muerte. En el s. III el culto cristiano había sido prohibido por Valeriano.

coartada, ya que las reuniones, una vez al mes, tenían lugar a partir de las diez de la noche.

Una vez organizados los grupos y distribuidos los turnos pasábamos bajo la tutela de un adorador a los reclinatorios situados frente al altar. El resto de los adoradores y tarsicios permanecían en la sacristía esperando su turno, en animada conversación. El problema era que la sacristía estaba justamente detrás del altar mayor y a veces las conversaciones subían tanto su volumen y las discusiones se volvían tan apasionadas, que el debate se podía seguir con toda nitidez, lo que obligaba a suspender el recogimiento del momento para llamar la atención a los hablantes y rogar que se moderara el tono y se respetaran las formas.

Restablecido el silencio, aquietadas momentáneamente las apasionadas discusiones y vuelto el espíritu de reflexión, el rito seguía:

—Oremos: *«No endurezcáis vuestro corazón como en Meribá, como el día de Massá en el desierto, cuando vuestros padres me tentaron, aunque habían visto mis obras»* —leíamos en un breviario guiados por el adorador.

—Meditemos.

Y con gesto serio cerrábamos los ojos y apoyábamos la barbilla en las manos entrelazadas. No teníamos muy claro lo que debíamos hacer, pero teníamos que permanecer en silencio pensando sobre el salmo que se había leído. El primer obstáculo estaba en Meribá, ya que desconocíamos lo que era o lo que representaba. Yo me lo imaginaba como un lugar bastante polvoriento, desértico y con algunas palmeras que dulcificaran las ardientes temperaturas. Más complicado estaba imaginarse alguien con un corazón duro, porque, aparentemente, esa cualidad no se traduce en rasgos externos diferenciales, pero dadas las circunstancias, un señor de cierta edad con la piel atezada y arrugada, barba mal recortada y cubierto con turbante y gesto altanero, podía servir.

Ante todo se debía estar vigilante. El rabillo del ojo, alerta, debería detectar el fin de la meditación de quien dirigía el grupo.

—Oremos...

Después de un tiempo viajando del oremos al meditemos se acababa el turno y otro grupo iniciaba la adoración, retirándose el saliente a la sacristía donde el ambiente seguía instalado en la polémica.

—Adán y Eva no existieron, Severino—, clamaba Constantino. Darwin ha demostrado que venimos del mono, era solo una forma sencilla de explicarlo.

Constantino era hombre de leyes, licenciado por una prestigiosa universidad jesuita y tenía una gran cultura y poder de convicción. De su fondo de lecturas podía recordar cualquier dato con el que inclinar a su favor la discusión.

—Pero bueno, Constantino, no me digas eso, hombre, ¿cómo no van a haber existido Adán y Eva!

—¡Pues, no! En todo caso no serían como tú o yo, tal vez unos homínidos, peludos, con la frente abombada y los arcos superciliares muy marcados.

Severino se desesperaba ante tan radicales afirmaciones y echaba las manos a la cabeza intentando asimilar el terremoto doctrinal al que Constantino lo estaba sometiendo.

En las pausas de las conversaciones llegaban hasta la sacristía los monótonos recitados de los adoradores:

—«Durante cuarenta años aquella generación me asqueó, y dije: Es un pueblo de corazones extraviados...»

Entonces se comprobaba que los gruesos muros tal vez no aislaban tanto como pensábamos. Era el momento de rogar que, nuevamente, se bajasen las voces para evitar molestias a los que se encontraban delante del altar.

Después de unos minutos de silencio casi total, palabra a palabra, silencio a silencio, la conversación se retomaba en el punto en que se había dejado o con un tema nuevo. Aún quedaba mucha noche y, por tanto, largas discusiones que resolver.

Los tarsicios solo podíamos quedarnos hasta media noche, cuando daban las doce debíamos retirarnos, pero... entonces llegaba lo mejor.

Era todo un privilegio salir de la iglesia y poder caminar por las desiertas calles del pueblo a aquellas horas, incluso cuando había que lidiar con una lluvia oblicua que sorteando el paraguas te calaba los pantalones de rodilla para abajo. La noche más allá de las doce, te pertenecía, aunque solo fuera por unos minutos.

Los versos del salmista seguían repitiéndose en tu cabeza.

—«*Ojalá no endurezcáis vuestro corazón como en Meribá...*», —  
¿dónde estará Meribá?



El cementerio se encuentra situado en la loma de Santa Ana, a la que se accedía por una empinada cuesta sin asfaltar de tierra roja, reveladora de los minerales ferrosos que se ocultaban en el terreno. La cuesta de la Tazana —que así se llamaba— estaba especialmente concurrida en los últimos días de octubre. Eran las vísperas del día de Todos los Santos<sup>68</sup>. Ese día el cementerio se llenaría con los familiares de los allí enterrados para oír misa en el mismo camposanto y rezar por su eterno descanso.

Era necesario adecentar, incluso acicalar, las sepulturas. Las operaciones de limpieza y acondicionamiento debían hacerse unos días antes con el consiguiente trasiego de personas. Había que acarrear todo lo necesario: productos de limpieza, cepillos, bayetas, espátulas para rascar... en una ascensión interminable por la Tazana.

Las paradas para recuperar el aliento eran inevitables. Mis tías Maruja y Otilia ya no eran unas jóvenes y cada año les costaba más la cuesta. Cada parada aumentaba la inquietud de los más pequeños que subíamos como acompañantes, encantados y excitados ante la posibilidad de llegar al cementerio donde, seguramente, alguna sorpresa aguardaba.

Además, durante los días previos «se alumbraba» a los difuntos. Farolillos con velas en su interior se colocaban sobre las tumbas como recordatorio de los muertos. El cementerio al atardecer se convertía,

---

68 La fiesta de Todos los Santos se celebra el 1 de noviembre. Fue instaurada por el papa Gregorio IV en el año 835. La fiesta de los Fieles Difuntos se celebra al día siguiente, el 2 de noviembre.

en una fantástica sucesión de pequeñas luces, oraciones murmuradas, instrucciones para una correcta limpieza de las lápidas y un continuo deambular de grupos de niños que iban de sepultura en sepultura recolectando la cera producida en la combustión de las velas.

Como en la vida misma en el camposanto había zonas mejores, más soleadas y con tumbas cubiertas con mármoles y con letras de bronce: FAMILIA..., y otras mucho más modestas limitadas por pequeñas paredillas de la altura de un ladrillo con solo tierra negra como cubrición y rematadas con algunos azulejos esmaltados. A veces la tierra se cubría con pequeñas piedras pulidas y redondeadas que se recogían en la playa. Incluso en las más humildes no faltaban las flores y se procuraba que mostraran un buen aspecto dando una capa de cal a la cruz de cemento para que luciera un blanco immaculado al menos durante esos días.

En el centro del cementerio había una construcción que servía para guardar las herramientas y materiales de los enterradores. Todos sabíamos que en el suelo, bajo una trampilla que se levantaba tirando de una argolla de hierro corroída por el óxido, estaba la huesera, el lugar en el que los restos de difuntos desenterrados después del tiempo preceptivo eran acumulados. Un mundo oscuro, repleto de costillares, fémures y calaveras revueltos y polvorientos. Armazones humanos que te hablaban de la fragilidad de la vida y de lo iguales que somos sin la carne que recubre nuestros huesos.

Daba miedo traspasar el dintel de la puerta sabiendo el inframundo que el subsuelo guardaba. Éramos niños inocentes e inexpertos y, por tanto, temíamos más a los cráneos huecos y horadados por cuencas oscuras y vacías que a los cerebros llenos de maldad y a los ojos que se niegan a ver ciertas cosas o que miran hacia otro lado.

Nos gustaba sobre todo visitar las tumbas ante las cuales nadie oraba ya, aquellas con la cruz vencida y oxidada y la filiación del difunto definitivamente borrada; con los límites derrumbados, la pintura desaparecida o cuarteada y las zarzas a punto de engullirlo todo. Eran la representación del abandono, el lugar donde Bécquer situaría la vivienda del olvido.

Curiosamente la zona en la que se situaban los enterramientos de los niños, muertos sin apenas haber vivido; tumbas diminutas y con

el «*recuerdo de padres y hermanos*» tallados en la piedra, eran las que presentaban un peor aspecto. Era estremecedor leer las edades a las que habían fallecido, aunque nos reconfortaba saber que todos ellos estaban en el cielo. Lo ponía en las lápidas.

Por el contrario las sepulturas importantes estaban construidas con materiales duraderos, se situaban en el centro del recinto y sus cruces permanecían en su sitio a pesar de los años. Estatuas de ángeles velaban el sueño eterno de los excelentísimos señores y sus esposas.

Una de las tumbas más impresionantes, construida en mármol y simulando un féretro elevado unos metros sobre el suelo, presentaba, según mi padre, algún tipo de filtración de su contenido y por la noche, decía, podían observarse fantasmagóricas luces — fuegos fatuos los llamaba— producto del fósforo que el filtrado contenía.

Nos invitaba a inclinarnos y observar la zona inferior para que pudiéramos comprobar lo que nos contaba. Efectivamente, pequeñas estalactitas, colgajos sólidos de naturaleza desconocida, crecían entre las juntas de los ladrillos. ¿Eran realmente churretones fosforescentes, luces de ultratumba? Imposible saberlo. La comprobación implicaba la presencia durante una noche oscura en un solitario cementerio. La idea era demasiado terrorífica.

## 9. Cines y TV

En la sesión de las once de la noche, si debido al calor o por alguna circunstancia, el operador abría la ventana que el cuarto de cámaras tenía, la película se proyectaba en la fachada de la casa de enfrente. Era pura magia ver como las imágenes se deformaban adaptándose a los entrantes de las ventanas o se enroscaban alrededor de los canalones como una lámina de luz capaz de reproducir rostros anhelantes, largos abrazos, miradas enamoradas o inmensos paisajes sobre la irregular orografía de la pared convertida en improvisada pantalla.

El Teatro Carmen era uno de los dos cines que funcionaron en la década de los sesenta y setenta del siglo pasado<sup>69</sup>, aunque todo el mundo lo conocía como «el cine de arriba», pues si nos situamos en el centro del pueblo para llegar a él había que subir una cuesta bastante prolongada.

Su propietario, Aurelio, al que no era infrecuente ver en el local a las horas de mayor afluencia de público, era una persona entrañable y estimada, por eso el cine de arriba era también conocido con la denominación alternativa del «cine de Aurelio».

Las entradas se sacaban en la taquilla situada en el lado izquierdo de la fachada, reconocible por la pequeña ventanilla con su lado superior dibujando un semicírculo, una característica de la época. Situada a la altura de los hombros de una persona de estatura media, y eternamente iluminada por una bombilla incandescente de luz amarillenta, su interior era una incógnita, ya que el hueco estaba totalmente ocupado por el torso y la cara de Manolita, la taquillera,

---

<sup>69</sup> El local se abrió en 1913 y sus butacas eran desmontables para poder utilizarlo como sala de proyección de películas o como salón de baile. Actualizado en 1954, dejó de funcionar en 1978.

mujer dotada de inmensa paciencia y bondad que escuchaba con atención las peticiones de los clientes intentando satisfacerlos de la mejor manera. Con destreza y agilidad rebuscaba en los tacos de entradas, uno para el patio de butacas, color rosa, y otro para general, azul, hasta localizar la fila deseada y rápidamente, te informaba de las opciones.

—En esa fila me quedan dos, pero no están juntas.

—¿Y ... un poco más atrás?

Antes de entrar era muy frecuente pasarse por casa Maruja Prin para hacer acopio de chucherías. Maruja, de edad avanzada, despachaba a través de una ventana abierta en el bajo de la casa en la que vivía, casi enfrente del cine. Sus movimientos lentos provocaban colas considerables en la acera. Su hermana, Josefa, ayudaba con los pedidos en las horas críticas o simplemente se entretenía observando a la clientela.

Un perro blanco con manchas color canela dormía enroscado sobre el suelo, acostumbrado a la actividad comercial y al consiguiente guirigay que las sesiones de infantil provocaban cada domingo minutos antes de las cinco.

—¡Una barra de regaliz duro y otra de blando!, una piruleta y un chicle Bazoka de fresa.

Del sector del dulce surgió un día un potencial peligro para el necesario silencio de las salas de cine: Pitagol, «el caramelo que pita» según la publicidad:

—«El caramelo que pita que se llama Pitagol... Pita Pepe, pita Mari... ¡todos compran Pitagol!

Era un caramelo alargado y hueco con forma de silbato, en el que se había hecho un agujero biselado en la parte superior. Al soplar en su interior se producía un pitido agudo. Por esa razón estaba muy vigilado su uso en las salas de cine. Con eso y todo no era raro escuchar su pitido característico en plena proyección, lo cual provocaba la inmediata movilización de Lola, la acomodadora, que recorría el pasillo central a grandes pasos, linterna en mano y guiada por el dulce pitido, tratando



de desenmascarar al infractor, lo cual no siempre era fácil ya que se pitaba con premeditación, alevosía y en la oscuridad del NoDo<sup>70</sup> con el fin de dificultar al máximo la identificación.

El recibidor del cine era un espacio desnudo, casi destartado, decorado con carteles de los próximos estrenos y flanqueado por las escaleras que conducían al primer piso.

Tras pasar las puertas de madera que daban acceso a la sala, si la proyección ya se había iniciado, era necesario separar unos gruesos cortinones que protegían el interior de la luz externa y que deslizaban mediante gruesas argollas sobre una barra de madera situada sobre la puerta. El inconfundible sonido que producían al ser corridas para atrapar la oscuridad de la sala era el indicio inequívoco de que la proyección se iniciaba. Tocaba sentarse, aparcar las conversaciones, abrir mucho los ojos y dejarse llevar por la ilusión de la luz proyectada.

Las butacas, de un color azul verdoso, tenían un aspecto bastante ajado, pero cuando la luz cenicienta del NoDo y el tono triunfalista del locutor iniciaban la sesión, la sala desaparecía, las personas se convertían en siluetas oscuras y nacía otro mundo formado por la luz reflejada en la pantalla, el sonido de los documentales, los tráileres de las próximas películas y el chasquido de los cacahuetes al ser abiertos. Eran los prolegómenos, los minutos concedidos a los que se retrasaban, el inicio del camino que terminaba en el logo de la productora y el título de la película en grandes letras.

Tras un fundido en negro después de los créditos de inicio, no tardaban en aparecer musculosos culturistas con una indumentaria mínima y el cuerpo aceitado, desinteresados protectores de una inocente y hermosa joven y luchadores invencibles contra malísimos villanos, poderosos, crueles y siempre mal aconsejados por alguna eterna conspiradora de malvada belleza capaz de verter venenosas sugerencias en sus oídos.

Maciste, Sansón, Espartaco, Hércules, Goliat o Ursus renacían de forma intermitente en nuevas entregas, unas veces bajando a los infiernos, otras luchando en tierras lejanas contra el mismísimo Gengis

---

70 Acrónimo de NOticiario y DOcumentales era una recopilación de noticias con clara inclinación propagandística del régimen de Franco, que se emitía en todos los cines antes de las películas.

Kan; padeciendo en las minas del rey Salomón o encarnando gladiadores invencibles que se rebelaban contra su triste destino<sup>71</sup>.

Cuando las situaciones pseudohistóricas ya no daban para más y arriesgando en una peligrosa pirueta, las productoras recurrían al enfrentamiento entre ellos: «Maciste contra Hércules en el valle de Woe», «Ulises contra Hércules» o «Hércules contra Sansón», secuelas comerciales de los primeros éxitos que terminaban dividiendo a los espectadores en partidarios irreconciliables de uno u otro héroe. Así que a la salida, siempre había discusión sobre los poderes y la capacidad de cada uno para levantar grandes rocas de cartón piedra que lanzaban sobre los soldados del dictador, que lejos de aplastarlos revelaban su verdadera naturaleza al rebotar contra sus cuerpos. Increíblemente aun así se producían bajas entre el enemigo. Los esbirros del poderoso rey se iban al otro mundo no sin antes exhalar un prolongado ¡Agggg! tras el cual daban una artística pirueta y se quedaban muy quietos tendidos en el suelo. Un entretenimiento bastante frecuente consistía en espiar el pecho de los muertos para ver si se movía, delatando el engaño. Era este uno de los principales filtros para calificar la película como «buena» o «mala» por aplicación de los pocos criterios que utilizábamos.

Levantada sobre la parte posterior de la sala y ocupando un tercio de su extensión, había una tribuna con butacas de madera y con asientos plegables a la que llamábamos «general» o «el gallinero». Las entradas eran más baratas y siempre era un punto caliente. Los del gallinero se concentraban más en armar bronca que en seguir las proyecciones con el añadido de que al estar situado en la planta alta era un lugar excepcional para bombardear el patio de butacas con cacahuets o pequeños caramelos. Los bombardeados no siempre se conformaban con ser víctimas e intentaban devolver los disparos estableciéndose un fuego cruzado al menor descuido de los acomodadores.

En la antesala de general estaba situada la barra del antiguo salón de baile, ahora reconvertida en expendeduría de chucherías y refrescos para entretener la película.

---

71 Eran las películas «de espada y sandalia» o «péplum», término que proviene de la palabra griega peplo, que designaba la túnica femenina usada en Grecia.

Junto con las películas «de romanos» los «spaghetti western» eran un clásico en la sesión clasificada «para todos los públicos». Desde el desierto de Tabernas<sup>72</sup> nos transportábamos al lejano Oeste americano con sus poblados de madera y el saloon como referencia de sus calles polvorientas; los pistoleros vestidos con chaparreras de cuero, sombrero manchado de sudor, barba de dos días y tintineantes espuelas.

Los duelos al sol en muchas ocasiones beneficiaban al malo quien haciendo uso de su mayor experiencia se situaba en la posición que dejaba el sol a su espalda, deslumbrando irremediamente a su cándido oponente. Solamente los enormes reflejos «del bueno» y su probada capacidad para rodar por el suelo al tiempo que apretaba el gatillo, disparando a ciegas con mortal puntería, lo salvaban de tan incómoda y comprometida situación.

Nunca faltaba el vaquero armado con un Winchester que previamente al duelo final y escondido en la terraza de una de las casas trataba de matar cobardemente al protagonista. Descubierto a tiempo por un inoportuno reflejo del cañón de su rifle y alcanzado por las balas del colt 49 desenfundado justo a tiempo, protagonizaba una teatral caída arrastrando consigo toda la balastrada de madera.

El cine de arriba quedaba un poco a desmano, en palabras de la gente adulta —aunque estaba situado a escasos metros del centro del pueblo—, por eso se había especializado en la sesión de infantil y en películas más populares sin renunciar a «los estrenos» y las grandes superproducciones de Hollywood para tentar al público más reticente a subir la cuesta.

Entre esos estrenos, uno, seguramente pasó desapercibido para la mayor parte de la gente —la sala presentaba menos de media entrada—, pero fue un gran espectáculo para los que tuvimos la suerte de vivir aquella sesión.

El grupo de rock The Band<sup>73</sup> puso fin a su andadura con un memorable concierto dado el Día de Gracias de 1976 en San Francisco.

---

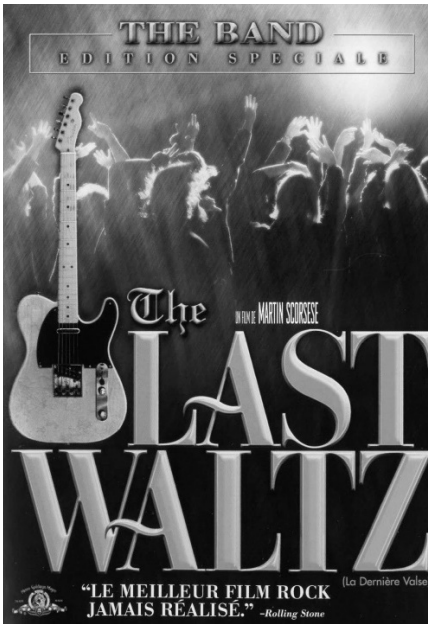
72 El desierto de Tabernas (Almería) fue durante años un gigantesco plató natural en el que se rodaron la mayor parte de los spaghetti western

73 The Band fue una banda canadiense de rock muy popular entre 1968 y 1976. Colaboró con Bob Dylan en algunos de sus álbumes y giras. En 2004, la revista musical Rolling Stone situó a The Band en el puesto cincuenta de la lista de los cien mejores artistas de todos los tiempos.

Martin Scorsese filmó el concierto e hizo una película a la que tituló *El Último Vals* (*The Last Waltz*, 1978) ... y años después el último vals llegó al cine de arriba congregando a todos los roqueros y aficionados de la zona en una luminosa tarde de verano.

La cosa empezó prometiendo desde el primer fotograma en el que se recomendaba: «*This film should be played loud*»<sup>74</sup>, así que desde la primera canción la música empezó entusiasmando al entregado público que seguía el ritmo con los brazos levantados, tocaba palmas y se estremecía con los punteos de la guitarra de Robbie Robertson. Las entrevistas entremezcladas con las actuaciones servían para calmar a la parroquia, pero la temperatura de la sala iba subiendo y cada vez estaban más claras las preferencias:

—¡Queremos al Dylan!



En determinado momento la situación se desbordó y el público abandonó las butacas para salir a bailar al pasillo. Los acomodadores superados por la situación se situaron al fondo de la sala confiando en que la menguada asistencia, la suerte y el sentido común —si es que había alguno— terminarían aliándose para que aquello acabara bien.

Lo cierto es que fue una de las sesiones de cine más memorables que recuerdo, con la sala de proyección convertida en una prolongación de la pantalla.

—Y... con todos ustedes...

¡Neil Diamond!

—¡No, no, no! ¡Diamond, no!... ¡Fuera el gitano señorito; ¡queremos al Dylan!

---

74 «Esta película debe verse a todo volumen»

Cuando Bob Dylan salió por fin al escenario la tensión subió varios enteros, la música se convirtió en religión y los espectadores en sus fieles... empezó un verdadero delirio, una entrega incondicional al ídolo encarnado en la luz recogida en la pantalla. Cada canción se coreaba, cada gesto se imitaba y en el patio de butacas nadie permanecía ya en su sitio. Hasta los más reticentes, contagiados por aquella explosión de emociones, movían comedidamente sus cabezas acompasándolas al ritmo de la guitarra de Dylan.

A la salida todo el mundo tenía una sonrisa en los ojos. La sala se fue quedando vacía lentamente; había que intentar retener una tarde que ya pertenecía al territorio inmaterial de los recuerdos. Los acomodadores franquearon el paso al feliz y excitado público sosteniendo las cortinas en un gesto que podía ser interpretado como un signo de complicidad. Aquella sesión en el cine de arriba, una tarde de verano, con media entrada y renunciando al sol exterior, había sido algo que solo se vive una vez, algo irrepetible.

El Teatro Moderno, situado en la parte baja del pueblo, mucho más céntrico, se conocía popularmente como «el cine de abajo»<sup>75</sup> —o «el cine de Paco», su propietario—. Más reciente que el cine de Aurelio sus butacas eran de escay<sup>76</sup> color rojo oscuro, más confortables y con un diseño más moderno. También disponía de tribuna de general y un amplio recibidor. Ahí, a la entrada, y en el sitio que debería de haber estado el guardarropa, se había situado un pequeño bar para aprovisionarse de golosinas y bebidas.

La Flor de Julio era el refresco estrella, barata, de naranja, y envasada en una botella de cristal achaparrada, estaba exquisita combinada con los cacahuets de Arias.

Curiosamente la acomodadora también era una mujer, Ramonina, que al igual que Lola, la acomodadora del cine de Aurelio, intentaba mantener a raya a la chiquillería a base de patrullar continuamente arriba y abajo en las sesiones de infantil y enfocar con su linterna para dejar en evidencia a los más revoltosos.

---

75 Cerró en 1988

76 Skay, polipiel o «piel sintética», plástico muy popular en los sesenta

El cine de abajo estaba situado al lado del Café de Ángel y sus grandes puertas acristaladas dejaban ver el gran ambiente que había en su vestíbulo antes de comenzar la película y cuando en el intermedio se salía a fumar y a recargar chucherías.

En alguna ocasión mis padres me llevaban a la sesión de las ocho de la tarde a ver alguna película apta para todos los públicos. Por lo general no quedaba ni un asiento libre, lo que en tiempos en los que el aire acondicionado era un futuro por explorar, significaba que al cabo de una hora de proyección la temperatura interior se acercaba bastante al nivel máximo tolerable y la diferencia térmica con un exterior de otoño era considerable, de ahí que a la salida uno de los mayores placeres sería sentir el frescor del aire en la cara, refrescar de tanto sudor, pero... se ha escrito el verbo en condicional porque sentir el frío en la cara, era un placer vedado. Mi madre ponía el mayor esmero del mundo en vestirme al completo antes de salir, jersey de lana, trenka abrochada y como final me encasquetaba, victoriosa, un verdugo de pura lana que solo dejaba al descubierto mis ojos.

—¡Ponte el verduguín que eres muy anginoso!

—¡Es que me pica!

Protesta inútil, mi cara colorada y mi ardiente cabeza jamás entraron en contacto con la brisa fresca, una impenetrable pared de lana se levantaba imbatible. El verdugo se convirtió durante mi infancia en un adversario formidable. Jamás he vuelto a ponerme uno.

El cine de abajo quedará siempre asociado a las grandes superproducciones de la Paramount o de la Metro. Por sus pantallas coloreadas por el tecnicolor y ampliadas por el cinemascope, se pasearon Rodrigo Díaz de Vivar —Charton Heston— y Sofía Loren, resucitando a Dña. Jimena en *El Cid*; Deborah Kerr redimiendo al tribuno Marco Vinicio —Robert Taylor— en *Quo Vadis*; Omar Sharif perdido irremediabilmente en la profundidad azul de los ojos de Julie Christie en *Doctor Zhivago* o los blancos ropajes de Peter O'Toole ondeando en el aire abrasador del desierto en *Lawrence de Arabia*.

En el Teatro Moderno también resonó el loco galopar de las cuadrigas romanas en la épica escena de *Ben Hur*.

Antares, Rigel, Altair y Aldebarán, los caballos blancos de raza árabe conducidos con firme dulzura por Judah, contrastaban con los negros corceles de Mesala quien no dudaba en azotarlos de forma inmisericorde o emplear su carro griego para destrozar las ruedas de sus oponentes provocando horribles accidentes. El bueno era muy bueno y el malo, malísimo. El final podía intuirse, pero eso no impidió que cientos de personas contuvieran el aliento o se agarraran con manos crispadas a los brazos de sus butacas en los momentos más inciertos de la carrera, temiendo por la vida de Judah.

La superproducción de la Metro, anunciada como una obra maestra merecedora de once Oscar, no defraudó y fue motivo de conversación durante varios días, contribuyendo a excitar las mentes de los más pequeños que en nuestros juegos nos imaginábamos conduciendo veloces cuadrigas en el circo romano. Varias cuerdas atadas a alguna verja o similar nos trasportaban al mundo de sensaciones vividas en la penumbra del cine, y como Charton Heston —perdón Judah Ben Hur— dábamos resolutivas órdenes a Antares para que galopara más rápido o frenábamos a Aldebarán, mientras mirábamos de reojo los peligrosísimos ejes de las ruedas de un carro de Mesala que solo existía en nuestras cabezas.

En los años del franquismo el cine despertaba recelos. En palabras del padre Ayala<sup>77</sup> *«El cine es la calamidad más grande que ha caído sobre el mundo desde Adán para acá. Más calamidad que el diluvio universal, que la guerra europea, que la guerra mundial y la bomba atómica. El cine acabará con la humanidad»*. Para neutralizar tal amenaza se impuso una doble censura: la gubernamental que suprimía escenas utilizaba el doblaje para evitar expresiones consideradas irreverentes o alteraba directamente el contenido del guion, y la censura eclesiástica que evaluaba la moralidad de las películas y las clasificaba según los criterios establecidos por la Comisión Episcopal de Ortodoxia o Moralidad:

---

77 Ángel Ayala i Alarcó (1867-1960), jesuita y fundador de la Asociación Católica de Propagandistas y otras obras apostólicas.

<b>1</b>	Todos los públicos, incluidos niños
<b>2</b>	Jóvenes de 14 a 17 años
<b>2R</b>	Jóvenes de 18 a 21 años
<b>3</b>	Mayores —de 21 años—
<b>3R</b>	Mayores con reparos. Personas con sólida formación moral
<b>4</b>	Gravemente peligrosa. Rechazable

Las reseñas morales de las películas que se proyectaban se exponían semanalmente en un pequeño tablón protegido por un cristal y situado en la puerta de la iglesia. En letras bien visibles, destacando de las consideraciones que se hacían en un breve texto, sobresalía la calificación moral. Curiosamente una clasificación 3R aumentaba el interés por la cinta varios enteros. El placer de lo prohibido actuaba sobre los posibles espectadores produciendo el mismo efecto que la miel ejerce sobre las moscas.

El llamado «cine turístico» era un extraño híbrido entre el cine clásico y la propaganda de las excelencias de la España de entonces como destino turístico.

Por el verano y en una explanada situada en el muelle, se levantaba una gran pantalla y se colocaban sillas plegables de madera formando filas partidas por un pasillo central. Un muro cerraba el recinto hacia el este protegiendo de los vientos procedentes de la mar. Era agradable sentarse en las noches cálidas de verano en aquellas sillas y contemplar las películas promocionales de nuestra geografía. Lógicamente predominaba la oferta mediterránea de sol y playa y eran recibidos con especial alborozo los raros cortos que mostraban localidades asturianas.

Durante algunos veranos el cine turístico sirvió como acicate para disfrutar de las noches de verano, sirviendo de punto de encuentro a partir del cual muchas veces —sobre todo los fines de semana— la noche se prolongaba comentando las preferencias de cada uno y soñando con vacaciones en playas de abrasadora arena en el sur de España. No



dejaba de ser una esperanza lejana, las vacaciones eran entonces privilegio de unos pocos. Los turistas que veíamos tendidos en las hamacas del sur tenían la piel de un blanco casi lechoso y hablaban inglés o alemán. Los españoles, normalmente, servían los refrescos o tocaban las palmas en tablaos llenos de humo.

El cine fue durante muchos años la única posibilidad de contemplar imágenes en una pantalla, pero, casi en silencio, otro mundo empezaba a nacer.

El 28 de octubre de 1956 solo unos pocos privilegiados, residentes en Madrid, pudieron oír al entonces ministro de Información y Turismo, Gabriel Arias Salgado, pronunciar las primeras palabras retransmitidas por una televisión recién nacida:

*«Hoy, día 28 de octubre, domingo, día de Cristo Rey, a quien ha sido dado todo poder en los Cielos y en la Tierra, se inauguran los nuevos equipos y estudios de la Televisión Española».*

Se calculaba que por esa fecha habría unos seiscientos televisores en España y las emisiones desde el Paseo de La Habana solo eran visibles en algunos puntos de Madrid. En 1970 el número de televisores se estimó en cuatro millones, lo que suponía que en un cuarenta por ciento de los hogares el televisor ya era uno más de la familia.

Marcas como Vanguard, Philips, Telefunquen o Westinghouse empezaron a formar parte de nuestras vidas. Aquellos aparatos de cristal abombado con los botones de volumen, tono, brillo y contraste en el lado derecho y con dos únicas posibilidades de sintonización: VHF (TVE 1) o UHF (TVE 2), tras unos minutos de calentamiento se iluminaban y empezaban a contar noticias en blanco y negro o a transmitir corridas de toros desde La Maestranza de Sevilla. La televisión había llegado para quedarse.

Al principio se hizo de rogar, durante la mayor parte del día si pulsabas el interruptor de encendido el aparato te devolvía una pantalla chisporroteante de puntos blancos y negros, la emisión aún no había comenzado. TVE 1 empezaba a emitir a las dos de la tarde y la dos (UHF) a partir de las ocho de la noche, siempre precedidas por unos minutos de carta de ajuste. A las doce de la noche la programación finalizaba.

Eran los tiempos de corresponsales legendarios: Ángel Roselló desde París, Pedro Wender desde Berlín, Jesús Hermida desde Nueva York, Ana Isabel Cano, la única mujer, desde Viena o Federico Volpini desde Bruselas. Tiempos en los que para cambiar de canal o bajar el volumen había que levantarse del sofá de skay para hacerlo desde el escueto panel de mandos situado en el lateral del receptor. El mando a distancia estaba por inventar, todavía era algo inimaginable.

Aunque el televisor era ya un capricho accesible para muchos, más de la mitad de los españoles aún no tenía uno propio, por eso era muy frecuente ir a casa de familiares o amigos para ver algunos programas o que los vecinos se reunieran para compartir la retransmisión de algún acontecimiento. Entre la gente existía un espíritu de comunidad que se iría perdiendo cuando el acceso a los mundos virtuales se fue generalizando. Los televisores abrieron los hogares españoles a la actualidad más lejana y cerraron las puertas de las viviendas más próximas.

Cuando llegábamos a casa del instituto o de la escuela —entonces había clase también por la tarde— teníamos el tiempo justo para sentarnos a ver Cesta y Puntos, un original programa en el que, por ejemplo, los Padres Escolapios de Santander competían contra las Escuelas Pías de Castellón, lo que hacía entendible que fueran capaces de contestar sin grandes dudas cuando se les preguntaba qué era el traducianismo.

—*«Es la doctrina que afirma que el alma de cada persona es resultado del acto de la generación, al igual que el cuerpo, y que deriva del alma del padre o de los padres.»*

Pero lo más emocionante eran los episodios de Viaje al fondo del mar con Richard Basehart como el Almirante Nelson, David Hedison como el Capitán Crane y Del Monroe como Kowalski, todo ellos tripulación del submarino Seaview, el Sibiú para nosotros.

¿Quién era capaz de terminarse el bocadillo ante la tensión claustrofóbica de los episodios del Sibiú? Calamares gigantes, cargas de profundidad y mil peligros acechaban en las profundidades al modernísimo submarino, mil veces amenazado por la falta de oxígeno y violentamente zarandeado mientras sus paneles analógicos, llenos de botones luminosos y agujas que se desviaban hasta el fondo de la escala, reven-

taban con pequeñas explosiones que emitían brillantes chispas y densas columnas de humo.

El almirante Nelson era capaz de mantener la suficiente sangre fría para dar las órdenes adecuadas con las que resolver cualquier situación y el capitán Crane, sosteniendo con su mano derecha el intercomunicador para transmitir instrucciones rápidas a todo el submarino, podía permanecer erguido a pesar de los violentos balances de la nave, sujetándose con su mano derecha a la mesa central repleta de cartas náuticas mientras la tripulación, entre la que destacaba el cabo Kowalski, era capaz de taponar cualquier grieta abierta en la sala de torpedos con el agua hasta la cintura y una rapidez y destreza admirables.

En la segunda mitad de los años sesenta el profesor Luis Miratvilles era otra de las personas capaces de mantenernos pegados a la pantalla en las tardes de pan con chocolate Plin. Su hermosa y enigmática voz daba vida a un programa de divulgación científica que se abría con una frase que era toda una declaración de intenciones: «*Saber es útil, soñar es necesario*». Misterios al descubierto era un recorrido por las vanguardias de la ciencia y una ventana abierta a la imaginación desbordante y desbordada del profesor, capaz de reflexiones premonitorias:

—»*Se calcula que para dentro de veinte años —esto se dice en 1969— se dispondrá de una terminal universal de comunicaciones —teléfono, escritura, radio, teletipo, televisión, etc.— en una sola unidad, utilizable tanto en el hogar como en la oficina, tanto por el técnico como por el niño de corta edad*»<sup>78</sup>

La profecía se parece mucho al mundo actual donde el teléfono móvil es el gran protagonista de las comunicaciones.

Por la noche Chicho Ibáñez Serrador nos aterrizzaba e intrigaba con sus Historias para no dormir. El blanco y negro de la época añadía oscuridad, intensidad y tensión a las sorprendentes historias que desvelaron a muchos españoles, pendientes de cómo un infortunado

---

78 Leído en el blog Reportaje desde 2056, de Ángel Díaz—Miguel. (<https://reportaje2056.blogspot.com/2013/07/visado—para—el—futuro—en—recuerdo—del.html>)

viandante podría liberarse del pegajoso asfalto que lo retenía prisionero en la calzada en un caluroso día de verano<sup>79</sup>

En la trastienda de la ferretería, donde vivíamos, aún no teníamos televisor, así que de vez en cuando subíamos al primer piso de la vivienda, a casa de mi abuela Enriqueta, para ver las Historias para no dormir.

La bajada en plena noche por unas escaleras de madera que crujían a cada paso y la entrada en la tienda, sumida en la oscuridad y con mil sombras largas y extrañas, prolongaba durante minutos eternos el sentimiento de miedo que Chicho había creado a cientos de kilómetros y que la televisión transportaba gracias a las ondas hertzianas a cada casa. El desasosiego solo se terminaba cuando a salvo, en tu cama, el bendito sueño llegaba y cortaba amarras con el mundo tangible.

---

79 El asfalto (1969). Historias para no dormir.

## 10. La escuela

Los pupitres eran dobles, de un color gris indefinido y con mil rayaduras negras. En la parte superior había una acanaladura para depositar los lápices y bolígrafos y en el lado derecho un agujero circular que después supe que servía en otros tiempos, para alojar el tintero. Los asientos, plegables, giraban sobre un eje metálico y cuando los levantabas chillaban, rematando su lamento con un golpe sordo contra el respaldo de madera. Siempre asociaré el repiqueteo breve e intenso, sin orden, de los asientos al ser levantados a la vez con el final de las clases en primaria.

Aquel día de septiembre mi madre me cogió de la mano y me llevó por primera vez a la escuela. Atravesamos la puerta de entrada al recinto y giramos a la derecha. El aula estaba enfrente de unas escaleras de pocos peldaños que conducían a los servicios situados en un nivel más bajo. Nos detuvimos frente a una puerta de dos hojas pintada en color gris claro y con un folio clavado con cuatro chinchetas en el que se podía leer: «1º»;

Un sonido de voces mezcladas brotaba del interior. Mi madre golpeó la madera con los nudillos.

—¡Callaos! Tenemos visita. A ver si os portáis bien —. La voz de un adulto se sobrepuso al rumor confuso de fondo e instantáneamente se hizo el silencio.

La manilla marrón, de baquelita, giró y en el dintel apareció la figura alta, delgada y sonriente de D. Jenaro. Tras él, con la cabeza girada hacia la puerta, parejas de niños con los antebrazos apoyados en el pupitre miraban interesados a los recién llegados. La primera impresión del aula era de una claridad casi cegadora. La pared orientada al este estaba ocu-

pada en casi su totalidad por un amplio ventanal dividido por marcos de madera necesitados de una capa de pintura. En algunos tramos la masilla que fijaba los vidrios había saltado dejando al descubierto los finos clavos que los mantenían en su sitio. Un par de cristales estaban rotos, fisurados en la esquina inferior. Al fondo, colgadas de la pared, unas tablas con perchas metálicas atornilladas sostenían los abrigos y chaquetas de los alumnos.

—¡Buenos días!, nos saludó D. Jenaro dirigiéndose primero a mi madre, pero desviando rápidamente la mirada hacia mí, para repartir el saludo entre ambos.

—Así que este es Luisín. Pasad, por favor.

Era la primera vez que estaba en un aula, por lo menos en un aula oficial. Antes había asistido a la escuela de Socorro Basilio. Socorro estaba inválida y sus alumnos, colocados en bancos de muy poca altura, nos situábamos en un amplio corro. Ella nos atendía sentada en el suelo, arrastrándose sobre las rodillas. Era admirable ver como aquella mujer hacía frente a su invalidez para que no le impidiera enseñar en la ante-sala de su cocina.

D. Jenaro me mostró mi sitio. De compañero tendría a Ramón, de Santana, a quien ya conocía. Los primeros pasos serían más seguros con Ramón de guía.

Al poco tiempo mi madre abandonó el aula saludándome con una sonrisa y agitando la mano un par de veces. D. Jenaro se acercó y me pasó la suya suavemente por la cabeza.

—¡Bienvenido! Ya verás cómo te gusta la escuela.

Ramón me miró y sonrió. Recuperando la rutina el maestro se alejaba hacia el fondo del aula retomando el discurso donde lo había dejado:

—Bueno, como estábamos viendo, España limita al norte con el mar Cantábrico y los montes Pirineos que nos separan de Francia...

El mar Cantábrico nos resultaba familiar y nos sentíamos halagados por la mención hecha en la Enciclopedia. Los montes Pirineos eran, al parecer, aquella zona más oscura que el mapa físico colgado en la pared, dibujaba en la estrecha franja de tierra situada en la parte

superior, y sobre la cual se podía leer escrito en letras mayúsculas: «FRANCIA».

Las Escuelas Nacionales se ubicaban en un edificio de dos plantas rodeado de los patios de recreo<sup>80</sup>. La planta baja se destinaba a los niños y el primer piso a las niñas.

Existían cuatro aulas, una por cada uno de los cuatro grados que habían de ser cursados para terminar la educación primaria. Las clases, de lunes a sábado, se impartían en horario de mañana y tarde —los sábados solo por la mañana— y existía la opción de «quedarse a permanencia», una hora extra de clase que había que pagar mensualmente.

Tras terminar el curso de acogida, primero, el siguiente peldaño estaba un poco más allá, en el aula de segundo atendida por D. Adolfo, cuya misión era asentar y aumentar los conocimientos adquiridos. Tácitamente todo el mundo consideraba dividida la primaria en dos ciclos: los dos primeros cursos para adquirir los conocimientos instrumentales básicos y los dos últimos considerados un nivel más avanzado. El último curso, cuarto, representaba para muchos el fin de la primaria y para el resto la transición al instituto —con diez años— que estaba precedida por el temido examen de ingreso para el cual había que prepararse concienzudamente.

Usábamos libretas de dos rayas para escribir y la enciclopedia de Álvarez<sup>81</sup> como único libro de texto. Intuitiva, sintética y práctica, como se publicitaba y definía, contenía lecciones de Historia Sagrada, Lengua, Aritmética, Geometría, Geografía, Historia de España, Ciencias Naturales, Formación Político Social —diferenciada para niños y niñas—, Formación Familiar y Social, Higiene y Circulación. En ella millones de españoles descubrieron, entre otras cosas, la poesía de Samaniego, que siempre ocultaba una sutil moraleja:

---

80 Hoy día el edificio acoge el Museo Marítimo de Asturias.

81 Antonio Álvarez Pérez (1921-2003) fue el autor de la enciclopedia que se usaba como libro de texto en la mayoría de las escuelas de la época. Se calcula que más de ocho millones de españoles aprendieron con ella. Se editaron más de veintidós millones de ejemplares.

*A una serpiente que de frío yerta  
en el suelo yacía medio muerta  
un labrador cogió, más fue tan bueno,  
que incautamente la abrigó en su seno.  
Apenas revivió cuando la ingrata  
a su bienhechor traidora mata.*

O la misteriosa tierra de procedencia de Viriato y su triste destino:

*«Viriato fue un pastor lusitano<sup>82</sup> que se rebeló contra los romanos. Fue traicionado por tres de sus capitanes: Ditalco, Audax y Minuro».*

¿De dónde era Viriato?

La Enciclopedia estaba pensada para aprender cosas de memoria siguiendo el lema del autor: *«Solo se sabe lo que se recuerda».*

Con el fuerte contenido ideológico propio de la época, sus textos, ilustraciones, olor y tacto están ligados para varias generaciones a las escuelas de la época y a los primeros conocimientos adquiridos.

Leyendo la enciclopedia, concentrándote en los dictados —tres faltas, máximo—, recitando las provincias de Castilla La Vieja: León, Zamora, Salamanca, Valladolid y Palencia, o intentando retener la pregunta del catecismo *¿Qué es la comunión de los santos?*, considerada la más larga y difícil de memorizar, iban pasando los días. Solo de vez en cuando se rompía la rutina escolar, como cuando en el aula de D. Avelino —tercer grado— apareció un señor, que por lo visto era fotógrafo, con la intención de hacernos una foto a cada uno que serviría como *«entrañable recuerdo de vuestro paso por las aulas».*

Hacerse una fotografía entonces, era algo bastante inusual. Entre el posado y la recepción física del resultado pasaban varios días y, además, se tenía cierto sentimiento de responsabilidad histórica, aquella imagen tuya, misteriosamente transferida a un papel, serías tú en el futuro. Por tus escasas fotografías te identificarían años más tarde.

En las fotos comerciales, como la que nos ocupa, el fotógrafo se esforzaba aún más, pues del buen resultado final dependía que tus padres se

---

82 La palabra «lusitano» era desconocida para la mayoría, incluso muchos de nosotros la sustituíamos por *luisitano*, dando al portugués un origen imposible.



quedasen con la foto o no, por eso se procuraba elegir un lugar bien iluminado y con cierta dignidad: la mesa del maestro, por ejemplo; se decoraba con un jarrón con flores artificiales y se sugería al fotografiado que simulara la realización del cotidiano trabajo escolar al tiempo que miraba fijamente al frente y sin moverse — que era lo más difícil— durante unos instantes.

—¡Ahora... quieto, quieto, quieto!... ya está. ¡El siguiente!

No deja de ser un misterio cómo una emulsión de puntos de plata ennegrecidos al recibir la luz puede recoger la limpieza de la mirada de un niño, un momento de su vida, reteniendo para siempre aquel instante de una mañana de otoño que permaneciste quieto y mirando al frente apoyado sobre la enciclopedia de Álvarez.



*El autor en tercer grado.*

En una escuela no solo se aprende en las aulas, el patio de recreo está también ligado a un montón de experiencias nuevas, de aprendizajes valiosos y útiles y a recuerdos imborrables. El nuestro abrazaba el edificio completamente como un anillo de seguridad, pero la separación entre niños y niñas obligaba a partirlo en dos con una barrera vegetal, así que cada uno de ellos rodeaba la mitad justa del edificio de planta rectangular que albergaba la escuela.

En varios lugares había unas aberturas de poco más de medio metro de altura, situadas entre el piso de la primera planta y el terreno en el que se asentaba el edificio, por las que era posible acceder a un espacio que en algunas zonas se dedicaba a almacén de muebles viejos. El suelo era de tierra, estaba húmedo y sucio y la oscuridad era casi total, por lo que entrar por una de las entradas y salir por otra caminando en cuclillas, bajo el suelo de las aulas, se convertía en una intimidante aventura. Te guiabas únicamente por los rectángulos de claridad que a medida que te aproximabas a tientes en la densa negrura iban haciéndose más grandes. A veces leves ruidos procedentes de las zonas más apartadas, probablemente nunca hoyadas, revelaban que no estábamos solos, pares de ojos situados a ras de tierra vigilaban las idas y venidas de los pequeños humanos que invadían su mundo subterráneo.

En el patio el juego que se practicaba cada día era el fútbol y la zona dedicada a campo ocupaba gran parte de la superficie disponible. Además del deporte nacional que se adaptaba a cualquier estación, situación meteorológica o moda, había juegos estacionales que iban y venían sin conocerse muy bien los resortes que los resucitaban cada año y las condiciones que los hacían salir de su letargo anual. Durante un tiempo tenían un protagonismo casi total y, repentinamente, sin razón aparente, eran sustituidos por otros que ocupaban su sitio hasta que terminaban devorados por la próxima oleada que surgía con la fuerza de un tsunami.

—¿Jugamos a «la una pica la mula»<sup>83</sup>?

—Vale, sorteamos quien «apota».<sup>84</sup>

Todo consistía en saltar la mula —uno de nosotros doblado por la cintura, con la cabeza gacha y los codos apoyados en las rodillas— respetando unas normas básicas: no tocarla más de lo imprescindible con las piernas o no caerse al saltar. Además, era fundamental saberse de memoria y recitar la letanía que marcaba el devenir del juego:

---

83 También llamado «pídola».

84 Se conserva la palabra asturiana para designar quien haría de mula. Debía permanecer agachado con los antebrazos sobre los muslos y la cabeza recogida. Los demás saltaban sobre él.

—A la una... pica la mula.

Se saltaba a la mula apoyando ambas manos en su espalda cuidando de no golpear con la pierna su cabeza al tiempo que se le propinaba una patada en el culo con la otra pierna a la vez que se saltaba.

—A las dos... una gran coz.

Esta vez no se saltaba, solo había que darle una nueva patada a la vilipendiada mula que aguantaba estoicamente el nuevo castigo en sus posaderas. La fuerza de la coz dependía del grado de simpatía o animadversión que tuvieran cocero y cocero, aunque la posibilidad de una venganza cuando se cambiaran los papeles templaba los ánimos y refrenaba la agresividad de los impulsos.

—A las tres, tres saltitos me daré que son: Juan, y se daba un pequeño salto con los pies juntos; Pepito, segundo salto idéntico; y el que salta, Andrés. Había que medir muy bien las distancias pues desde donde estabas, sin carrera, partiendo del reposo, había que efectuar el salto y si te quedabas muy lejos o te acercabas en exceso, la lejanía o la proximidad excesiva podían hacerlo imposible.

—A las cuatro....

Una versión ampliada y bastante más brutal de este tipo de juegos era «la pavana»<sup>85</sup>, en la que situados varios en la posición de mula, uno a continuación de otro, se formaba una larga cadena sobre la que saltaba el equipo contrario siguiendo un turno establecido, no exento de estudio estratégico.

Debían de saltar todos los integrantes del equipo, no podía caerse nadie y estaba penalizado el introducir las piernas en el hueco que quedaba debajo de los que soportaban el peso. El cometer una de estas infracciones implicaba cambiar la posición pasando de ser soportado a soportar sobre tu espalda el peso y los impactos.

El que saltaba primero debía de hacerlo muy adelante para que el resto del equipo cupiera. Una táctica muy cruel consistía en saltar varios sobre el último de los que permanecían agachados provocando que se derrumbara al no poder soportar tanto peso. Una zona especialmente

---

85 También «churro» o «mediamanga»

vulnerable era el cuello. Si alguien lograba caer ahí — estaba prohibido rectificar la posición tras el aterrizaje —era complicado aguantar durante mucho tiempo.

Una vez que el equipo estaba al completo sobre la pavana el líder lanzaba la pregunta convenida:

—¿Cuchillo, tijera u ojo de buey?



Cuchillo Tijera Ojo de buey

Al tiempo que hacía con sus dedos el gesto convenido para una de las alternativas. La opción elegida debía ser visible para «la madre», nombre con el que se denominaba al individuo sobre el que se montaba la pavana, que permanecía apoyado en la pared y que hacía las veces de árbitro al no pertenecer a ninguno de los dos equipos en liza. Si los que estaban de mulas acertaban, se intercambiaban los papeles si no, solo quedaba prepararse para otro salto y confiar en que la espalda aguantase la repetición de los inmisericordes golpazos.

Cuando llegaba la época de la peonza y la hacíamos zumbar no teníamos conciencia de que probablemente repetíamos en esencia el juego más antiguo del que se tenga memoria, pues ya Virgilio lo menciona en La Eneida en versos escritos el siglo I antes de Cristo:

«Como la peonza gira impulsada por la cuerda retorcida...»

Las recién compradas no eran aptas para la batalla, venían con una punta redondeada para evitar accidentes, demasiada inocencia. El primer arreglo consistía en reemplazarla por un «clavo de fragua» que se fabricaba afilando una punta de hierro. Además, se les cortaba el cilin-

dro de madera que traían en la parte superior porque «así gira mejor», razonábamos.

La posterior decoración era todo un reto y el éxito dependía de la competencia artística del dueño.

En la clase de ciencias nos habían comentado que la luz blanca estaba compuesta de varios colores y que Newton lo había demostrado reproduciendo justamente el proceso inverso: hizo girar un círculo dividido en segmentos pintados con cada uno de los colores del arco iris y, al mezclarse, dieron como resultado el color blanco. Pensé que eso podía aplicable a las peonzas, que también giran, así que segmenté la parte superior en siete partes iguales y las coloreé pacientemente del rojo al violeta. Efectivamente, al girar la peonza, los colores desaparecían fusionándose y, aunque no daban el blanco esperado, sino un crema claro, el efecto era magnífico.

La vuelta del recreo a las aulas era tumultuosa. De repente, muy pocos minutos antes del final del espacio de ocio, siempre corto, todos nos dábamos cuenta de que la garganta ardía y nuestro organismo necesitaba agua de manera urgente. Era una necesidad que se había ido aplazando hasta el extremo para no perder los preciosos minutos de patio, pero que ya no se podía demorar por más tiempo. El problema era que en los servicios solo había un grifo con agua corriente, por lo que se formaban largas colas de escolares sedientos que urgían a beber rápido consumidos por la necesidad de hidratación inmediata y angustiados por la falta de tiempo. El grifo, de latón, había perdido hacía mucho tiempo su esplendor dorado, excepto en la parte final del tubo que suministra el agua. Allí aparecía brillante y bruñido por el diario contacto con labios resecos, a pesar de que en las reglas no escritas de los escolares se establecía la estricta prohibición de mantener contacto labial con el metal, pero la sed era grande y el tiempo para beber corto, así que bloquear la salida del líquido pegando los labios al latón para que no se perdiera ni una gota era mucho más efectivo que acercar delicadamente tu boca, tanteando, para que sin tener contacto con el metal, la vena líquida, difícil de controlar, mojase tus labios. Eso sí, lo educado era «limpiar» la zona rápidamente con la mano y con un poco de agua al final del trago, reconociendo la necesidad de mantener la higiene necesaria antes de dar acceso al siguiente de la cola.

Un buen día una extraña noticia recorrió como un chispazo la escuela protagonizando las conversaciones en todos los corrillos: nos iban a vacunar contra la tuberculosis<sup>86</sup>.

—¿Duele mucho? Era la pregunta más repetida y la principal preocupación de la mayoría.

Puestos en fila tuvimos que subir ordenadamente al piso de arriba, a la escuela de las niñas, lo cual, de por sí, ya constituía una importante novedad. Allí, entre los maestros y alguna persona ajena a la escuela, que suponíamos formaba parte del equipo de vacunación, iban instruyéndonos, regulando la fila y pidiendo a los primeros que pasaran a un aula para ser vacunados. A medida que te aproximabas a la cabeza no podías evitar echar un vistazo a los que salían con la manga remangada, desandando el camino y sosteniendo un algodón empapado en alcohol que mantenían pegado a la parte superior de su brazo. Algunos mostraban un rictus de dolor insoportable, mientras que otros, más valientes, exhibían su resistencia al sufrimiento:

—¡Bah!, no duele nada.

Lo preocupante eran aquellas noticias que recorrían la fila como ondas en una cuerda tensa:

—Pues Manolín se desmayó. Se puso pálido como un difunto y perdió el conocimiento.

Llegado mi turno, confiando en no ser otro Manolín y desviando la mirada por si acaso, ofrecí mi brazo izquierdo desnudo, sentí el suave frotar de un algodón húmedo y a continuación el frío del alcohol al evaporarse sobre mi piel. Una especie de débil picotazo anunció la entrada de la aguja atravesando la epidermis y pocos segundos después una nueva frota con alcohol anunciaba el final del proceso.

—¡Listo!

---

86 La vacuna contra la tuberculosis (BCG= Bacilo de Calmette-Guérin) fue desarrollada por Albert Calmette y Camille Guérin. Las investigaciones para conseguir un bacilo atenuado que provocara la respuesta inmune, pero no la enfermedad, duraron trece años.

Orgullosa de mi mismo abandoné la habitación con la carga de bacilos atenuados debajo de mi piel. Los días siguientes había que vigilar la marca circular y un poco abultada en su centro, como un cráter lunar, que la vacuna te dejaba, por si aparecía una inflamación anormal.

Los que esperaban afuera cruzaron su mirada interrogante con la mía, moví la cabeza negando, ahuequé la boca y, muy bajo, exagerando los movimientos de mis labios para que pudieran ser leídos sin problemas, resumí mi experiencia:

—No duele.

Entre subir y bajar, regresar a clase y comparar nuestras vacunas compitiendo abiertamente por cuál de ellas estaba más inflamada, D. Avelino decidió dar por cumplida la jornada y dedicar lo que quedaba de ella a leer y comentar algunas de las poesías que la enciclopedia ofrecía. Probablemente fuera por la emoción de la jornada y la necesidad de liberar la tensión, pero mis ojos se humedecieron cuando alguien situado dos filas delante, con un silabeo aún perceptible, leyó:

Yo vi sobre un tomillo  
quejarse un pajarillo,  
viendo su nido amado,  
de quien era caudillo,  
por un labrador robado<sup>87</sup>



En las mañanas de invierno era agradable llegar a la escuela y entrar en la clase de D. Eugenio, en cuarto grado. Se percibía una temperatura muy agradable gracias a una estufa de hierro fundido que había en el centro del aula. De ella salía un tubo de casi una cuarta de diámetro que llevaba los humos al exterior. La estufa se alimentaba con leña y serrín y había que tener cuidado de no tocar sus partes metálicas para no quemarte cuando estaba encendida. Con el tiempo llegó a ser un habitante

---

87 La enciclopedia Álvarez atribuía el poema, incorrectamente, a Hartzenbuch. En realidad, son los cuatro primeros versos de la Cantinela de un pajarillo de Esteban Manuel de Villegas.

más del aula cuya presencia contribuía a hacer más cálidas y agradables las mañanas en las que la lluvia golpeaba en las grandes cristaleras.

Cuando llegaba el buen tiempo se acababa también la vida de la estufa y sin previo aviso, una mañana, te encontrabas con su ausencia y el agujero circular que había en la parte superior de la ventana para dar salida al tubo, cegado con un cartón que permanecería allí hasta el próximo invierno.

Todas las aulas estaban conectadas por un amplio pasillo en el que había dos bancos de obra empotrados en la pared y recubiertos con azulejos rojizos que servían de punto de encuentro o de zona de lectura improvisada de los cómics de la época.

El Capitán Trueno, el más leído, era un cruzado con cota de malla que le cubría por completo manos y piernas, una especie de caballero andante del s. XII con un escudero, Goliath, grande y comilón, apodado «el cascanueces» por su afición a demostrar su descomunal fuerza haciendo entrechocar las cabezas de sus enemigos. El rubio y jovencísimo Crispín, aprendiz de caballero y la belleza nórdica Sigrid de Thule, amor platónico del Capitán Trueno, completaban el conjunto de personajes que luchaban sin desmayo defendiendo la justicia y liberando a los oprimidos.

Los malos siempre lanzaban sonoras carcajadas,

—Ja, ja, ja...

cuando pensaban que el Capitán estaba derrotado, pero este siempre se sacaba de la chistera algún mandoble que daba la vuelta al duelo. Eso sí, una vez victorioso, y apoyando la punta de su espada en la garganta de su malvado adversario, dejaba clara su superioridad moral no dando suelta a sus deseos de venganza sino prometiéndole un trato justo.

El Capitán Trueno llegó a ser tan popular que años más tarde —1978— el grupo madrileño Asfalto compuso y popularizó una canción que en su estribillo resumía el carácter del héroe:

*«Ven Capitán Trueno, haz que gane el bueno  
«Ven Capitán Trueno, haz que gane el bueno  
Ven Capitán Trueno que el mundo estáááá al revés»*



El Jabato era un clon del Capitán Trueno. Con brillante armadura de escamas metálicas, faldita corta y colorada, según la moda romana, grebas protegiéndole las piernas y sandalias de cuero en los pies, luchaba contra los invasores romanos. Taurus, su inseparable compañero, era un remedo de Goliath, vestido de pieles y con bigotes a lo Dalí.

Para completar el trío, Fideo de Mileto, tan delgado como su nombre sugiere, y el más excelso de los poetas, según su propia calificación, acompañaba a la pareja componiendo larguísimos poemas que musicaba con su inseparable lira, martirizando sin piedad los oídos del bueno de Taurus. La parte femenina estaba representada por Claudia, bella patricia romana convertida al cristianismo y enamorada hasta las trancas del Jabato.

Como siempre ocurre había lectores incondicionales del Jabato y admiradores extasiados del Capitán Trueno, lo que originaba largas discusiones sobre los poderes —solo eso, los superpoderes aún no se habían inventado— de cada uno, la osadía de cada cual, la capacidad para resolver situaciones aparentemente irresolubles o, incluso, la belleza de sus enamoradas.

Los ejemplares de ambos pasaban en préstamo de unos a otros y se leían y releían mientras devorábamos la merienda, asombrados de la valentía con que se enfrentaban a las legiones romanas o a cohortes completas de los ejércitos de algún tirano.

D. Eugenio también era el director de las escuelas, tenía fama de serio y su especialidad era la enseñanza de las matemáticas. Además de las clases, después de la permanencia, y en un pequeño cuarto que había entre las aulas de segundo y tercero, daba clases a chicas adolescentes que hacían el bachillerato. Entonces, en Luanco, solo podían acceder a esos estudios los hombres. Las mujeres debían de desplazarse a Avilés, lo cual era hartamente complicado, así que la única alternativa era «estudiar con D. Eugenio» durante el curso y presentarse después en convocatoria libre a los exámenes en un instituto avilesino para certificar sus conocimientos.

Cuando llegaba la primavera, en el mes de mayo y en uno de los bancos del pasillo, muy cerca de ese cuarto, se montaba un altarcito a la Virgen en el que se solían colocar flores. Todas las tardes se salía a

primera hora ordenadamente y se formaban filas paralelas mirando al altar: los de primero los más próximos y, después, una fila tras otra hasta llegar a los de cuarto, los mayores, que tenían el privilegio de formar su fila al fondo, contra la pared, lo que les permitía poder apoyarse en ella. Eran la envidia de los más jóvenes y todos aspirábamos a estar algún día en aquel lugar de privilegio para poder «hacer las flores» apoyados contra la pared del fondo.

Se empezaba con un canto de entrada:

Venid y vamos todos  
con flores a María  
con flores a porfía  
que madre nuestra es...

Es curioso. No he conocido a nadie que supiera el significado de ir con flores «a porfía»<sup>88</sup>, de ahí que en este punto el canto no estuviera suficientemente unificado y algunas veces se oían cosas más bien extrañas alterando el fondo común del himno.

No recuerdo si se llegaba a rezar el rosario, pero la impresión es que el acto se hacía largo. Había que estar de pie en el pasillo sin poder moverte un metro de tu posición, así que cuando llegaba el canto final todo el mundo lo entonaba a pleno pulmón:

Es más pura que el sol,  
más hermosa que  
las perlas que ocultan los mares...

Con las últimas notas resonando en la bóveda del pasillo las filas se ponían en movimiento y comenzaban a deshilacharse perdiendo, uno tras otro, sus elementos que desaparecían engullidos por las puertas abiertas de las aulas.

Minutos después el pasillo quedaba vacío, iluminado por el sol de mayo y con ramilletes de margaritas que empezaban a perder su lozana apariencia, colocados a porfía a los pies de la Virgen que permanecía estática con las palmas juntas a la altura del pecho y la cabeza ligeramente inclinada hacia adelante.

---

88 A porfía, según el DRAE: con emulación y competencia

A la salida de la escuela, sobre todo si había nordeste y pleamar, era obligado acercarse corriendo hasta el muro de La Ribera donde rompían con fuerza las olas salpicando la acera. El desafío era situarse en el muro, aguardar la siguiente ola, esperar al último instante antes de que chocara y tratar de escapar corriendo sin que te alcanzaran las salpicaduras.

Las advertencias de prudencia y las recomendaciones de renunciar al juego eran reiteradas por parte de nuestros maestros, pero se estrellaban contra la inconsciencia infantil que no entendía de peligros; nuestro valor, como el del Capitán Trueno o el Jabato, era infinito y estaba muy próximo a la temeridad.

Los más imprudentes no contentos con la posibilidad de un simple remojón, se aventuraban en la rambla que descendía hasta la playa. Allí la mar entraba en tromba, rompía contra el muro lateral, la barría por completo de lado a lado y, después, se precipitaba en catarata por el lado opuesto. Torear en semejante plaza representaba un riesgo altísimo, pues contra la fuerza del agua solo disponíamos de la teórica ventaja de nuestra rapidez para escapar y la experiencia para predecir la velocidad de la ola que llegaba, de ahí que en cuanto algún adulto presenciaba el peligroso juego inmediatamente intervenía prohibiéndolo y desalojando la rambla. Cuando esto sucedía no había más remedio que recoger las carteras, amontonadas en lugar seguro, y desandar el camino hacia nuestras casas.

Falo<sup>89</sup>, salía del fondo de su carbonería y desde el dintel de su local comentaba con Paulino Vidal que tenía un negocio de bebidas justo enfrente:

—Estos rapacinos no tienen maldito sentido, cualquier día tenemos una desgracia.

—¡Ya lo sé! Lo cierto es que todos lo hicimos. Son críos y no ven el peligro.

Roberto, que tenía su carnicería muy próxima, terciaba en la conversación:

—Como se entere D. Eugenio ¡os mata!

---

89 Diminutivo de Rafael en Asturias.

Al pasar por delante de la farmacia de Mori, Julio, el practicante, fumaba tranquilamente un Ducados apoyado en la puerta. Al ver aquella pandilla agotada de burlar las olas, remojada, con la huella del salitre en el pelo y haciendo frente a un nordeste frío que soplabla inclemente, expulsó tranquilamente un cono de humo de su boca y mirando distraídamente la brasa del cigarrillo comentó:

—No sé ... me parece que dentro de poco voy a tener trabajo. Alguno de estos valientes pescará un buen resfriado.

Cuando te ponías malo, tras la visita del médico, era muy frecuente que Julio apareciera por casa con un maletín de cuero muy usado de donde, siguiendo un protocolo mil veces repetido, sacaba una cajita de acero y la abría con cuidado. En su interior envueltas en gasas estériles, llevaba un par de jeringuillas de cristal de distinto tamaño y un juego de agujas. Entre ruidos metálicos seleccionaba la que iba a usar y a continuación la esterilizaba hirviéndola en agua junto con la aguja. Con una pequeña sierra que venía en la caja del medicamento recetado rallaba cerca de su base el largo cuello de la ampolla de vidrio que contenía el antibiótico, y dándole un hábil golpe con la uña de su meñique, lograba abrirlo; introducía entonces la aguja en su interior y tirando del émbolo con cuidado transfería con habilidad la totalidad del líquido al depósito de la jeringuilla.

—Date la vuelta. No tenses el músculo, relájate...

Mucho antes de ponerte malo, cuando llegabas a casa, tu madre siempre se enteraba de lo que habías estado haciendo; el agua salada, aunque se evapora, deja restos de sal que absorben la humedad del aire impidiendo que el tejido se seque completamente. Era la prueba de cargo que al día siguiente desmontaba las justificaciones del retraso en la llegada a casa.

Todos experimentábamos ese efecto en nuestra propia piel por el verano. Cuando ducharse con agua dulce después del baño en la mar era una excentricidad, la sal depositada al secarte al sol te dejaba una extraña sensación de humedad durante todo el día, aunque la incomodidad se hacía más evidente al caer la tarde.

—Me pica la espalda. Estoy «ensalitrao»<sup>90</sup>

---

90 Lleno de salitre.

## 11. El instituto

El reloj que ocupa la parte central del frontón de la fachada principal del instituto marcaba las nueve menos cuarto<sup>91</sup>. Un poco más abajo, en letras de bronce, podía leerse: INSTITUTO STMO. CRISTO DEL SOCORRO. Impresionaba subir los tres peldaños de piedra gris veteados en blanco y pulidos por los años, hasta llegar a la gran puerta de entrada que da acceso a un amplio recibidor. A la derecha un letrero de letras metálicas, doradas, muy limpias y brillantes, sobrepuestas en un rectángulo de madera barnizada, suministra al visitante una concisa información: «Secretaría». A la izquierda, en el lado derecho de una puerta alta y estrecha, maciza y gris, otro cartel similar: «Sala de profesores». De frente, un pasillo con techo abovedado y perfectamente encalado conduce hasta la claridad de un amplio patio interior con columnas metálicas pintadas en negro que sostienen un tejadillo transparente. El último tramo de pasillo, más oscuro, va repartiendo a ambos lados las puertas de varias aulas. Al final, un portón ancho y macizo conduce directamente al patio de recreo: de tierra y dividido en canchas preparadas para jugar al baloncesto, balonmano o balonvolea.

Había pasado por delante de aquel magnífico edificio cientos de veces, incluso había jugado en sus patios exteriores rodeados de verjas de hierro pintadas de negro brillante, pero nunca había estado en su interior o, al menos, no como ahora. Aquella mañana de octubre entraba por primera vez en el instituto como alumno. La escuela se había quedado atrás y comenzaba una nueva etapa.

Para poder matricularte era preceptivo superar un examen de ingreso, una de cuyas partes consistía en un acto público, con tribunal

---

91 El reloj, del s. XIX, es obra de Basilio Sobrecuevas Miyar, fundador de la fábrica de relojes de Corao (Cangas de Onís).

constituido por profesores del centro, que se celebraba en su salón de actos, atestado de familiares. Los niños, con apenas diez años —nueve en mi caso—, iban subiendo por orden a un estrado donde tras una larga mesa se sentaban los examinadores. Recorriéndola de izquierda a derecha los examinandos debían de ir contestando a las preguntas que les iban formulando con el fin de evaluar sus conocimientos...

Pero eso ya era historia, había sucedido antes del verano, en junio, y ya se había disipado la tensión que en el último curso habíamos vivido. El examen de ingreso, con sus altos niveles de exigencia, había estado omnipresente durante el último curso y había servido de motivación extra para aplicarnos aún más en la asimilación de lo que se estudiaba en el último curso de la escuela. Era necesario aprobar para seguir con los estudios de secundaria y, además, para dejar en buen lugar a nuestros maestros, que también se sentían examinados.



*Fachada actual del IES Cristo del Socorro  
Imagen obtenida en la web del centro.*

Aquellas losas, pulidas y húmedas que cubrían el suelo de los pasillos del edificio central tenían su historia: casi cien años de existencia, un siglo presenciando el ir y venir de generaciones de estudiantes de un municipio costero que gracias al altruismo de D. Mariano<sup>92</sup> habían podido acceder a estudios más allá de la enseñanza primaria.

---

92 D. Mariano Suárez Pola

Entraba yo en lo que entonces se denominaba Instituto Técnico de Enseñanza Media, donde se impartía el Bachillerato Laboral en su modalidad Náutico—pesquera, una mezcla entre lo que hoy sería el Bachillerato y la Formación Profesional, pues se combinaban las asignaturas clásicas: Matemáticas, Lengua Española, Geografía e Historia, Ciencias Naturales, Dibujo o Educación Física con otras de carácter más profesional como Tecnología, Taller —de madera, de metal o de electricidad—, Náutica y Construcción Naval.

Las aulas estaban en el edificio noble, el original construido por D. Mariano, y los talleres, gimnasio y laboratorios se alojaban en otro más moderno, de dos plantas, construido en un solar anexo. Incluso llegó a haber un comedor y un servicio de transporte —conocido como «la guagua»<sup>93</sup>— para facilitar el acceso a los alumnos procedentes de puntos más distantes del concejo.

Para acceder a los talleres era preceptivo llevar un mono azul oscuro. Era signo de distinción y veteranía que las perneras te quedaran cortas y el cuerpo ceñido, no importaba que los pantalones quedasen expuestos, sin protección, o que lo apretado de la prenda dificultara el trabajo. Un mono escaso era signo de antigüedad y experiencia. También era conveniente tener algún desgarrón o manchas de colores indefinidos que contaran historias y hablaran de peripecias vividas, otorgándote de esta manera una invisible autoridad sobre los pipiolos de los primeros cursos con sus monos nuevos e impolutos, amplios, crecederos y con unas perneras demasiado largas descansando, arrugadas, sobre los zapatos embetunados y limpios.

El taller de metal, con los bancos de trabajo pegados a una pared acristalada de arriba abajo y situada al sur, era una especie de cocedero donde el calor del sol se acentuaba por el efecto invernadero —que entonces nadie mencionaba—, también contribuía lo suyo llevar el mono superpuesto a la ropa de calle y la natural energía liberada por el trabajo realizado para limar una pieza metálica cuya cara superior tenía que dejarse perfectamente plana. Para comprobar

---

93 Guagua es el término con el que los cubanos denominan al autobús. Al parecer viene de Wa&Wa, acrónimo de la compañía Washington and Walton Company Incorporated, exportadora de autobuses a la isla. El término llegaría de la mano de los numerosos emigrantes asturianos.

la calidad del limado de vez en cuando se pasaba una regla metálica, colocada de canto, y la luz atrapada en la unión de ambas superficies servía para evidenciar las irregularidades que debían ser rebajadas. Era bastante complicado acertar con el grado de desbaste adecuado: si te pasabas había que igualar el entorno con lo limado en exceso, pero, como por arte de magia, lo que antes era una depresión aparecía ahora más alto, iniciándose un bucle del que era difícil salir. Mientras, comprobabas con horror como a cada intento el grosor de la pieza disminuía sin remedio evidenciando con ello los múltiples intentos para lograr una planitud inalcanzable o, más bien, la escasa habilidad de quien limaba.

El taller de carpintería —o «taller de madera», como lo llamábamos— estaba situado en el primer piso del edificio que albergaba también el de metal. En la parte posterior de las escaleras de subida había unas paredes lisas y muy próximas que rápidamente alguien descubrió que eran aptas para aplicar la técnica que los escaladores utilizan en las chimeneas: apoyar la espalda y las manos en uno de los muros y las piernas en el de enfrente para ejercer una fuerza con ellas que nos permita quedar empotrados e ir ascendiendo lentamente. Inicialmente se fijó el objetivo en alcanzar el primer piso, pero una vez conseguido, escaladores hubo que ante la expectativa general y la irresponsabilidad propia de la edad, llevaron el reto hasta más arriba. Naturalmente nuestros profesores no tardaron en enterarse de aquel peligroso entretenimiento y cortaron la escalada de raíz cuando el tramo situado entre el primer y el segundo piso estaba a punto de ser vencido.

En el taller de madera los bancos estaban situados en el interior del aula, alejados de la acristalada fachada, con lo cual se hacía más llevadero el trabajo físico de cepillar un bloque prismático en bruto, hasta transformarlo en un paralelepípedo perfectamente escuadrado. Era el primer trabajo que debíamos de hacer.





*Instituto de Luanco. Edificio Reina (años sesenta).*

Cuando considerabas alcanzado el objetivo debías de colocar la pieza terminada en la mesa del profesor sobre una lámina en la que se había dibujado —con tinta china y tiralíneas— la pieza acotada con las medidas estipuladas. Tras varias sesiones de intenso cepillado la extremada delgadez del —supuesto— paralelepípedo dejaba bien claro que, además de incumplirse las medidas especificadas, el escuadrado de las caras aún estaba lejos de lo que se pedía y el acto de entrega no representaba más que la rendición ante una tarea imposible.

Lo siguiente era aún más complicado: hacer ensambles a espiga simple o doble, a cola de milano o, incluso, a rayo de Júpiter. Objetivos inalcanzables para quien no había sido capaz de escuadrar la primera pieza, por eso después de intentarlo una y otra vez con resultados desastrosos, tuve que plantearme una estrategia de emergencia: sacaría la madera en bruto escondida en el mono y en el cuarto de la pintura mi padre «me ayudaría» a hacerlo. Aunque el propósito era inicialmente razonable, la inutilidad del hijo para la carpintería obligó al padre a hacer la mayor parte del trabajo, logrando que las colas de milano o el rayo de Júpiter se comportaran como tales y las uniones no se desbarataran con un simple tirón o un ligero golpecito. D. Anselmo, nuestro profesor, incluso me llegó a felicitar por el evidente progreso que había

ido mostrando en el difícil arte de la carpintería. No es que me sintiera orgulloso del fraude, pero entonces ya tenía claro que mis inclinaciones eran otras y no iba a necesitar unir piezas de madera a noventa grados, por tanto, salir del trance era prioritario y las consideraciones morales se aparcaban.

Como es lógico teníamos explorado nuestro instituto hasta el último centímetro. Sabíamos que en el segundo piso del edificio gemelo al que albergaba los talleres había una estancia, aparentemente amplia a juzgar por la puerta de acceso, en la que en un cartel similar a los que situaban la secretaría o la sala de profesores, se podía leer: «Laboratorios». Todos podíamos imaginarnos lo que había detrás, pero nadie lo había visto hasta aquella mañana de otoño en la que nuestra profesora de Física y Química nos anunció:

—Hoy subiremos al laboratorio. Me imagino que ya sabéis dónde está... Subimos en orden y en silencio. ¡En marcha!

Con la alegría de poder estar fuera del aula en horas de clase y provocando la envidia de los que a través de las ventanas de sus aulas nos veían pasar gozando de una libertad regalada, empezamos a subir hacia los laboratorios.

Cuando llegamos y una vez comprobado que la totalidad de la tropa estaba presente, el llavín penetró en la cerradura y tras un par de giros seguidos de sendos golpes secos que anunciaban la retirada de los cilindros metálicos que la bloqueaban, se abrió la puerta... ¡Eso era un laboratorio!: estanterías llenas de frascos color marrón con productos químicos cuidadosamente etiquetados; vistosos objetos de vidrio que reflejaban la claridad de los ventanales: matraces de balón mantenidos en una posición ligeramente inclinada gracias a un soporte de corcho, esbeltos erlenmeyers, tubos de condensación con serpentines de cristal alojados en sus vientres...; mesas con encimeras negras resistentes a la acción de sustancias corrosivas, con pequeños lavabos de porcelana empotrados debajo de grifos elevados y curvos; balanzas de dos platillos protegidas por una vitrina con apertura lateral y pequeñas cajas de madera que alojaban pesas de varios tamaños las cuales, en aras de la precisión en la medida no podían ser tocadas, debían de ser manejadas con unas pinzas que se guardaban en las mismas cajas.

Rápidamente nos arremolinamos alrededor de la profesora, esperando que nos revelara algunos de los misterios que allí se escondían.

El diablillo de Descartes, una figura con aspecto de demonio, que permanecía semisumergida en un recipiente con agua, subía y bajaba cuando se variaba la presión gracias a una lámina de goma que cubría la parte superior del recipiente.

—Es una aplicación muy clara del principio de Pascal, nos explicó. La presión ejercida se transmite por todo el líquido y el agua termina entrando por este agujero que hay en la parte posterior del diablillo. Al aumentar su peso, desciende.

Después nos enseñó como doblar tubos de cristal calentándolos con un mechero. Cuando la llama azul tocaba el vidrio se coloreaba inmediatamente de amarillo debido al sodio que contiene y, asombrosamente, tras unos minutos de calentamiento, el cristal se volvía blando como el chicle. Entonces podía doblarse con facilidad para obtener el ángulo deseado, cerrarlo o, simplemente, estirarlo formando un hilo fino y delicado. Después con una lima triangular podías cortarlo para obtener un cuentagotas artesanal.

—El ácido sulfúrico, —nos comentó a continuación—, tiene tal avidez por el agua que reacciona con ella de manera violenta, por eso si hay que diluirlo ha de hacerse con sumo cuidado: primero se echa el agua y después, lentamente, agitando, y en pequeñas porciones, el ácido. ¡Nunca a la inversa! Con todo, fijaos como se calienta.

Efectivamente, una vez que una pequeña cantidad de sulfúrico, un líquido de aspecto aceitoso entraba en contacto con el agua depositada en el fondo del matraz triangular, se oían sonidos parecidos a los que se escuchan cuando un hierro candente se sumerge en agua y el fondo del matraz se calentaba tanto que era difícil soportar su contacto con la mano desnuda.

Las reacciones químicas eran aún más sorprendentes: una lámina de cinc se llenaba de pequeñas burbujas de gas al introducirla en ácido clorhídrico, el óxido desaparecía y en la superficie surgían erosiones como si un invisible animal lo royera arrancándole pequeños trozos.

—Si lo dejamos el tiempo suficiente la lámina de cinc desaparecerá porque se disuelve en el ácido formando una sal soluble: el cloruro de cinc. Las burbujas que veis son de hidrógeno.

Tan admirable como lo que podíamos observar era que podía ser explicado de forma racional, no era magia ¡era Química!

Excitado por todas aquellas novedades ese mismo día compartí parte de lo aprendido. Aprovechando trozos de tubos que la profesora nos regaló y sustituyendo los mecheros Bunsen por la llama de la cocina de casa, demostré a toda la familia cómo el fuego transforma la frágil rigidez del vidrio en blandura transparente que obedece sin rechistar hasta adquirir la forma que tú quieras darle. Era fantástica y mágica aquella unión de energía, materia y creatividad humana para transformar lo recto en curvo, ensanchar lo estrecho o sellar lo que estaba abierto.

A partir de entonces los cristales<sup>94</sup> que se cortaban rayándolos primero con un diamante y dándoles después un golpecito, dejaron de ser un simple cristal. Increíblemente surgían de calentar la arena de la playa —en realidad el óxido de silicio— con sales de sodio o potasio. Podía imaginarme la sorpresa de aquellos mercaderes de nitro<sup>95</sup> cuando hace cientos de años observaron que las piedras del material que transportaban, y que habían usado para apoyar las ollas en las que preparar la cena, se habían combinado con la arena de una remota playa de oriente para obtener una sustancia dura y transparente: el vidrio.

Debajo del laboratorio se encontraba una sala dedicada a comedor. Aprovechando la barra de bar que había a la izquierda, Misuri<sup>96</sup> había instalado un puesto en el que vendían golosinas, aunque el producto estrella eran unos exquisitos bocadillos de bonito para los que había que guardar cola en los recreos. Los preparaba él mismo utilizando unos bollos de pan que le traían a diario en unos grandes sacos de pa-

---

94 Aunque la palabra «cristal» se usa como sinónimo de vidrio, son conceptos diferentes. Los cristales —como los de sal común o el cuarzo— son estructuras ordenadas a nivel atómico, mientras que los vidrios —de ventanas, botellas... etc.— son sólidos amorfos, no poseen orden a nivel atómico.

95 Nitrato de potasio:  $\text{KNO}_3$

96 Así llamábamos a la persona que regentaba el bar. Era también barquillero y persona archiconocida en Luanco, donde probablemente todo el mundo ignoraba su verdadero nombre.

pel grueso, resistente y de color pardo. Cuando te comías el pan, aún guardaba el calor del horno donde había sido cocido. El bonito venía en unas latas redondas y grandes, de un par de kilos. Misuri cortaba primero el pan a lo largo, de punta a punta, formando dos rebanadas, al hacerlo se podía oír un crujido, un lamento prolongado, y las migas y pequeños trozos de corteza se iban acumulando en la tabla; a continuación colocaba ambas mitades paralelas y con la miga hacia arriba y, después, con un tenedor, sacaba los trozos de bonito de la lata y los distribuía con cuidado sobre una de ellas colocando la otra encima. El aceite empapaba el pan y el resultado era un bocadillo excepcional: jugoso, tierno, sabroso...

—Lleva uno de casa con bonito de Cabo de Peñas que seguro es mejor —me recomendaba mi madre.

Seguramente tendría razón, pero no sabía cómo los de Misuri y, además, faltaba el rito de pelearse por el puesto y pedir a voces cuando era tu turno:

—¡Misuri!... ¡un bocadillo de bonito! ¿Tienes cambio?

Había cosas que no podían encontrarse en las latas de bonito en aceite de oliva de Cabo de Peñas.

Un buen día a alguien del último curso se le ocurrió la idea de que el comedor podía ser usado como pista de baile donde organizar guateques<sup>97</sup> con el fin de sacar dinero para el viaje de estudios.

Así que lo que por semana servía de comedor, el sábado por la tarde se despejaba de sillas y mesas, se oscurecía en la medida de lo posible y con el tiempo, llegó a convertirse en un popularísimo lugar de encuentro, baile y amoríos de la adolescencia, no solo de Luanco, también del entorno próximo.

Los guateques del instituto fueron míticos. Acudíamos recién duchados, perfumados, descuidadamente peinados y con aquellos jerséis que nos llegaban apenas al ombligo —«minipulls» los llamábamos— combinados con pantalones de pata de elefante.

---

97 Los guateques eran unas fiestas muy populares entre la gente joven en los años sesenta y setenta. Se organizaban en cualquier local vacío con música de vinilos que giraban a 33 o 45 rpm en el tocadiscos o «picú».

Era una época en la que el *Black is black* de Los Bravos llenaba la pista en cuanto empezaba a sonar y Los Brincos recomendaban para dejar el alcohol un extraño método que pasaba por estar borracho «*a ver si así dejo de beber...*»<sup>98</sup>

Cuando Adamo con su inseguro castellano te invitaba a poner las manos en la cintura<sup>99</sup> de tu pareja, empezaba el reino de «lo lento»: «*Amores*»<sup>100</sup>, «*Algo de ti*»<sup>101</sup>, «*Corazón gitano*»<sup>102</sup>, más Adamo... luces parpadeantes, solicitudes de bailes, parejas que se formaban para deshacerse al final de cada pieza, cuchicheos si llevabas tres canciones con la misma pareja; penumbra cómplice que se aprovechaba para robar algún beso...

El comedor tuvo una gran importancia en el despertar amoroso de muchos de nosotros, en el aprendizaje de la relación con el otro sexo, en encajar rechazos y desengaños, en reconocer la derrota y sentir el corazón encogido, pero también hubo momentos de exaltación, de triunfo, de pura felicidad.

Aquel sitio representaba un lugar intermedio entre el mundo de las ideas, estudio, descubrimiento, trabajo y creatividad situado un piso más arriba y representado por el laboratorio y el gimnasio, situado en el bajo, donde la parte puramente física era entrenada y perfeccionada.

D. Ángel, el profesor de Educación Física daba siempre las clases perfectamente vestido con un traje gris, que brillaba discretamente, camisa blanca y una fina corbata negra. Era un fumador empedernido, de aquellos que tenían los dedos índice y corazón teñidos de amarillo por la nicotina y calculaba exactamente cuándo encender los cigarrillos para que su final coincidiera con el inicio de la clase.

A medida que en los vestuarios anexos íbamos despojándonos de la ropa entrábamos al gimnasio indiferenciados por el atuendo común de una camiseta blanca sin mangas y un pantalón azul con una lista blanca y vertical en los costados. Era un local amplio, bien iluminado,

---

98 La letra de Borracho decía «Yo quiero estar borracho otra vez, otra vez... A ver si así dejo de beber, de una vez»

99 Mis manos en tu cintura fue uno de los grandes éxitos de Adamo

100 Mari Trini

101 Camilo Sesto

102 Nicola Di Bari

con un par de ventanas abatidas para ventilar la estancia, el suelo de madera y unas espalderas ancladas en la pared. En el momento en que estábamos todos —o la mayoría, siempre había algún retraso— D. Ángel, desde el fondo, iniciaba la clase con los alumnos formados en dos hileras en el lado de las ventanas de la fachada y en posición de firmes.

—A cubrirse ¡ar!; alinearse ¡ar!

En las dos filas irregulares que se habían preformado, cada uno levantaba el brazo derecho al frente, paralelo al suelo, a la altura del hombro y con los dedos de la mano juntos y estirados hasta que con la punta tocabas la espalda del que tenías delante. La alineación se hacía mirando su codo y corregías tu posición hasta que los que estaban delante desaparecían ocultos por la cabeza del que te precedía.

Los que iniciaban la formación hacían algo similar, pero extendían el brazo lateralmente, situando de esta manera las dos columnas a esa distancia. La última corrección la efectuaba D. Ángel hasta que consideraba que la alineación era perfecta y se iniciaban los ejercicios.

A pesar del tufillo de adiestramiento militar las clases de gimnasia tenían su encanto. Gracias a ellas descubrimos el atletismo y competíamos en carreras de velocidad que disputábamos en una calle del pueblo con poco tráfico y situada en la parte de atrás del instituto; aprendimos los rudimentos del salto de longitud en un foso lleno de arena de la playa y pasamos de practicar la tijereta en el salto de altura al rodillo ventral popularizado por el gran Valeri Brúmel<sup>103</sup> hasta que, a partir de la olimpiada de México, en 1968, la revolución del Fosbury<sup>104</sup> flop nos indujo a saltar de espaldas. El problema era que se necesitaban colchonetas adecuadas de las que no disponíamos, por tanto la única solución era seguir saltando a rodillo ventral en los entrenamientos y aprovechar las alturas bajas y las colchonetas altas y mullidas de las competiciones oficiales para iniciarse en la práctica del nuevo estilo.

---

103 Valeri Brúmel ostentaba el récord del mundo de salto de altura. Fue medalla de oro olímpico en Tokio (1964)

104 Dick Fosbury, revolucionó la técnica del salto de altura al introducir el mítico salto de espalda con el que ganó la medalla de oro en los Juegos Olímpicos de México en 1968.

Hasta la llegada del salto de espaldas organizar una «competición» de salto de altura era bastante sencillo, solo se necesitaban dos palos clavados verticalmente con unos soportes a distintas alturas donde apoyar otro transversalmente y un montón de arena para caer.

Viendo la precariedad en la que nos movíamos, y siendo consciente de mi afición al atletismo, mi padre decidió dotarnos de una innovación técnica poco común y nos hizo un «saltómetro».

El aparato era simple, pero muy ingenioso y cumplía a la perfección su misión: dos listones laterales afilados en un extremo para poder ser clavados fácilmente y con una marca que señalaba hasta dónde debían de ser hincados en tierra. En la parte superior, una ranura hecha en sentido longitudinal permitía mover una pieza a lo largo de una escala pintada en la madera. Roscando una palomilla se fijaba a la altura deseada. Sobre las piezas se situaba el listón que había que superar.

Todo tenía un aspecto bastante profesional y la noticia se extendió rápidamente, así que después de salir de clase se organizaron verdaderas competiciones de salto con jornadas eliminatorias incluidas.

En una de ellas no tuve suerte, al caer retorcí el tobillo y un dolor anormalmente intenso advirtió que algo no iba bien. Al poco tiempo comenzó a hincharse y el dolor no cedía, hubo que dejar la competición, desmontar el saltómetro y buscar ayuda.

En cuanto me vio el tobillo Luis aventuró el diagnóstico:

—Me parece que tienes un esguince. Vamos a tener que ir a ver a Manolo.

Entonces los hospitales eran algo lejano y prácticamente inaccesible, reservados para casos graves. Los esguinces se diagnosticaban a ojo y se curaban con friegas y remedios caseros.

El tal Manolo era un pariente que vivía en una casería situada en la loma que se alzaba al norte, detrás de la ferretería. Tenía fama de diagnosticar y curar traumatismos, esguinces, pinzamientos de músculos y cualquier otra afección parecida, gracias a una experiencia de años, así que emprendimos la penosa subida por un camino empinado e irregular que se iniciaba enfrente del parque y pasaba al lado de un lavadero



público. La mayor parte de ella, y debido al estado de mi tobillo, tuve que hacerla sobre la espalda de mi padre.

—¡Hola Manolo!, aquí te traigo al hijo con un tobillo hinchado como un globo.

Manolo se acuclilló al tiempo que retiraba su boina ligeramente hacia atrás. Con el cigarro de caldo<sup>105</sup> humeando entre sus labios y guiñando ligeramente el ojo derecho para evitar el humo que ascendía pegado a su mejilla, observó el aspecto de la articulación y palpó con cuidado la blanda consistencia de la piel tensa por la hinchazón.

—Sí, creo que es un esguince, pero me parece que va a tener fácil remedio.

—¡Lucía! ¡Calienta un poco de manzanilla con aceite!

Lucía, su mujer, asintió desde el interior y el ruido metálico de los utensilios de cocina indicaron que iniciaba la preparación de la pócima.

Apareció poco después con un cazo humeante de porcelana blanco, con un par de magulladuras oscuras en el fondo, y se lo ofreció a Manolo, quien como primera medida, comprobó la temperatura del líquido introduciendo el índice de su mano derecha.

—Está bien, no quema. ¡Vamos allá!

Arrugó un paño limpio hasta darle la forma aproximada de una esfera y lo mojó en el líquido aplicándolo luego, suavemente, sobre el tobillo hasta que la zona quedó empapada y grasienta. Después efectuó unas frías presionando con los pulgares de ambas manos en varias direcciones: la untuosidad del aceite favorecía el deslizamiento de los dedos sobre la piel y la manzanilla desprendía su olor característico. Para terminar cubrió el tobillo con una venda cuya misión era, fundamentalmente, fijar la articulación para favorecer la recuperación.

—Trata de ponerte de pie y pisar con cuidado —me invitó Manolo.

—A ver qué tal.

---

105 Así se llamaban coloquialmente los cigarrillos de Ideales, tabaco barato y muy popular.

Con cierta desconfianza coloqué el pie en el suelo. El dolor se había aliviado y me atreví a apoyar el talón y ensayar un paso.

—Estoy mejor, me duele mucho menos.

—Deberás tener cuidado durante unos días. No hagas ejercicio, hay que darle tiempo para que se cure del todo —comentó.

Terminada la sesión y comprobada la mejoría nos despedimos. Desde la casería se veían los tejados de las casas del pueblo con las calles serpenteando entre ellas y amplias zonas sin construir, limitadas por muros blancos. Al este, una mar tranquila se extendía hasta el horizonte.

Empezamos a descender por el camino que nos llevaría de vuelta a casa. Caminaba con cuidado, evitando las piedras salientes y las zonas más irregulares. A veces me apoyaba en mi padre, pero mi tobillo había mejorado ostensiblemente y la fijación proporcionada por el vendaje le daba una gran estabilidad. Notaba la zona agradablemente templada y de cuando en cuando el suave perfume de la manzanilla mezclada con aceite me recordaba a Lucía y a Manolo. Pocas cosas son tan evocadoras como los olores.

No sé las veces que pude tener accidentes similares, pero desde aquel día siempre volví a la normalidad tras un esguince gracias al cocimiento de manzanilla y aceite de oliva, unas friegas hechas con cariño y la capacidad de recuperación que da tener pocos años, buena salud y unas articulaciones flexibles.

Bajo el título de Ciclo Especial se ocultaba una asignatura del Bachillerato Laboral propia de la modalidad impartida. La de nuestro centro era muy específica: Marítimo—pesquera, así que en Ciclo Especial estudiábamos cosas tan curiosas como los rudimentos de la navegación, mecánica del buque, meteorología, construcción naval o legislación marítima.

La mayoría de los ejercicios que nos planteaban comenzaban invariablemente con las palabras: «*Un buque navega...*» y con los datos que teníamos debíamos de ser capaces, por ejemplo, de situar la posición de un barco que efectuaba una marcación a dos faros situados en la costa, utilizando unas cartas náuticas del estrecho de Gibraltar de papel grueso y muy usadas.

La navegación marítima tiene, como la circulación por las carreteras, unas normas que aprendíamos recitando de memoria las composiciones rimadas de las reglas de gobierno de un barco:

*«Si ambas luces de un vapor  
por la proa has avistado,  
debes caer a estribor  
dejando ver tu encarnado.»<sup>106</sup>*

Un día D. Jenaro, el profesor de Náutica, nos llevó hasta la playa y nos enseñó a manejar el sextante. Para mí aquel instrumento ya era un viejo conocido, pero me pareció igual de asombroso comprobar una vez más cómo moviendo la alidada el sol descendía mágicamente desde su posición en el cielo hasta el horizonte gracias a la reflexión en los espejos. Un visor te permitía leer en el limbo graduado el ángulo que daba la altura del astro. Usando este dato, y tras un cálculo sencillo, se determina la latitud; con la ayuda de un cronómetro puedes saber la longitud y al final, con ambos datos, determinar tu posición. Tu barco, todo tu mundo cuando navegas, se reduce a una cruz marcada con lápiz en una carta náutica en medio de un mar inmenso.

Uno de los cursos tuvimos como aula de referencia la que se conocía como «aula de la escalera» ya que a la entrada, en el lado izquierdo, se levantaba una artística escalera de madera que se retorcía sobre sí misma en forma de hélice hasta desaparecer por una abertura circular practicada en el techo. Parecía imposible que aquella estructura pudiera sostenerse ya que carecía de cualquier apoyo a excepción del pilar central que actuaba como eje de la hélice. Más increíble era que pudiera resistir el peso de una persona, pero a pesar de los crujidos emitidos por cada uno de los peldaños y de alguna ligera oscilación, era totalmente segura y desempeñaba a las mil maravillas la misión para la que había sido concebida.

---

106 En los barcos se señala la banda de babor (izquierda) con una luz roja y la de estribor (derecha) con una luz verde.

La estancia a la que conducía era un desván polvoriento que estaba casi a oscuras a no ser por el círculo blanco y traslúcido de la esfera del



*Fuente: Manuel García Rodríguez  
(Capybu).*

reloj, que proporcionaba una débil claridad. Aquellas dos agujas superpuestas, ancladas en su centro y unidas a un sinfín de engranajes, ruedas dentadas de distintos tamaños que encajaban unas en otras y trinquetes que retenían las ruedas impidiéndoles retroceder, se movían lentamente con impulsos cortos y regulares, que las hacían oscilar ligeramente marcando lo que nosotros llamamos tiempo. Cada tic era irre recuperable; cada tac nos daba un respiro para esperar al tic siguiente con el que se reiniciaba la oscilación de la aguja para

barrer otro pequeño ángulo. Aquel juego de sonidos metálicos, oscilaciones y diminutos avances marcaban y condicionaban la vida que transcurría al otro lado. Nosotros, tras ascender por una escalera que se sostenía en el aire, éramos capaces de contemplar cómo se fabricaba el tiempo.



Los exámenes eran siempre un momento delicado. Además, había que acordarse de pasar previamente por la tienda de Chona para comprar «folios de examen», en realidad papeles DIN A3 doblados por la mitad y rayados o cuadriculados según el gusto del usuario.

Con el fin de evitar que nos pudiéramos copiar unos a otros la mayor parte de las veces hacíamos los exámenes en el salón de actos para garantizar una mayor separación. Las sillas eran de madera, el respaldo se deslizaba hacia arriba y la parte superior se abatía noventa grados facilitando un exiguo apoyo —de no más de diez o doce centímetros de ancho— que nos

servía de mesa; ahí debías apoyarte, escribir y sostener el folio. Como las filas estaban atornilladas al suelo y se habían dispuesto con una distancia entre ellas que pudiera resultar cómoda para un adulto, la única manera de llegar a «la mesa» era sentarte justo en el borde del asiento. De esta manera, a la dificultad intrínseca de los ejercicios, añadías el desafío físico de estar en tan incómoda posición durante la hora que duraba el examen. El gran momento llegaba cuando al final recogías tus cosas, volvías el respaldo que te había servido de apoyo a su posición vertical y recorrías el largo pasillo hasta el lugar donde el profesor aguardaba para recoger los ejercicios.

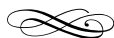
La Ley General de Educación de 1979 instauró el Bachillerato Unificado Polivalente —BUP—, dándose por extinguido el Bachillerato Laboral, pero la llamada ley de Villar Palasí<sup>107</sup> trajo un cambio mucho más importante al instituto. A partir de ahora sería mixto, las mujeres también podrían estudiar en sus aulas.

Aunque la presencia femenina a partir de entonces fue patente, las clases aún no mezclaban hombres y mujeres y se establecía una radical separación entre sexos, incluso en los patios de recreo, separados por un muro de considerable altura.

Ir al instituto empezó a tener un aroma distinto. Ya estábamos todos, era cuestión de tiempo encontrarse también en las clases y empezar a dejar atrás cosas que no tenían ningún sentido, los Bravos ya lo habían anticipado:

*«Los chicos con las chicas tienen que estar  
Las chicas con los chicos han de vivir  
Y estando todos juntos deben cantar»<sup>108</sup>*

Antes del comienzo de la jornada, y a la salida, la Plaza del Ayuntamiento situada justo enfrente de la entrada principal del centro, servía de punto de encuentro y aunque se mantenía una rigurosa separación entre las zonas frecuentadas por unos y otras, la convivencia era cada vez más estrecha, más natural; el paso estaba dado y no había posibilidad de retroceso.



---

107 Luis Villar Palasí era el ministro de Educación entonces

108 Fragmento de la canción Los chicos con las chicas (1967) de Los Bravos.

Los últimos bachilleres laborales fueron cerrando tras de sí una época. Los talleres empezaron a quedarse vacíos; los tornos, limadoras, fresadoras, cepillos y formones empezaron a acusar la inactividad, las primeras incrustaciones de óxido hicieron su aparición. Pronto las máquinas herramienta serían desmontadas y trasladadas a alguno de los nuevos centros de Formación Profesional; las cartas náuticas del estrecho de Gibraltar acumulaban polvo en algún archivo de libros antiguos y el sextante se convirtió en un exótico aparato arrumbado en una vitrina.

El edificio que albergaba los talleres, el comedor y el gimnasio fue derribado poco después dejando una nube de polvo y un montón de escombros. Por azares de la vida entonces yo era director del instituto. Por una cuestión sentimental me quedé con el letrero que informaba de la ubicación de los laboratorios.

Impasible, el reloj situado en el tímpano del edificio central seguía fabricando tiempo en cada rotación de sus ruedas. Un trinquete afilado y preciso hacía el retroceso imposible.

## 12. Los veranos

En los veranos la rutina se detiene y es como si emergiera la parte más agradable de la vida; el sol derrite la costra de todo un año y deja al descubierto nuestra parte más blanda, más sensible. No obstante, no todos son iguales, los que vives entre los quince y los veinte años son especiales porque a todo ello se superponen los continuos descubrimientos, las cosas que se disfrutan por primera vez. Son los veranos de los veranos, aquellos que recordamos con un sol perpetuo, con una sonrisa continua y con un estremecimiento en la piel. Hablamos de algo más que de una estación, es en esencia una emoción que no tiene fecha de comienzo, va haciéndose cada vez más presente hasta que alcanza su máximo y después empieza a desvanecerse hasta que termina transformándose en un lánguido otoño que nos devuelve a la otra mitad de la existencia.

El pistoletazo de salida lo marcaba la entrega de notas en el instituto, a finales de mayo. Con las clases acabadas y los resultados conocidos, se abría un espacio temporal luminoso y cálido, sin responsabilidades ni exigencias, que había de ser llenado.

Los días empiezan a ser más largos. Desde el equinoccio de primavera<sup>109</sup> el sol va desplazando su salida hacia el Norte para desaparecer al atardecer más allá del Oeste, regalándonos una trayectoria más larga y con mayor altura en el cielo que se traduce en más horas de luz. La

---

109 En el equinoccio de primavera (21/22 de marzo) la duración del día y de la noche es exactamente igual. A partir de ahí los días van aumentando y las noches son más cortas hasta el solsticio de verano (20/21 de junio). A partir del solsticio de verano empiezan a menguar los días hasta que en el equinoccio de otoño (22/23 de septiembre) vuelven a igualarse en duración con la noche. Los días siguen menguando hasta el solsticio de invierno (21/22 de diciembre) donde se da el día más corto.

naturaleza entera celebra ese regalo extra de energía y se dispone a aprovecharlo: las plantas crecen gracias a esos formidables colectores solares que llamamos hojas, capaces de transformar la energía de la luz solar en energía química que luego se utiliza en la síntesis de azúcares. Es asombroso como un simple árbol puede resolver el complejo problema de captar la energía que nos llega del sol y, utilizando únicamente dióxido de carbono y agua, elaborar materia orgánica con propiedades tan asombrosas como las de la madera.

El solsticio de verano está situado muy próximo a la festividad de S. Juan —24 de junio—. Para celebrar el poder del sol que está entonces en su apogeo, es tradicional que en la víspera se enciendan hogueras. Cada barrio tenía la suya y las rivalidades aparecían.

Nuestra hoguera gozaba de cierta fama y es que contábamos con una fuente de combustible de la que los demás carecían.

Algunos productos de los que se vendían en la ferretería venían en barriles de madera. Una vez vacíos eran almacenados a lo largo del año con la vista puesta en S. Juan ya que aportaban madera seca y de calidad y era un espectáculo ver como el fuego los consumía dejando como único residuo los aros metálicos que mantenían unidas las duelas.

Aunque el cargamento de barriles constituía una parte esencial del material que formaba la pira, había muchas más cosas que acarrear y amontonar, por eso los primeros días de vacaciones de verano se empleaban casi íntegros en explorar los alrededores en busca de cosas que pudieran ser quemadas, organizar su transporte e ir construyendo la montaña que después ardería. Incluso se organizaban turnos de vigilancia para evitar robos.

Terminábamos las tardes agotados por el trabajo, quedándonos dormidos como troncos en cuanto apoyábamos la cabeza en la almohada.

La víspera de S. Juan era particularmente frenética buscando los últimos aportes, apilando el material del que se disponía o haciendo algún monigote con el que coronar el montón.

La misma tarde de S. Juan, Lalita y Angelita, dos hermanas adolescentes que vivían cerca, regresaban de sus clases con los libros bajo el



brazo y se pararon al ver el ajetreo alrededor del montón de cartones y trastos viejos. Contagiadas del trajín decidieron echar una mano y Angelita, la más joven, depositó momentáneamente sus libros en una caja de cartón para evitar deteriorarlos.

Cuando más tarde tratando de recordar qué había hecho con ellos y harta de rebuscar por casa, se dio cuenta de dónde los había dejado, ya era muy tarde: las llamas iluminaban la noche y sus libros contribuían a la vistosidad del espectáculo. El disgusto fue mayúsculo y el castigo aparejado al despiste seguramente del mismo orden, pero el sacrificio involuntario de Angelita hizo que aquella víspera de S. Juan sea recordada tantos años después. Aquellos textos alumbraron la oscuridad y no solo la de la ignorancia.

La llegada del mes de julio traía grandes cambios. A partir de esa fecha el número de veraneantes empezaba a aumentar. La mayor parte de ellos eran de Oviedo y tenían una segunda vivienda en Luanco, así que eran sobradamente conocidos, aunque, salvo raras excepciones, mantenían cierta distancia con «los del pueblo». La desconfianza mutua mezclada con otras historias desembocaba, a veces, en pequeñas batallas campales en las verbenas, pero salvo esas esporádicas explosiones de testosterona catalizadas por el alcohol y el calor de la noche, la convivencia era pacífica.

Mas exóticos eran los veraneantes procedentes de Madrid u otras regiones y verdaderamente excepcionales los de más allá de los Pirineos. La infrecuente presencia de «una francesa» entre la parroquia femenina o de «un americano» entre la masculina, eran novedades que daban un tono distinto a los días de sol y mar y nos obligaba a esforzarnos con otros idiomas.

Eran ocasiones en las que intentábamos mostrarles nuestra idílica existencia de la cual eran muestra fehaciente las chocolatadas que se organizaban en los Castaños, un bosque muy próximo al pueblo donde los castaños eran los pobladores mayoritarios en convivencia con otras especies, fundamentalmente los pinos.

Había que subir por un camino empinado y estrecho, marcado en el lateral del prado que cubría una ladera situada frente a la playa. Al comienzo de la subida, y antes de empezar la ascensión, se pasaba al lado

de la fuente de la Mineral, ya entonces medio oculta por una maleza empeñada en recuperar un terreno que había sido suyo.

—En esta fuente recogía agua Genoveva de Brabante<sup>110</sup>—, nos contaba mi padre cuando nos acercábamos hasta aquí.

Con estos antecedentes era muy sencillo ver en la fuente a la bella y desdichada Genoveva, con su rubia y larga cabellera, llenando un cántaro en el chorro cristalino.

Superada la pendiente se llegaba pronto a los primeros árboles. En uno de los claros se juntaban piedras formando un círculo y se iba acumulando en su centro lo necesario para encender un buen fuego: papeles o paja seca debajo; pequeños palos o astillas encima y, al final, la leña más gruesa. Una vez encendida la lumbre se calentaba la leche en una olla grande, se rallaba el chocolate negro y duro de la Herminia y se añadía a la leche. Solo quedaba revolver hasta que estaba hecho y repartirlo luego en tazas y vasos que se vaciaban entre risas, comentarios y juegos con el complemento imprescindible de galletas o bizcochos.

Las chorizadas eran la versión carnívora de las chocolatadas donde el chocolate era sustituido por chorizos ensartados en un palo que eran asados en el fuego.

Visto con perspectiva no dejaba de ser una temeridad montar aquellas fogatas en el interior de un bosque lleno de pinos rezumantes de resina y con el suelo tapizado de vegetación seca, pero afortunadamente nunca hubo que lamentar incidentes.

La bajada era mucho más sencilla, teníamos la gravedad a favor y, por ello, solo había que preocuparse de mantener el equilibrio y no perder pie, lo cual era ligeramente más complicado para la pareja que transportaba la olla; unidos en aquel descenso por la cacerola común se requería cierta pericia extra para no caerse y que la marmita no salvara el desnivel rodando.

La vista de la playa a tus pies, el muelle del Gayo a la izquierda y la isla del Carmen enfrente como pegados sobre la superficie azul de una mar lisa y tensa como un lienzo, era una de las recompensas de haber ascendido hasta los Castañeos.

---

110 Cuento para niños adaptado de una leyenda medieval alemana.

El hacer una chocolatada —o chorizada— era algo que requería cierto tiempo de preparación y, sobre todo, dedicar una tarde entera. Esto implicaba renunciar a uno de los pasatiempos más agradables que había en los veranos: los baños en el Gayo.

El muelle del Gayo se construyó a principios del siglo XX con la idea de servir como puerto de atraque y refugio para la flota de pesca. Concebido para resguardar de la mar del nordeste, nunca llegó a ser un verdadero puerto: la arena retirada con los dragados no tardó en volver a su sitio dejando un calado insuficiente. Lo que los barcos abandonaron lo recuperaron en verano multitud de pandillas de adolescentes que llenaban el espigón de toallas y cuerpos tendidos al sol en sesiones de mañana y tarde.

Las zonas de baño se correspondían con lo que habían sido concebidos como puntos de atraque o servicio y, curiosamente, de forma tácita habían sido distribuidas por edades o considerando la supuesta dificultad para el baño.

Cerca de la playa sobresalen dos ramblas de piedra, situadas a unos cincuenta metros una de la otra. La primera, «la ramblina», más pequeña, era el lugar de baño de los más jóvenes, los que estaban aprendiendo a nadar; «la ramblona», más amplia, era también usada por familias y chiquillería, aunque con frecuentes incursiones de pandillas de bañistas adolescentes. El «tostadero» estaba situado muy cerca.

La siguiente, «las escalerinas», están en la zona en la que el muelle deja de ser recto para empezar a curvarse hacia el sur y justo a la altura de otras que daban acceso al tostadero. Era un lugar de estricta propiedad de la adolescencia. Incluso hubo una época en la que se colocó un trampolín, lo que la hizo aún más popular.

En la parte más curvada del muelle hay otras escaleras, «las segundas escaleras», que era el único sitio en el que había pequeñas embarcaciones amarradas, por eso eran conocidas como «los botes». Este era un territorio considerado apto solo para los iniciados —había que nadar entre las amarras de las embarcaciones— o la gente que huía de las aglomeraciones.

Al final del muelle está la cabecera que le sirve de remate, redondeada y alta como una almena. Aquí cerca del muro, y probablemente

debido a labores de dragado, hay sitios en los que la profundidad es considerable, ni durante las mareas más bajas se hace pie.

El «tostadero» —ya mencionado— era una franja situada en la parte superior del muelle que recorría todo el espigón y por la que se podía transitar. De poco más de un metro de ancho y con un murete de un metro de alto en la zona que daba a la mar, pronto fue considerado un buen lugar para tomar el sol. Si te acostabas sobre el cemento, además del agradable calor que el hormigón desprendía en los días soleados, quedabas a resguardo del viento. En días de ocupación plena era muy difícil circular entre la multitud de cuerpos tumbados, que no había más remedio que saltar. Así que por la dificultad propia del paseo, sembrado de obstáculos humanos, como por la posibilidad de ir dejando caer inoportunas gotas de agua fría sobre las pieles recalentadas, si acababas de bañarte, la única opción era subir a la parte alta del muro y despreciando el peligro y desafiando al vacío, circular por allí, de pie, sin mirar mucho a la caída vertical de varios metros que se precipitaba hacia la mar que rompía más abajo.

El tostadero y dos tercios del espigón del Gayo fueron demolidos cuando el Corral fue hormigonado. Impedía, al parecer, la contemplación del flamante puerto deportivo.

En aquellos tiempos lo de echarse cremas para protegerse del sol estaba mal visto, se consideraba «cosas de veraneantes», los autóctonos nos limitábamos a ponernos rojos como cangrejos como paso previo a lucir un bronceado impecable.

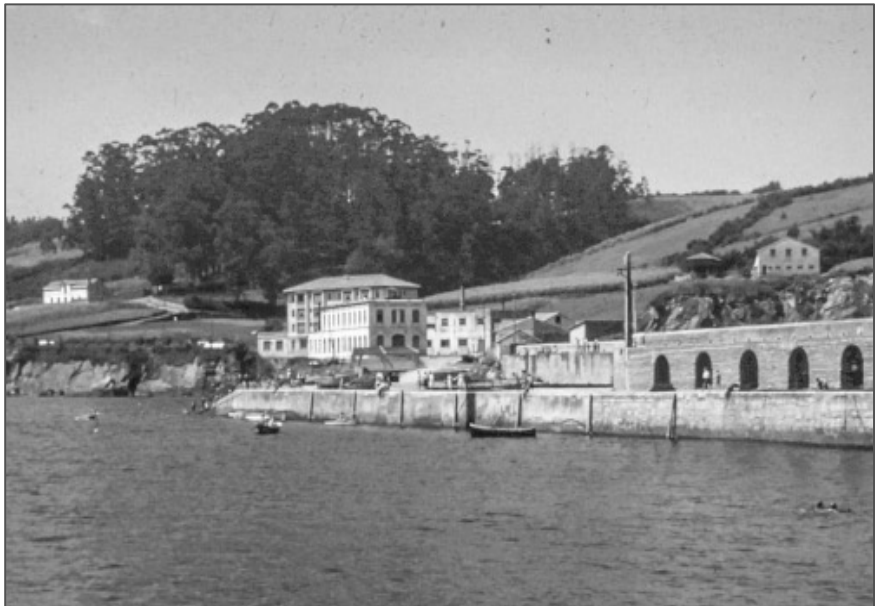
En el caso de las mujeres la cosa tenía más delito, para favorecer la morenez se untaban con un potingue casero elaborado a base de aceite y vinagre mezclados, con lo que en horas de sol y en tiempos de llenazo se apreciaba un cierto olor a parrilla y casi se podía ver a simple vista cómo las pieles se freían con feliz inconsciencia de los dañinos efectos de los rayos UVA.

Si tras un tiempo tostándote decidías darte un baño y estabas situado en la parte más cerca de la Ramblona, tenías dos opciones: recorrer el largo tramo que había hasta las primeras escaleras de subida sorteando los cuerpos tendidos al sol o acortar drásticamente el recorrido descendiendo por un plano inclinado de cemento con el que se había rematado el muelle en el otro extremo. El único inconveniente era que dicho plano

terminaba abruptamente, y sin ninguna protección, a una altura respetable sobre las peñas del Corral. Se bajaba sentado deslizando con cuidado, actuando con los pies desnudos como frenos, y usando las manos para mantener la trayectoria correcta; debido a que la inclinación aumentaba progresivamente era imprescindible cierta habilidad y sangre fría para dar un salto hacia la parte segura situada a tu izquierda antes de que la velocidad aumentara peligrosamente conduciéndote hacia el despeñadero.

Todo el mundo era consciente del gran peligro que se corría con esta maniobra, por ello era frecuente que se bajara en grupos de forma tal que quien lo hacía el primero corría más riesgo y después esperaba a los demás al final de la rampa para poder corregir algún fallo en el descenso. Lo increíble es que durante los años que estuvo vigente esta práctica no se registrara ni un solo accidente.

Ni el tostadero ni el Gayo descansaban nunca. Durante julio y agosto, tanto por la mañana como por la tarde, se encontraban atestados de bañistas y era muy corriente doblar las sesiones de baño.



*El Gayo en los años sesenta.  
Se pueden apreciar algunas personas en "el tostadero".  
Imagen: F. Caicoya Abati. Fuente: Avante Luanco.*

Lógicamente se carecía de cualquier servicio, como duchas o vestuarios, pero tampoco hacían ninguna falta. Eliminar el salitre con una ducha de agua dulce ni siquiera nos lo planteábamos y como vestuarios usábamos la zona del Corral situada entre la Ramblina y la Ramblona.

El equipaje era mínimo: el traje de baño y, si acaso, una pequeña toalla, pues nos secábamos al sol. La ropa se envolvía en la propia toalla después de ponernos el bañador y todo ello se dejaba entre las peñas aprovechando una hendidura, repisa o similar.

Lo más emocionante era tirarse de cabeza al agua saltando desde lo alto del muelle. Existía cierta rivalidad y en esto, como en todo, había gente capaz de alcanzar una rara perfección. La figura preferida, y yo diría que característica, era «la carpa». Consistía en flexionar el tronco en el aire hasta tocar las puntas de los dedos de los pies. Debía de calcularse muy bien el tiempo que se mantenía la posición carpada, pues antes de llegar al agua había que recuperar la posición e inclinarse lo suficiente para efectuar una buena entrada. Importaba mucho realizar una ejecución limpia, con movimientos suaves, elegantes y no forzados.

El aprendizaje casi siempre se iniciaba en la Ramblona donde se podía seleccionar la altura deseada. Cuando al menos se era capaz de doblar y recuperar el cuerpo en el aire se aumentaba gradualmente hasta alcanzar la que permitía realizar el salto al completo. Una vez conseguido esto todo era cuestión de repeticiones, de aptitud y de gusto en la ejecución.

El examen final, con el que ya pasabas a jugar en la primera división, estaba en saltar desde la cabecera del muelle. No todo el mundo era capaz de hacerlo. La altura es más que respetable, tienes que estar muy seguro de lo que haces y, por supuesto, hay que tragarse el miedo. En la parte exterior del muro, justo al final, y en una esquina, existía un desconchón en el hormigón en forma de triángulo del tamaño justo para poder situar los dos pies muy juntos. Una vez allí el primer desafío era erguirse y observar con toda la serenidad posible el agua que bastantes metros más abajo te aguarda tranquila, jugando a rechazar los rayos del sol. Los más experimentados siempre aconsejaban:

—Estira bien un brazo hacia adelante, con el puño apretado; sujeta bien la muñeca con la otra mano y mete la cabeza entre los brazos. El impacto en la entrada es grande. Si no llevas los brazos bien agarrados

el agua te los empuja con violencia hacia atrás y puedes tener alguna lesión grave. Además, si brazos y manos no te «abren el agua», el golpe en la cabeza duele.

El salto impone respeto. Mentalmente repites lo que debes de hacer, pero eres consciente de que si te desequilibras en el aire el golpe con el agua puede ser importante. Desechas todos esos pensamientos y te decides, el reto es demasiado apasionante para no intentarlo. Das el último impulso procurando que el empuje sea idéntico con ambos pies y en un instante te encuentras en el aire iniciando el carpado, no hay marcha atrás. La superficie del agua se acerca rápido. Mentalmente calculas el tiempo que te queda; el aire se hace presente a tu alrededor zumbando a medida que ganas velocidad. Deshaces la figura, estiras el cuerpo y la mano derecha busca la muñeca del brazo izquierdo ya extendido y en tensión. Justo a tiempo la agarra y pegas la barbilla al pecho. Entrás como una exhalación en un mundo líquido y denso; sientes la presión del agua que intenta doblar tus brazos hacia atrás; no ves nada, estás rodeado de cientos de burbujas de aire que te envuelven como una crisálida gaseosa. Instintivamente curvas la espalda e inicias la trayectoria ascendente dejando detrás una estela de pompas de aire que ascienden oscilando y haciéndose más grandes a medida que la presión disminuye. La luminosa película que te separa del mundo de aire del que vienes está ya cerca. A través de ella puedes ver el muro del muelle que se retuerce y ondula adaptándose a las crestas y valles que deforman la superficie del agua. Rompes la barrera de separación y sientes que ya puedes volver a tomar aire. Abres la boca y expulsas el poco que aún retienes en tus pulmones, ya puedes respirar. Unos metros más allá el círculo de espuma blanca que señala tu punto de entrada se hace cada vez mayor y empieza a desdibujarse. En lo alto de la cabecera, con los pies bien juntos alojados en el pequeño triángulo desconchado, alguien mira hacia abajo midiendo la altura y visualizando el salto.

Había días en que los baños en la cabecera se detenían, al menos durante las tardes, era cuando «entraban» los panchos o los chipirones.

Cuando la noticia de que habían llegado los panchos<sup>111</sup> empezaba a circular, la cabecera del muelle se poblaba de pescadores que sin apenas

---

111 Los panchos son peces de pequeño tamaño que por el verano viven cerca de la costa; después se adentran en la mar y se convierten en besugos.

separación entre ellos y sentados con las piernas colgando hacia la mar ocupaban el tramo final del muelle desde primeras horas de la tarde. Cuando alguien pescaba el primero se iniciaba una nerviosa actividad para provechar al máximo el momento, era la señal de que el banco de pescado llegaba anunciado por los reflejos plateados que surgían del fondo.

Poco después empezaban a izarse los pequeños peces, brillantes y ventrudos, coleteando para intentar zafarse del anzuelo. La abundancia era tal que casi todo el mundo aparejaba colocando dos o tres anzuelos a distintas alturas y no era raro sacar dos o tres peces de cada vez. Aunque no existían normas escritas estaba terminantemente prohibido echar la caña

lateralmente, solo podías hacerlo enfrente de tu posición para evitar problemas con tus vecinos de pesca, pero no era raro que los aparejos se enredaran ante la desesperación y recriminaciones mutuas de los implicados, pues la solución pasaba por cortar el sedal dada la imposibilidad de deshacer los nudos que misteriosamente se formaban. Si esto pasaba, incluso teniendo repuesto de anzuelos que siempre se llevaban en unas cajitas de plástico divididas en departamentos, significaba perder parte de la tarde con la frustración consiguiente.

La pesca de los chipirones —calamares pequeños— era aún más espectacular. Para pescarlos se utilizaba un plomo alargado que en la parte inferior tenía unas finas agujas dobladas hacia arriba, una «potera». El engaño se completaba cubriendo el conjunto con hilo de algodón o nilón de vistosos colores. Los chipirones, atraídos por los colores de un objeto que se movía constantemente arriba y abajo, — movimiento que imprimía el pescador — se lanzaba sobre él y quedaba prendido en las agujas. Cuando se sacaban del agua lanzaban pequeños chorros de tinta, su último cartucho para evitar la captura.

Tanto los panchos como los chipirones, muy abundantes en los años sesenta y setenta, fueron menguando: cada verano llegaban más tarde y en menos cantidad, hasta que prácticamente desaparecieron despoblando la cabecera del muelle de pescadores ocasionales y de veraneantes entusiasmados con nuevas experiencias.



Cuando llegaban los días de pesca se producía un notable aumento de las ventas de sedal — «tanza» en lenguaje local— del número seis, de pequeños anzuelos para el pancho y de las poteras más pequeñas para el chipirón.

Los anzuelos se mostraban en un gran cajón de poco fondo, abarrotado de cajitas de madera que servían para separarlos y clasificarlos, cada una con su etiqueta identificativa pegada y escrito a lápiz. Debajo el precio de la unidad: los más pequeños y delgados, que costaba trabajo coger con los dedos, para la julia, un poco más grandes para los panchos, de pala larga para la fañeca... Los que se exhibían en una última columna en el lado derecho del cajón, sobresalían por su color oscuro y su aspecto brillante, estaban retorcidos sobre si mismos y tenían un arpón más fino y afilado, lo que hacía que terminaran enredados unos con otros formando pequeñas pelotas que había que deshacer golpeando suavemente contra el mostrador. Eran los anzuelos de «pico de loro», mucho más caros y efectivos.

Las poteras también se mostraban al cliente para que pudiera elegir, pero en cajas más pequeñas que se alineaban unas contra otras. Debido a lo vistoso de los colores que se usaban y a las bonitas combinaciones de las franjas, era muy agradable exhibirlas y contemplar el proceso de elección. Cada pescador tenía sus propias manías y preferencias.

—Quiero una blanca con una franja roja, son las que más pescan.

Las finas agujas eran muy vulnerables a los golpes y podían doblarse o romperse, había que tener especial cuidado, por eso se envolvían individualmente.

La tanza se vendía por metros que se medían fácilmente gracias a dos clavos, con una cabeza grande y dorada clavados en la parte interior del mostrador, entre los que había un metro de distancia. Después, poniendo el máximo cuidado para que no se liara formando nudos imposibles, se enrollaba en unos pequeños rectángulos de cartón en los que se practicaban dos cortes en V y otro pequeño al final para sujetar el chicote.



Y como no hay verano sin fiestas, el 16 de julio se conmemora la festividad de la Virgen del Carmen y en Luanco, como pueblo marinero, se festeja adecuadamente. Los días previos se celebran juegos en el muelle: la cucaña y la suelta de patos y del gocho<sup>112</sup>.

La cucaña es una prueba de habilidad en la que se trata de coger un ramo de laurel situado en el extremo de un palo horizontal que sobresale del muelle. Para aumentar la dificultad el palo está engrasado con sebo. Ganarla es motivo de orgullo, pero el plato fuerte era, en aquella época, coger el cerdo que se lanza al agua desde una lancha, junto con media docena de patos. Los participantes, situados en el muelle a una distancia respetable del sitio donde se liberan en el agua los animales, se lanzan a una señal y deben alcanzarlos a nado.

Aquel día de mediados de julio el tiempo era desapacible. El noreste soplabá intenso y frío, la mar estaba picada y el día era gris... y justo ese día era la suelta del gocho. Yo tenía quince años. Mi madre debió de verme las intenciones y me advirtió:

—No pensarás tirarte a por el gocho ¿verdad?

—No, no, solo voy hasta el muelle a echar un vistazo.

Aprovechando un momento de apuro en que mis padres estaban ocupados despachando a los clientes me puse el bañador debajo del pantalón, me hice con una pequeña toalla de mano, más fácil de camuflar, y salí rumbo al muelle.

Los «vestuarios» eran un sitio, conocido por todos, estrecho, húmedo y poco higiénico que servía para almacenar enseres inservibles. Allí podías cambiarte y dejar la ropa. Cuando salí ya se estaba preparando la cucaña y los participantes se iban concentrando en la cabecera del muelle. Me dirigí a los organizadores y les dije que solo quería participar en la prueba de natación. El hombre que anotaba los nombres me miró de arriba abajo:

---

112 En los años sesenta y setenta se soltaban patos y un cerdo pequeño. Hoy día, más de acuerdo con los tiempos, y con más sensibilidad hacia los animales, se han sustituido por figuras de plástico.



*Cucaña en Luanco.*

*Imagen: F. Caicoya Abati. Fuente: Avante Luanco.*

—No puede ser, tienes que participar en las dos cosas, de otra manera tendrías ventaja, tú estarías más descansado.

El competir en la cucaña implicaba permanecer mucho tiempo mojado, sin abrigo, soportando un viento que lejos de desaparecer se hacía más fuerte a medida que se acercaba la hora de la pleamar, pero yo había venido a intentar coronarme como un buen nadador.

—Vale, pues apúntame.

—Bien... eres el último, el número veintiuno.

Cuando llegó mi turno me limité a dar unos pasos vacilantes por la parte más gruesa del tronco, en la que ya casi no quedaba sebo. Al primer desequilibrio me dejé caer al agua. No estaba en mis planes romperme la espalda contra aquel palo en una mala caída, solo pretendía cubrir el expediente.

La temperatura del agua era agradable. El problema estaría una vez fuera, en tierra, mojado y desnudo en aquella tarde gris y desapacible. ¡Y aún quedaban dos intentos más para todos los participantes!

Como las ovejas en un aprisco los competidores nos protegíamos unos a otros formando un semicírculo de cuerpos ateridos y delgados como alambres para defendernos de aquel lobo de dientes fríos y afilados que soplabla sin cesar.

Participante tras participante íbamos cayendo al agua sin acercarnos siquiera al extremo del larguísimo palo que en cuanto pasabas de su mitad oscilaba de tal manera que era imposible dar un paso. La lista recomenzaba, un nuevo intento, otro rato intentando burlar al frío.

Los responsables de la organización debieron pensar que para la suelta de los patos, si la cosa se prolongaba excesivamente, en vez de una veintena de nadadores adolescentes iban a tener un grupo desmotivado y cercano a la hipotermia, así que aprovechando que alguien arriesgó lo suficiente y ¡por fin! pudo arrancar una hojita del ramo de laurel, se dio por finalizada la cucaña y se anunció el inicio de la prueba de natación.

Situados en el borde del muro, intentando mantener el escaso calor que aún retenían nuestros cuerpos, fijamos la vista en el bote de remos donde dos personas llevaban a los sorprendidos animales. Estaba situado a unos cien metros y podíamos ver como daba bandazos y cabezadas mecido por una mar cada vez más agitada. Primero lanzaron los patos que recibieron la liberación con alborozo, el medio no les resultaba desconocido. El pequeño cochino, sorprendido y seguramente aterrado, viéndose en aquella inesperada y comprometida situación, recurrió a sus instintos más básicos para mantener la cabeza a flote. Desde el mue-

lle era muy difícil verlo debido al estado de la mar, pero traté de adivinar la trayectoria que podría seguir.

Inesperadamente un cohete estalló en el cielo. Era la señal para tirarse y empezar a nadar. En una salida tumultuosa, saltando desde casi dos metros de altura, lo más peligroso es que alguien caiga sobre tu espalda, por eso lo más conveniente es lanzarse de cabeza, lo más lejos posible y empezar a nadar cuanto antes sin pensar en mucho más, lo cual con mar picada no es sencillo, la mayor parte de las veces, más que aspirar aire, tragas agua. Los nervios del momento y el desorden del inicio también contribuyen.

El corazón palpitaba desbocado, pero el frío había cesado, sentía un agua agradablemente cálida rodeándome y jugando conmigo en su agitada superficie. Seguí nadando sin saber muy bien hacia donde iba, pero me di cuenta de que estaba en cabeza. Miré hacia adelante y vi al pobre cerdo que nadaba hacia mí como implorando ayuda. Me detuve, corregí mi trayectoria ligeramente y lo único que tuve que hacer fue cogerlo como quien rescata a un náufrago...pero la aventura aún no había terminado.

Según las normas había que llevarlo a tierra sin ayuda. Me sentía como el escalador que alcanza la cumbre al borde de la extenuación y se da cuenta de que un agotador descenso le aguarda. Tuve suerte, a mi lado se encontraba Ramón Pola, unos años mayor que yo y excelente nadador, quien, haciendo de Cirineo, metió su mano bajo el agua para ayudar a mantener la cabeza del animal erguida y lograr que se tranquilizara. Con esto la situación se hizo más llevadera y logramos arribar a tierra al borde del desfallecimiento.

Era el momento del aplauso y del reconocimiento, el público que atestaba el puerto aplaudía generosamente, todo el mundo entendía la dureza de las condiciones.

Y allí estaba yo, flaco como un mimbre, extenuado, pero inmensamente contento, como un moderno gladiador que recibe el reconocimiento de su pueblo tras el combate.

Cuando los aplausos cesaron me di cuenta de que tenía delante un problema de difícil solución: ahora era propietario de un cerdito asusta-

do y chillón, pero no tenía la menor idea de dónde meterlo o qué hacer con él, porque el premio era el propio animal.

El trayecto de vuelta fue una mezcla de homenaje y patetismo, con el trofeo palpitante y alucinado en brazos, ambos empapados; dudaba si la poca fuerza que me quedaba sería suficiente para poder recorrer el camino hasta casa. La gente me paraba y me felicitaba, mostrando curiosidad por el rosado premio que llevaba conmigo.

Antes de llegar a casa, mi primo Emilio que ya se había enterado de la noticia, entró en tromba publicándola:

—¡Tía Tere, tía Tere, que Luis ha cogido el gocho!

—¿Qué? ¡Pero si me dijo que no se iba a tirar! ¡No es posible!

Pues lo era... poco después los dos supervivientes de la batalla, abrazados, dándonos calor mutuamente, confundidos y al borde de nuestra respectiva resistencia, aparecimos recortados contra la claridad de la puerta de acceso.

—¡Vas a coger la muerte! ¡Cómo se te ocurre!... ¡Con este día!

Mi madre no pudo seguir, las cuatro o cinco personas que llenaban el comercio en aquellos momentos, iniciaron un espontáneo aplauso y nos rodearon palmeando al humano y acariciando amorosamente al gorrino.

Desconcertados por el nuevo inquilino la pregunta era dónde alojarlo y, al final, se optó por dejarlo suelto en una pequeña huerta que había detrás de la casa mientras decidíamos qué hacer con él. Emilio, entusiasmado con la nueva e inesperada presencia, se ofreció a ejercer de vigilante mientras mi madre intentaba devolverme al estado de sequedad, temperatura y consciencia propio de un ser humano.

—Tienes que tomar algo caliente, bébete un vaso de leche con azúcar.

Apenas había mediado el vaso de leche caliente y dulce cuando escuchamos a Emilio gritar angustiosamente:

—¡Tía Tere, tía Tere, que el cerdo se está comiendo las margaritas de la tía Enriqueta!

—¡Ay!, ¡Dios, mío! Enriqueta nos mata ¡con el cariño que le tiene al macizo de margaritas!

Salimos precipitadamente a la huerta, la leche templada con azúcar empezaba a hacer efecto: calor y energía en forma de glucosa, las dos cosas que mi cuerpo solicitaba con urgencia le estaban llegando y respondía agradecido.

Nuestro cerdo estaba, efectivamente, centrado en saquear todo lo comestible del macizo de margaritas que mostraba en su parte más baja algunos tallos ya pelados, sin flores. Al parecer no solo yo necesitaba energía.

Con esfuerzo y paciencia logramos alejarlo de la zona entre gruñidos de desaprobación y, tras deambular sin rumbo unos instantes, rápidamente visualizó su próximo objetivo: unos jugosos geranios que crecían en la parte opuesta de la huerta. Aquello empezaba a ser un verdadero problema ¿Qué hacer?

La solución, aunque aún no lo sabíamos, ya estaba fraguándose en el mostrador de la tienda. Un comercial de una perfumería de Gijón esperaba pacientemente un hueco en las ventas para poder ser atendido y presenció sorprendido la llegada del cortejo de remojados nadadores. Rápidamente se dio cuenta del problema de alojamiento que el salvado de las aguas estaba a punto de originar. Contó que su familia tenía una casería en los alrededores de Gijón y que le podría interesar el cerdo si estaba dispuesto a venderlo.

Ofreció un dinero, no recuerdo cuanto, pero me pareció un buen precio y una excelente solución al pequeño caos que se había desatado. Seguro que no hacía un buen negocio, pero yo no tenía ni idea de cuanto podría ser un precio justo y las plantas de Enriqueta corrían serio peligro, así que cerramos el trato aceleradamente.

Poco tiempo después, quien en tan poco tiempo había experimentado sensaciones tan raras y vivido experiencias tan extrañas para uno de su especie, ampliaba sus vivencias y se embarcaba en el maletero de un Seat 600 para terminar su existencia de manera tranquila en alguna casería a la que de cuando en cuando llegaría el olor de la mar.

Tal vez sería respetado, o incomprendido, por los integrantes de la piara cuando les contara que él había nadado en una inmensa masa de agua salada, enfadada y gris, en la que era difícil no hundirse si los humanos no te ayudaban. Todo era muy confuso y había sucedido hacía mucho tiempo, pero recordaba ecos de voces, gentes gritando, una mar agitada y hostil, un humano delgado y joven que lo ayudó y un distante regusto a margaritas, un exquisito bocado que pocos cerdos han probado. El mundo no se limitaba a la pocilga, ni siquiera a los prados verdes que había afuera, había otro con agua, no sabía muy bien dónde, pero era real, él lo había visto.



A los pocos días me desperté con fiebre alta y la garganta prácticamente obstruida por dos hermosas anginas que confirmaron los peores pronósticos que mi madre llevaba haciendo desde el día de autos.

—¡No sé yo si un día de estos no te levantarás ardiendo de fiebre y con las anginas como puños! ¡A quién se le ocurre tirarse a por el gocho con esa nordestada!<sup>113</sup>

Cinco días de cama, en pleno julio, con un espléndido sol en el cielo y una mar quieta y templada; chocolatadas en los Castañeos perdidas, baños que nunca se dieron en el Gayo, horas de tostadero arruinadas, pero... hay batallas que hay que lucharlas a su tiempo. Algunas de ellas, aunque tengas pocos años, te mueras de frío y la única recompensa sea un cochinito asustado que terminó sus días en las afueras de Gijón contando historias que nadie se creyó nunca, eran demasiado fantasiosas para ser verdad.

---

113 Se dice cuando el nordeste es fuerte.



